
MCL
Atentamente,
un Langford
- Los Langford V.

ATENTAMENTE, UN LANGFORD

Los Langford V

MCL

«De lo que estén hechas nuestras almas,
la suya y la mía son lo mismo.»

— Emily Brontë
Cumbres borrascosas

«No puedo vivir sin mi alma.»

— Emily Brontë
Cumbres borrascosas

«Si todo lo demás pereciera y él permaneciera,
yo seguiría existiendo;
pero si todo lo demás permaneciera y él desapareciera,
el universo se convertiría en algo completamente extraño.»

— Emily Brontë
Cumbres borrascosas

ATENTAMENTE, UN LANGFORD

© 2026 por MCL

Todos los derechos reservados.

Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, distribuida, almacenada en un sistema de recuperación o transmitida en cualquier forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, de fotocopia, grabación o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito de la autora, excepto en el caso de citas breves utilizadas en reseñas críticas o artículos.

Esta obra es una creación de ficción. Los nombres, personajes, lugares, organizaciones y acontecimientos descritos son producto de la imaginación de la autora o se utilizan de manera ficticia. Cualquier semejanza con personas reales, vivas o fallecidas, así como con hechos o lugares reales, es pura coincidencia.

Primera edición: marzo de 2026

Autora: MCL

Título: *Atentamente, un Langford*

Reservados todos los derechos conforme a la legislación internacional sobre propiedad intelectual.

Impreso en 2026.

PRÓLOGO

Permítanme contarles, aunque pueda sonar inverosímil, pero es la pura realidad, cómo mi vida cambió un día.

Primero empezaré por lo que verdaderamente creo que tuvo toda la culpa, los libros. Leer me ha arruinado la vida. No en el sentido económico, ha sido en algo mucho más profundo. Leer me ha hecho creer en que todas esas historias de amor que he encontrado encerradas en las páginas de esos libros que han caído en mis manos, serían menos reales que la verdadera historia de amor que yo podría crear con cualquier dama a la que me presentase en, por ejemplo, el primer baile de la temporada. Pero no ha sido así, porque todas esas historias que se esconden en mis estanterías no son reales, son inventadas por mentes demasiado soñadoras. Y la verdad sea dicha, las ganas, la necesidad que ha ido creciendo dentro de mí, de tener un romance como los que suelo leer, ha llegado a ser enfermizo, una obsesión, y creo que va siendo el momento de dejar de vivir en un cuento y enfrentarme a la realidad.

Sí, eso fue lo que pensé hace unas semanas, justo el día de antes de que la boda de mis hermanas se celebrase en la mansión de los Fuller. ¿Lo conseguí llevar a cabo? No, rotundamente no. No quiero engañar a nadie, aunque diré que lo intenté con todas mis fuerzas. Hasta escondí bajo llave todos los ejemplares interesantes que tenía en casa.

Lo que no pude evitar fue que en casa del capitán Fuller, su ostentosa librería me llamase la atención. Bueno, su librería, algunos de sus ejemplares colocados a la perfección sobre las tablas, y una

señorita del servicio, que por más que me he esforzado, no logro borrar de mi memoria desde entonces.

CAPÍTULO 1

Kent, Inglaterra, 6 de mayo de 1814

—Han llegado el resto de invitados, señor —anunció una señorita perteneciente al servicio de la casa de los Fuller.

—Ya no sé cuántas veces voy a tener que pedirte que te dirijas a mí como capitán Travis, o simplemente como capitán, pero deja de llamarme señor, por Dios —el capitán Travis volvió a resoplar por enésima vez en la noche.

La luz de los faroles de la entrada se colaba por la fina rendija que las cortinas no llegaban a cerrar del todo. Aquella noche la mansión de los Fuller estaba tan bonita decorada que cada uno de los invitados al entrar esbozaba una amplia sonrisa.

—Que comience el desastre —musitó Edward Langford desde el interior.

Julian acomodado en una pared detrás de su hermano se echó a reír nada más escucharle.

—Deberías haberte traído uno de esos libros con los que pierdes el tiempo y te evades de la caótica sociedad.

—Intento despegarme de ellos, me he dado cuenta de que solo hay mentiras en esas letras.

—Por fin vas a hacerme caso de una maldita vez, si lo deseas te puedo presentar a debutantes reales con las que también puedes entretenerte.

—No te molestes, nunca tuvimos los mismos gustos femeninos, aunque debo reconocer que Elena es sin duda una mujer

increíble, ya puedes seguir cuidándola o me atrevería a cortejarla —afirmó Edward bromeando.

—Inténtalo y estás muerto —respondió Julian a su hermano.

Mientras los Langford bromeaban, la voz atronadora del anfitrión llegó por sorpresa desde la espalda de Edward.

—Voy a necesitarte esta noche, joven —interrumpió el capitán Fuller al pequeño de los Langford—. Una confusión con el correo ha hecho que unas invitaciones poco convenientes hayan sido enviadas.

—Buenas noches, capitán Fuller —respondió sobresaltado—, pero permítame preguntarle, qué puedo hacer yo al respecto.

—Entretenerlas, ¿qué sino? —señaló con su barbilla el capitán a dos jóvenes situadas a un extremo del gran salón.

—No creo que yo sea el más *adecua*…

De manera rápida, el capitán le dio un par de palmadas en la espalda al joven Edward y mirándole a los ojos dijo:

—Puedes estar tranquilo, son americanas, muéstrate natural con ellas, además no conocen nuestras complejas reglas de la sociedad, podrías empezar por enseñarles la casa Fuller —y diciendo eso, se alejó.

Julian que estaba allí presente todo el tiempo, no pudo evitar carcajearse después de escuchar a su suegro animar a su hermano a tener un comportamiento inaceptable en cualquier rincón de aquella casa con las dos invitadas americanas.

—Venga, no las hagas esperar, no querrás que se aburran y después el capitán vaya a buscarte por desobedecerle —dijo Julian.

—Será mejor que le cuente a padre antes, no me gustaría desagradarle si desaparezco de su vista —respondió Edward algo tímido.

—Yo le cuento, tú ve con ellas. —Lo empujó al desastre Julian.

Edward se acercó a paso lento, con las manos en sus bolsillos del pantalón, la cabeza inclinada mirando al suelo y en su mente un batiburrillo de pensamientos en los que todos terminaban con Edward abofeteado.

Nada más tenerlas enfrente se presentó con educación y les ofreció ponche para beber. Aceptaron de manera rápida, no solo una copa, si no la friolera de cuatro bebidas llevaban ya en sus cuerpos, cuando una de ellas le pidió al joven Langford que la acompañase hasta el aseo. Edward señaló el pasillo por el que debía dirigirse, pero la muchacha insistió en que él la levase hasta la mismísima puerta. Entre gestos y miradas fue fácil entenderse.

En ese momento Edward pensó que no era lo más apropiado conducirlas hasta el excusado, pero recordó las palabras del capitán Fuller. Así que debía permitirles cierta flexibilidad con los detalles, porque no tenían la menor idea de las normas protocolarias de la buena sociedad londinense.

Al llegar a la puerta del baño, el joven fue a darse media vuelta, pero la hermana de esta apareció de repente, y de manera muy elegante lo empujó hacia el interior del aseo, para más tarde echar el cerrojo con los tres dentro.

Había que admitir que las dos hermanas eran de lo más precioso que había entre las damas invitadas a las bodas de sus hermanas, pero de ahí a que Edward fuese un libertino había bastante trecho.

—Señoritas, creo que se han confundido de Langford, quizá en otro momento, antes de estar casado, mi hermano Julian tenía una fama poco afortunada, ahora es evidente que ya no, pero yo no soy como él, ni parecido, vaya. —Mientras trataba de sacárselas de encima decía todo aquello que de poco le servía, porque aquellas dos mujeres parecían ser más dos fulanas que dos invitadas a una ceremonia por ser familia.

Ese fue el momento en el que lo supo. El capitán tenía fama de bromista, solo que aquello había sido excederse. Así es que entre besos robados de una, y mientras la otra le sacaba la camisa de

dentro del pantalón, para más tarde vete a saber qué pensaba hacerle, Edward se agachó, y por debajo de uno de los vestidos pomposos de una de ellas, se escabulló reptando por el suelo, hasta que llegó a la puerta, y sin pensarlo nada, la abrió y salió a toda prisa.

Y las prisas no son buenas, eso lo supo bien nada más chocar con la doncella que sostenía sobre sus manos una bandeja repleta de copas, por suerte todas vacías.

—Discúlpeme —arrugó el gesto Edward cuando vio la bandeja caer al suelo y darse cuenta del gran desastre que acababa de ocasionar.

—No se preocupe, ha sido mi culpa por no estar atenta.

—Eso no es cierto, fui yo que salí como si corriese delante de un toro —dijo mirando a todas partes.

—Pues creo que el toro está muy cerca de usted, señor —la doncella apuntó con sus ojos detrás de Edward.

Edward no sabía bien si girarse o seguir corriendo, pero asumió que era un hombre, y su padre le había enseñado que los hombres no huyen de los problemas, al contrario, los afrontan. Así que con una sonrisa, casi cariñosa, dirigida a las jóvenes americanas, que ahora ya no sabía bien si invitadas o contratadas, se inclinó muy cerca de ellas y les susurró:

—Lamento el malentendido, pero no preciso ningún servicio esta noche de ninguna fulana.

Lo dijo bajito, lo suficiente para que ellas lo escuchasen, y nadie más, o eso pretendía, pero la doncella todavía se encontraba allí, recogiendo todas esas copas que habían acabado rotas por el suelo. Y fue testigo de los dos bofetones que Edward recibió, aunque si hubiese sido por ella, los habría dado con bastante más fuerza.

—Es usted un maleducado, no sé bien cómo le han podido invitar a esta casa tan respetable, andar insultando a dos jóvenes de

esas formas, habrase visto, merece que lo echen —dijo la doncella arremetiéndole un punta pie a Edward, y alejándose de inmediato.

Solo hicieron falta un par de minutos para ver como la doncella se dirigía al capitán y de forma discreta parecía narrarle lo ocurrido, con gestos incluidos.

Edward, que miraba la escena desde un lugar alejado del salón, no daba crédito a lo que sus ojos veían.

El capitán asentía todo el tiempo, y hasta esbozó cara de sorpresa, lo que hizo lamentarse al joven Edward porque eso podría indicar que él se habría equivocado con aquellas dos muchachas, y que su terrible atrevimiento al llamar fulanas a las hermanas americanas era un error.

El capitán deseoso de conocer más detalles del mal comportamiento que según la criada había tenido Edward con las señoritas, se acercó para conocer su versión.

—Me preguntaba, Langford, qué es lo que han podido hacer esas dos jóvenes para ofenderle tanto… al parecer usted ha salido corriendo de un lugar privado donde se encontraba con ellas. No contento, después las ha insultado públicamente —pronunció en voz alta.

—No capitán, públicamente no, es solo que esa doncella suya estaba demasiado cerca.

—¿Me está diciendo que además de que ha degradado a esas dos jóvenes, ahora acusa también a mi servicio de ser chismoso?

—Bueno, digamos que el servicio estaba haciendo lo que debía donde debía, pero no era necesario que escuchase lo que se hablaba.

—Bueno, ella ahora no importa, y con respecto a las dos jóvenes…

—Lo lamento, capitán, sus costumbres son algo más ligeras que las nuestras en cuanto a conductas, debí malinterpretarlas —interrumpió Edward.

—Joven, no has malinterpretado nada en absoluto, permíteme decirte que ha sido una broma. ¡Brillante, eh! —El capitán le arremetió un codazo orgulloso de su ocurrencia.

Edward suspiró, se echó las manos a la cara con resignación y negando con la cabeza vio el momento perfecto de perderse por aquella gigantesca casa.

Así fue como llegó hasta la biblioteca.

Y de inmediato, al traspasar la puerta de caoba con grabados en plata, una de sus cejas se enarcó de forma irónica al ver aquella cantidad indecente de libros, de los que estaba seguro que más de la mitad jamás se habían abierto. Aquello que tenía frente a sus ojos Edward era todo lo que necesitaba para poder soportar un día como aquel.

Se acercó con prisas a la estantería central, donde parecía albergar los libros más gruesos. Todos sus lomos brillaban.

—Lo que me decía, jamás se han tocado después de colocarlos aquí —susurró Edward.

—No es cierto, al menos yo sí.

Una voz sueve y muy delicada sonó en la puerta.

Cuando Edward se giró para saber a quién pertenecía esa voz, y cuando lo hizo, sacó todo el aire por su nariz dejando ver que su presencia le incomodaba.

—Para limpiarlos, imagino —respondió Edward.

Por si no le había quedado claro que no la quería allí, escupió aquella frase para terminar de echarla.

Funcionó, la doncella chismosa se alejó.

Edward regresó de nuevo a lo que estaba, debía elegir un libro lo suficientemente largo para que ocupase todo el tiempo de aquel día. Ojeó por encima unos segundos, pensó en dejarse llevar por el título, pero ninguno le parecía lo magníficamente potente como para acaparar su atención, así que cerró los ojos y pasando su dedo índice por cada uno de los lomos se detuvo en uno al azar.

Abrió los ojos, lo cogió y se sentó en una butaca para comenzar a leer.

El título no le obsesionó demasiado, él nunca lo hubiera elegido de ser por aquello, ni tampoco por el autor. Durante todo el tiempo que llevaba leyendo se había acostumbrado más a leer obras escritas por autoras que por autores, aunque muchas estuviesen firmadas en masculino, también había aprendido a descubrir que eran seudónimos falsos. El caso es que cuando tuvo aquel libro en sus manos, dudó si devolverlo a la estantería, pero entonces se dijo que le resultaría muy difícil elegir uno entre tantos si no le daba una oportunidad aquel que tenía ya en sus manos.

—Tres edictos para conseguir esposa —leyó en voz alta y bufó, inmediatamente pensó que aquello no servía para nada, pero, pasó la primera página.

Capítulo I

De la conveniencia social en la elección de esposa

Muchos hombres jóvenes se apresuran a desdeñar la prudencia cuando esta se presenta bajo la apariencia de una regla, y la llaman frialdad cuando en realidad es previsión. Sin embargo, pocos errores se pagan con mayor constancia que aquel cometido al elegir compañía para toda una vida sin atender al lugar que cada cual ocupa en el orden social.

No es crueldad, sino sensatez, aconsejar al caballero que observe con cuidado la posición de la mujer a la que pretende cortejar. Las inclinaciones del corazón, aunque vehementes y sinceras, no alteran las costumbres de la sociedad ni suavizan el juicio del mundo. Quien se une muy por debajo de su condición no solo se expone al desdén ajeno, sino que arrastra consigo a la persona amada a una situación para la que quizá nunca fue

preparada. Y difícilmente se puede acostumbrar a vivir de una forma para la que no ha sido educada.

La igualdad de rango/clase social no garantiza la felicidad, pero su ausencia asegura dificultades. Diferencias de educación, de expectativas y de trato cotidiano, que al principio parecen nimias, se convierten con el tiempo en fuente de incomodidad y reproche. El afecto puede nacer con facilidad; la armonía, en cambio, exige similitud de hábitos y comprensión mutua de deberes.

No debe entenderse esto como una defensa del orgullo vano, sino como advertencia contra el engaño. El hombre que promete más de lo que puede sostener, o que arrastra a una mujer fuera del ámbito que le es familiar sin considerar las consecuencias, no obra por amor, sino por capricho. Y el capricho, aunque apasionado, rara vez es duradero.

Por tanto, quien desee elegir esposa con juicio deberá preguntarse, antes que nada, no cuánto la admira, sino cuánto se parecen sus mundos. Si la respuesta es desfavorable, haría bien en retirarse a tiempo, pues ningún ardor inicial compensa una vida entera de desajuste y silenciosa decepción.

Edward dejó el libro sobre sus rodillas, frunciendo el ceño con evidente desdén. *Tres edictos para conseguir esposa*, murmuró para sí mismo, y la ironía de un título tan burdo le hizo pensar que todo su contenido debía de ser igual de absurdo. ¿Qué clase de hombre escribiría sobre el matrimonio como si fuera un comercio de conveniencias, sin una pizca de pasión, sin un solo atisbo de amor? Seguramente alguien que nunca había sentido la necesidad de querer ni de ser querido, un hombre seco y orgulloso que veía los afectos como meros instrumentos sociales. Edward sintió que el libro mismo era un error, un estorbo para la literatura, que jamás debería haber salido de la imprenta.

Aun así, algo lo retuvo; una curiosidad que él mismo no esperaba. Con cierto fastidio, volvió la página y comenzó a leer el

siguiente capítulo. Y, para su sorpresa, halló un razonamiento que no había anticipado: no se trataba de fórmulas absurdas ni de reglas rígidas, sino de una advertencia sensata sobre las consecuencias de ignorar la posición social al escoger una esposa. No era amor lo que el autor predicaba, pero sí prudencia, y la prudencia, pensó Edward, podía coexistir con el corazón, incluso si no nacía de él.

A regañadientes, Edward sintió cómo su desdén inicial se transformaba en reflexión. Podía despreciar al hombre que había escrito esas líneas, imaginarlo rígido, frío y carente de afecto, pero no podía negar la claridad de sus observaciones. Quizá, admitió con un ligero rubor en las mejillas, había algo de verdad en aquel tratado que el amor apasionado y el juicio a veces cegaban.

Cerró el libro lentamente, con la sensación de haber descubierto, entre su burla y su crítica, un inesperado destello de sentido. Aunque igualmente decidió que aquella lectura no era para él, y con esmero quiso devolverlo a la estantería. Y en ese instante llegó su hermano en su búsqueda, acompañado de su esposa Elena para avisarle de que el baile nupcial de sus hermanas iba a dar comienzo. Él todavía llevaba el ejemplar en sus manos, y Elena curiosa, se lo arrebató.

Elena tomó el volumen antes de que Edward pudiera impedirlo. Lo sostuvo como quien examina una rareza y leyó el título en voz alta, con una cadencia deliberadamente lenta:

—Tres edictos para encontrar esposa.

Alzó la vista hacia él, con una sonrisa que mezclaba curiosidad y franca diversión.

—Confieso que no te imaginaba entregado a reflexiones tan… domésticas, Edward.

Él se irguió al instante.

—No lo estoy —replicó—. El libro cayó en mis manos por mero azar. Buscaba algo con lo que distraerme mientras esperaba.

—¿Azar? —repitió Elena, ladeando ligeramente la cabeza.

En ese momento, Julián, que había observado la escena con creciente interés, no logró contener una breve risa.

—Un azar singular, sin duda —comentó—. Entre tantos volúmenes respetables, elegir precisamente uno que prescribe la manera adecuada de tomar esposa.

Edward le lanzó una mirada severa.

—Os empeñáis en encontrar intención donde no la hay. No he abierto ese libro por inclinación alguna, sino por simple ociosidad.

Elena hojeó un par de páginas, como si el gesto confirmara sus sospechas, y luego lo miró de nuevo.

—No te burles de mí, Edward —dijo con tono ligero—. No hay nada de malo en que un caballero empiece a considerar su futuro. Aunque, si he de ser sincera, me pareces aún muy joven para tomarte tan en serio tales asuntos.

La sonrisa desapareció del rostro de Edward.

—¿Muy joven? —repitió, con una rigidez apenas disimulada—. Tengo veinticinco años, Elena. Edad más que suficiente para decidir por mí mismo si deseo casarme… o no.

Elena parpadeó, sorprendida por la vehemencia, y enseguida suavizó su expresión.

—No pretendía ofenderte —dijo—. Solo bromeaba, como cuñada y si me lo permites, también como amiga.

Edward bajó la mirada un instante, respiró hondo y luego inclinó levemente la cabeza.

—Lo sé —respondió cortés—. Y te agradezco el interés.

Con gesto comprendido, tomó el libro y lo dejó sobre una mesa cercana, cuidando de no hacerlo con brusquedad para que no se le notase que todavía le hervía algo de enfado. Acto seguido se volvió hacia la estantería y, casi con deliberado desdén, extrajo otro volumen sin leer siquiera el título.

—Este también es al azar, espero que no me comprometa tanto como el anterior —murmuró.

—Será mejor que nos demos prisa —intervino Julián—. El baile de nuestras hermanas está a punto de comenzar.

Edward asintió y emprendió el paso. Elena lo siguió, aún con una sonrisa curiosa, y Julián cerró la marcha. Abandonaron la biblioteca con rapidez, pues la música ya empezaba a filtrarse por los pasillos.

Tras unos momentos de silencio, Edward habló sin volverse:

—¿Cómo supisteis dónde encontrarme?

—La criada de mi suegro me lo indicó —respondió Julián con naturalidad.

Edward giró la cabeza, intrigado.

—¿De veras?

—Así es —añadió Julián, con una sonrisa divertida—. Aunque debo advertirte que no parece profesar gran simpatía por ti.

Edward soltó una breve risa, seca pero sincera.

—No me sorprende —dijo—. Jamás he aspirado a ser del agrado universal.

Y con ese comentario, los tres aceleraron el paso, perdiéndose entre la música, las luces y el murmullo expectante del salón de baile.

CAPÍTULO 2

El baile ya había terminado, gracias a Dios para Edward, porque se había visto obligado a bailar con tres damas para agradar a su padre. La casa Fuller estaba todavía abarrotada, de allí nadie parecía querer salir. Aún se escuchaba la música, acompañada de las risas, conversaciones y muchas copas de vino circulaban de un lado a otro aunque fuesen altas horas de la madrugada. Edward, como siempre, había buscado un rincón tranquilo, lejos del bullicio, con ese libro que horas antes había elegido de nuevo al azar, pero que en esta ocasión la suerte lo había golpeado. Como nadie solía echarle de menos, pudo esconderse bastante rato sin ser buscado… y eso le resultaba cómodo.

La estancia que había elegido comenzó a parecerle fría, así que salió para buscar un lugar más pequeño y cálido, y mientras caminaba por uno de los pasillos menos transitados de la mansión, hojeando distraído ese libro que había conseguido acaparar toda su atención, oyó una voz suave a su lado:

—No leas esa página ahora… —dijo la muchacha que pasaba cargando un jarrón de flores—. Si lo haces no podrás dejar de leer, y además, creo que no es día para entregarte a la lectura, sin contar que la tristeza te invadirá, él muere en el siguiente capítulo.

Edward se detuvo en seco. Nadie, jamás, había comentado un libro con él de esa forma. Sin mencionar que acababa de destripar un asunto importante en la trama. Levantó la vista. De nuevo la sirvienta, esta vez con delantal menos limpio y cabello recogido, pero sus ojos seguían teniendo un brillo especial. Había en ellos una picardía que nada tenía de servil.

—¿Qué has dicho? —preguntó él.

La muchacha sonrió, inclinándose un poco como si compartieran un secreto:

—Digo que si sigues leyendo ahora no podrás volver a sonreír en todo el día. ¿Eso es lo que deseas en una boda?

Edward parpadeó. Se sintió desnudo, expuesto, como si le hubieran arrebatado el único muro que lo protegía del mundo.

—¿Lo… lo has leído? —murmuró incrédulo, pues ella era una sirvienta, incluso pensó que no sabría leer.

Ella asintió, segura, como quien confiesa haber visto amanecer mil veces.

—Claro. Más de una vez. Y cada vez que llego al final me digo lo mismo: ningún héroe debería sufrir tanto por amor.

Él cerró el libro con torpeza, nervioso, y algo enfadado. Nadie en la alta sociedad con la que convivía mostraba interés por sus lecturas desde que Cecilia se había enamorado, y mucho menos alguien perteneciente a la servidumbre de una casa.

—¿Quién te crees que eres? —preguntó él, con la voz quebrada, y un cosquilleo extraño en el pecho.

La muchacha arqueó una ceja, divertida.

—Mi nombre es Alexandra, pero puede estar tranquilo, no voy a revelar su secreto con nadie. Su fama de libertino quedará intacta, nadie sabrá que en el fondo es todo un romántico, señor Langford —rápidamente inclinó su cuerpo y se alejó.

Y antes de que Edward pudiera reaccionar, siguió su camino por el pasillo, dejándolo solo con el libro apretado contra el pecho.

En ese instante Edward Langford sintió que su mundo estaba a punto de cambiar, lo que desconocía era de qué manera.

CAPÍTULO 3

Doce años atrás

Para una joven que se había criado junto a una de las familias más respetadas de Kent, regresar de nuevo a sus orígenes no iba a ser nada fácil, pero con la muerte de la señora de la casa, el señor Langford decidió que la alegría debía desaparecer, y junto con ella, todo el personal que no fuese estrictamente necesario. Sería más fácil poder controlar a sus hijos si no tenían apenas distracciones.

Distracciones, sí, eso fue lo que el señor Langford debió pensar que Isabel Weston y su pobre madre Lily eran para aquella casa, una mera distracción, un gran inconveniente para los Langford. Poco le importó si había sido la dama de compañía de su difunta esposa durante más de treinta años, poco también le importó que aquel desgraciado asunto en el que se vio envuelto terminase con el embarazo de la pobre Lily, y menos aún pareció preocuparle que Isabel tuviese solamente diez años cuando las mandó lejos de la casa.

Lily no culpó al señor Langford por lo que hizo, pues se puso en su lugar y entendió casi a la perfección que quisiera despojarse de todo objeto que le recordase al amor de su vida, y si el recuerdo llegaba también a rozar personas que podían ser sustituidas, pues también debían ser eliminadas de aquel hogar.

La que no encajó bien la decisión fue la pequeña Isabel, desde luego. Dejar la casa Langford implicaba abandonar estudios, pues la joven recibía clases junto a las niñas de la familia como si fuese una más, también dejaría de vestir elegantes vestidos, que aunque heredados, siempre eran mejor que cualquier harapo que

pudiese permitirse Lily. Eso en lo material, pues en cuanto a la parte emocional, para la pequeña Isabel iba a ser terriblemente duro distanciarse de aquellos niños con los que había compartido toda su vida, teniendo en cuenta de que los consideraba familia, sí, iba a ser realmente duro.

Isabel Weston nunca creyó del todo a su madre aquella mañana en la que ella le dijo que había llegado el momento de tener vacaciones, pues ¿quiénes eran ellas para poder realizar un viaje lejos de Londres, ¿qué digo Londres? Eso era realmente mucho decir. Jamás se habían alejado de Kent, incluso me atrevería a decir que nunca en la vida había visto otros cielos que no perteneciesen a los Langford, ni hierbas ni pastos más allá de la granja Murray. Así que cuando subieron en aquel barco la joven Isabel supo que su vida iba a cambiar.

En la actualidad

La joven Isabel había pasado por mucho, o por todo según se mire, porque lo había perdido todo, hasta a su madre. Una semana siendo huérfana había sido tiempo suficiente para decidir que era momento de regresar a casa. Y con casa se refería a la que creía suya por derecho, la casa Langford. Sus recuerdos que se le venían a la mente en los últimos años habían sido suficientes para creer que el señor Langford era su padre, y ya cuando en el lecho de muerte de Lily pudo preguntarle si su padre era un hombre respetable, la respuesta despejó cada una de las pocas dudas que en su interior albergaba. Respetable, viudo y apuesto. Aquellas fueron las últimas palabras que pudo pronunciar su madre antes de darle la orden de regresar junto a los Langford. Todo tenía sentido en aquella cabeza, si su madre le pedía que regresara a Kent era porque allí estaba su familia, y eso fue lo primero que hizo después de dejar los asuntos en Francia bien atados, y con ello me refiero a vender las pocas pertenencias que tenían, y despedirse de los amos de aquella casa

que les había dado trabajo a ambas, sin olvidarnos de la educación recibida, que no había sido poca.

La mañana de la despedida amaneció gris, como si incluso el cielo francés hubiese decidido acompañar el duelo de aquella casa. Isabel había dormido poco; no por falta de cansancio, sino por el peso de cada recuerdo que se negaba a quedarse atrás. Ajustó con cuidado el sencillo vestido oscuro que había elegido —el mismo que había llevado durante el entierro de su madre— y respiró hondo antes de bajar las escaleras de aquella gran casa.

La señora Duvalmont, dueña de la casa, la aguardaba en el salón. Era una mujer entrada en años, de porte firme y mirada bondadosa, que había sabido ver en Isabel mucho más que una simple sirvienta desde el primer día. Al verla aparecer, dejó a un lado el bordado que fingía ocuparle las manos y se levantó despacio.

—Así que… ya ha llegado ese día del que hablabas, ¿estás segura de que debe ser hoy? —dijo con voz suave, aunque le tembló el labio al final de la frase.

Isabel asintió, incapaz de hablar durante un instante. Se acercó y tomó las manos de la mujer, cálidas y ligeramente ásperas por el paso del tiempo.

—No sé cómo agradecerle todo lo que ha hecho por nosotras, madame. Por mi madre… y por mí.

La señora Duvalmont negó con la cabeza y, rompiendo cualquier formalidad, la atrajo hacia su pecho.

—Fuisteis un regalo para esta casa, niña. Tu madre tenía una dignidad que pocas mujeres conservan tras una vida tan dura. Y tú… —se separó lo justo para mirarla a los ojos— tú mereces algo más que servir en casas ajenas. Nunca lo olvides. Has recibido educación como para poder unirte a un lord, no dejes que nadie lo ponga en duda.

Isabel sintió cómo las lágrimas, contenidas con tanto esfuerzo durante días, escapaban al fin. No fue la única. El señor Duvalmont, que había entrado sin hacer ruido, carraspeó con torpeza antes de hablar.

—Si alguna vez necesitas algo —dijo, con esa seriedad que escondía una profunda humanidad—, esta seguirá siendo tu casa. No importa dónde estés.

Ella hizo una pequeña reverencia, como dictaban las normas, aunque el gesto se le rompió a medio camino.

—Gracias, Monsieur. Jamás lo olvidaré.

Fue entonces cuando escuchó pasos más ligeros acercarse. No necesitó mirar para saber quién era.

Étienne Duvalmont se detuvo a su lado, y durante unos segundos no dijo nada. Isabel pudo sentir su presencia incluso antes de mirarlo: la forma en que parecía ocupar el espacio con ese nerviosismo y esa contención cuando estaba cerca de ella. Cuando por fin levantó la vista, lo encontró observándola como si quisiera memorizar cada rasgo de su rostro.

—Lo siento mucho, Isabel —murmuró—. Por tu madre.

Ella inclinó la cabeza, agradecida, y fue entonces cuando él dio un paso más, rompiendo la distancia que siempre había intentado respetar. La abrazó con una fuerza delicada, como si temiese hacerle daño, y durante ese instante ella notó cómo apoyaba el rostro en su cabello, aspirando despacio, como si aquello pudiera retenerla allí un poco más.

—Es injusto que te vayas así —añadió en voz baja.

Étienne se separó de ella lo necesario para alzarle el rostro con dos de sus dedos y, con una ternura que desarmaba, le acarició la mejilla. Sus ojos brillaban de una forma que no dejaba lugar a dudas a sus sentimientos. Isabel y él habían sido como hermanos, él ocho años mayor que ella.

—Prométeme que me escribirás. Dime dónde estás. Si alguna vez me necesitas… acudiré en un abrir y cerrar de ojos, te lo juro.

Isabel tragó saliva. Por un segundo, el mundo pareció sencillo para ella: quedarse, aceptar aquella protección, aquella calidez. Pero el recuerdo de su madre, fría y pálida, regresó con una violencia imposible de ignorar.

—Lo haré —susurró—. Y tú, sé feliz, Étienne.

Él negó despacio, apoyando la frente contra la de ella.

—Solo si tú lo eres.

Cuando finalmente se separaron, ambos sabían que algo que no se habían dicho jamás quedaba entre ellos, algo que el tiempo no había decidido aún si destruir o preservar.

Horas después, el barco comenzó a alejarse del puerto. Isabel permaneció en cubierta, con el abrigo bien cerrado y las manos aferradas a la barandilla, observando cómo Francia se desdibujaba en el horizonte. Dentro de ella, el dolor se mezclaba con una determinación nueva, áspera, y quizá, aunque no lol había meditado mucho, demasiado peligrosa.

Regresaba a Inglaterra. Regresaba a Kent. Pero no lo haría como una mendiga llamando a una puerta que una vez se le cerró sin compasión. No, primero se instalaría cerca. Observaría, intentaría recordar, y esperaría el momento oportuno. Se acercaría a los Langford con paciencia, con inteligencia… y cuando estuviese

dentro, cuando creyera pertenecer de nuevo a aquel mundo que le fue arrebatado, entonces haría justicia.

Si su madre había muerto sin una sepultura digna, ellos pagarían ese precio. Aunque fuese ella misma quien tuviera que condenarlos al sufrimiento.

CAPÍTULO 4

Kent, Inglaterra, 7 de mayo de 1814

El carruaje de los Langford se detuvo frente a la residencia del capitán Fuller poco después del mediodía. Edward descendió con gesto apacible, aún algo incómodo por la invitación tan repentina. No era habitual que el capitán solicitase una visita privada para algo que no estuviese relacionado con asuntos sociales de mayor calado.

Fue recibido con cortesía y conducido al salón principal, amplio y luminoso, donde el capitán Fuller ya lo aguardaba de pie, junto a una mesa preparada para el té.

—Langford —saludó con una inclinación breve—. Gracias por venir con tanta prontitud.

—Capitán —respondió Edward—. Me indicó que deseaba verme, pero su misiva no hablaba del motivo.

Fuller carraspeó, visiblemente incómodo, algo poco habitual en él.

—Así es. Quería… aclarar lo ocurrido anoche. La broma con las jóvenes americanas fue… inapropiada, lo reconozco. De mal gusto —admitió al fin—. Me dejé llevar. No pretendía ponerle en una situación comprometida. La verdad es que me di cuenta tarde, de verdad le pido perdón.

Edward parpadeó, sorprendido por aquella franqueza.

—Agradezco que lo diga, capitán —respondió con corrección—. Fue una noche un tanto peculiar.

—Lo fue —concedió Fuller—. Permítame al menos ofrecerle té como disculpa.

Como si hubiese sido invocada por aquellas palabras, la puerta lateral se abrió con suavidad. Edward levantó la vista sin pensar qué era lo que vería entrar por ella, o mejor dio a quien vería, y el mundo volvió a descolocarse.

Isabel, Alexandra allí en Kent, entró portando la bandeja de porcelana con paso firme, el cabello recogido de manera sencilla, el vestido oscuro impecable con ese delantal blanco impoluto. Nada en su porte era servil salvo el uniforme. Sus ojos, atentos y despiertos, se alzaron un segundo, lo suficiente para encontrarse con los de Edward.

Él no apartó la mirada, y no fue para incomodarla, el motivo era que realmente no pudo hacerlo. Era bonita, tenía una belleza delicada, su cabello oscuro junto a su piel blanquecina hacían de su rostro uno de los más preciosos que el joven Edward había visto. Había algo en la forma en que se movía, en la serenidad de sus gestos, que lo dejó clavado en el sitio. Alexandra sirvió el té con calma, sin parecer nerviosa, aunque notó —cómo no notarlo— el peso de aquellos ojos siguiéndola con descaro todo el tiempo.

El capitán Fuller fue el primero en darse cuenta.

Observó a Edward por encima de la taza, luego a Alexandra, y arqueó una ceja, como quien suma dos y dos con rapidez y el resultado no es el esperado.

—Gracias, muchacha —dijo—. Puedes dejar la bandeja ahí.

Alexandra asintió y comenzó a recoger una vez servido el té, moviéndose por el salón mientras Edward seguía cada uno de sus pasos, sin disimulo alguno.

—Langford —intervino el capitán—, me temo que debo abandonarlo por un momento, no lo recordaba, pero debo atender un asunto en las cuadras. No tardaré.

Edward apenas reaccionó.

—Por supuesto, capitán.

En cuanto la puerta se cerró, Edward se dispuso a actuar, aunque su cuerpo parecía negarse, porque no reaccionaba.

Alexandra terminó de ordenar las tazas usadas. Edward seguía de pie, inmóvil, observándola como si fuese incapaz de hacer otra cosa. Ella lo notó.

—Por cierto, ¿busca esposa esta temporada, señor Langford? —preguntó de pronto, sin mirarlo, mientras acomodaba la bandeja.

La pregunta le cayó a Edward como una bofetada. Aunque al menos le hizo reaccionar.

—¿Qué? —Edward se irguió—. No. Por supuesto que no.

Alexandra alzó por fin la vista, ladeando ligeramente la cabeza.

—Curioso.

Edward frunció el ceño.

—¿Por qué dice eso?

Ella señaló con la barbilla hacia la mesa auxiliar. Edward siguió la dirección de su gesto… y entonces lo vio.

Tres edictos para encontrar esposa. El libro que había dejado en la biblioteca la noche anterior.

—No es lo que parece —se apresuró a decir—. Fue una casualidad que terminase en mis manos.

Alexandra esbozó una sonrisa breve.

—No lo niegue, señor Langford, no se avergüence. Un hombre como usted también puede casarse.

Edward abrió la boca para replicar, pero ella continuó, con una calma casi cruel:

—Y con un hombre como usted me refiero a un libertino. Siempre hay mujeres hechas para asumir y callar. Si se esfuerza, puede encontrar una sin dificultad, hasta creame que las hay con todo tipo de color de cabello.

Eso fue demasiado.

Edward se levantó de golpe, la silla protestó contra el suelo.

—¿Por quién me toma, señorita? —exigió—. No soy como usted dice.

Alexandra dejó la bandeja a un lado con deliberada lentitud. Luego alzó la barbilla y dio un paso al frente, acortando la distancia hasta quedar arriesgadamente cerca de él.

Demasiado cerca.

—No fue eso lo que vi en la boda de sus hermanas —susurró—. No hace falta que lo niegue… ni que se esconda de sus libertinas manías conmigo.

Edward contuvo la respiración.

—Recuerde —añadió ella, con los ojos clavados en los suyos— que solo soy una sirvienta. Y según usted… ni siquiera sé leer.

El aire entre ambos se volvió denso, casi irrespirable.

Edward fue el primero en romper el silencio, aunque su voz salió más baja de lo que pretendía.

—No sabe nada de mí —dijo, dando un paso hacia ella—. No tiene derecho a juzgarme por una noche, ni por lo que creyó escuchar cuando no debía, ni por un libro.

Alexandra no retrocedió.

—¿Y usted sí cree saber de mí? —replicó, alzando un poco la barbilla—. Me juzgó antes incluso de escucharme hablar. Me miró como si yo fuese menos que usted, o peor, como si fuese exactamente lo que le convenía que fuera.

—No es cierto.

—Lo es —insistió—. Me vio igual que me ven todos los hombres de su clase: alguien a quien observar sin consecuencias. Basura apartada en un rincón, basura que se puede mover, o incluso cerrar en una bolsa para que deje de oler.

Edward apretó la mandíbula.

—No me compare con ellos.

—Entonces no actúe como ellos.

El reproche le golpeó más fuerte de lo esperado. Sin darse cuenta, Edward avanzó otro paso. Alexandra hizo lo mismo, movida por la misma fuerza invisible. La distancia entre ambos se redujo hasta quedar comprometidamente escasa.

—¿Cree que disfruto de esa fama que tanto se empeña en colgarme? —preguntó él, ahora casi en un susurro—. ¿Cree que me agrada que me vea como algo que no soy?

—Eso es lo que usted permitió que yo viese —respondió ella, con la respiración alterada—. Es más fácil esconderse detrás de una máscara que mostrar lo que de verdad importa.

Edward rio sin humor.

—¿Y qué sabe usted lo que me importa?

—Más de lo que imagina.

Edward notó el calor de su cuerpo irradiar hacia el de él, la cercanía de su rostro, la forma en que los labios de Alexandra se entreabrían al respirar. Cerró los puños a los costados, como si así pudiera contenerse.

—Aléjese —murmuró, aunque no se movió.

—Hágalo usted —replicó ella.

Ninguno obedeció.

Estaban tan cerca que Edward tuvo que cerrar los ojos. No por cobardía, sino por pura supervivencia. Si los mantenía abiertos, sabía exactamente qué haría.

Y no debía.

Alexandra también lo supo. Lo sintió en el silencio, en la forma en que él contenía el aliento, en la tensión que le recorría el cuerpo. En como la miraba antes de que sus ojos se cerrasen.

Durante un instante —solo uno— deseó inclinarse, romper todas sus normas, olvidar quién era y por qué había regresado a esa casa.

Entonces el rostro de su madre apareció con una claridad cruel: pálido, cansado, digno hasta el final de sus días.

Alexandra negó despacio con la cabeza.

Retrocedió.

—No —dijo, más para sí misma que para él.

Edward abrió los ojos de golpe.

—Alexandra…

Ella ya se estaba apartando, recomponiendo el gesto, bajando la mirada, levantando de nuevo el muro invisible entre ambos.

—Que tenga un buen día, señor Langford.

Y se fue.

Edward permaneció inmóvil, con el corazón desbocado y la certeza incómoda de que acababa de perder algo que ni siquiera sabía que deseaba…
o de encontrarlo demasiado pronto. Pero negó con la cabeza, pues ella era una sirvienta.

CAPÍTULO 5

La puerta del salón se abrió de nuevo con un leve chirrido.

Alexandra ya se había alejado, pero no lo suficiente. Se detuvo junto al pasillo lateral, a medio camino entre la salida y la escalera de servicio, cuando reconoció la voz del capitán Fuller. No era su intención escuchar, pero el destino —siempre cruel— decidió lo contrario.

—¿Todo en orden, Langford? —preguntó el capitán, retomando su lugar junto a la mesa—. Creí notar cierta tensión antes.

Edward tardó un segundo en responder.

—Nada fuera de lo común, capitán.

Fuller lo observó con atención, luego esbozó una sonrisa ladeada, casi cómplice.

—Bonita, ¿verdad?

Alexandra se quedó inmóvil a la otra parte de la pared.

—¿Cómo dice? —respondió Edward, aunque ya sabía a quién se refería.

—La muchacha —añadió Fuller con tono indiferente—. Alexandra. Tiene algo que llama la atención. Una lástima que no pertenezca a la sociedad… o al menos, una gran lástima que solo sea una sirvienta.

Las palabras se clavaron como alfileres. Alexandra contuvo el aliento, pegada a la pared, con la bandeja aún entre las manos, apretándola bien fuerte entre sus dedos intentando contener la furia.

Hubo un silencio breve. Demasiado breve.

—No me interesa nada su sirvienta, capitán —respondió Edward al fin, con voz distante—. ¿Podemos dejar de hablar de ella?

Aquello fue suficiente.

Alexandra sintió cómo algo dolió dentro de ella fue como un golpe a su orgullo. No era dolor, no exactamente. Fue algo más frío, fue como una humillación.

Así que este es el juego, pensó.

En ese instante, todo encajó con una precisión inquietante. El recuerdo de Edward en la boda de las hermanas Langford —su risa fácil, su fama, su aparente ligereza— regresó con fuerza. En ese instante se dio cuenta de que el mismo destino había elegido a Edward para que ella pudiese cobrarse su venganza.

Él sería el camino.

Seducirlo. Casarse con él. Convertirse en una Langford.

Y desde dentro, separar aquella familia igual que el señor Langford había hecho con la suya. Obligarle a reconocerla como hija. Arrastrarlos a la vergüenza social. Al desprecio. A la huida que seguro se replantearían cuando toda Londres hablasen de ellos.

Alexandra retomó el paso con calma, sin hacer ruido, sin que nadie sospechara que acababa de jurar algo que no pensaba romper.

Minutos después, Edward se despidió del capitán Muller con corrección y abandonó la casa. El aire exterior le acarició el rostro con sutileza, cuando subió al carruaje, como si solo entonces se le permitiese respirar, exhaló todo el aire que contenía y se relajó.

El traqueteo del carro comenzó, monótono, casi hipnótico. Y fue entonces cuando ella volvió a su cabeza.

Los ojos. Oscuros, atentos. Las pestañas, demasiado largas para pasar desapercibidas. La boca… distinta a cualquier otra que hubiese visto, con ese labio superior elevado y grueso que parecía hecho a conciencia para dejarle sin palabras al tenerlo frente a él.

La piel, que aunque aparentaba delicadeza, tenía algo magnético, casi hipnotizante.

Edward apoyó la cabeza contra el respaldo y se permitió cerrar un segundo los ojos.

—No me interesa —murmuró para sí, como si repitiéndolo esta vez en voz más alta pudiera hacerlo verdad.

Pero su cuerpo no obedecía a sus palabras.

Estaba tan sumido en aquella ensoñación que no oyó detenerse el carruaje.

Los golpes en la portezuela resonaron con fuerza.

—Señor Langford —anunció una voz desde fuera—, hemos llegado.

Edward abrió los ojos de golpe, sorprendido de que aquella señorita tuviese ese poder sobre él.

La casa Langford parecía respirar de un modo distinto aquella tarde.

Edward apenas había dejado atrás el carruaje cuando el murmullo de voces y el ir y venir de criados le advirtieron de que algo importante estaba ocurriendo en el interior de la casa Langford. El vestíbulo estaba inundado de luz, capas dobladas sobre los respaldos de las sillas, cofres abiertos y otros cerrados a medias, y un aire de expectación que no necesitó explicación cuando levantó la vista.

Sus hermanas. Las tres frente a él.

—Edward —exclamó Matilda al verlo, con esa sonrisa abierta y generosa que siempre había tenido para él —. Pensábamos que no llegarías a tiempo.

Dejó el chal que sostenía sobre una mesa cercana y se lanzó a abrazarlo sin miramientos. Edward la rodeó con los brazos con una familiaridad que no se permitía con casi nadie más. Durante un instante apoyó la barbilla sobre la cabeza de su hermana, aspirando

el perfume conocido, que siempre le había resultado sinónimo de hogar.

—Te voy a echar de menos —dijo al fin, con voz baja, y muy sincera—. Mucho más de lo que voy a admitir en voz alta. Lo sabes.

—Oh, no seas exagerado —respondió Matilda, separándose para mirarlo—. Disfrutarás de la casa en silencio. Sin nosotras. Sin discusiones. Sin risas. Será el momento para poder leer sin distracciones.

—Eso es precisamente lo que temo, no poder concentrarme por excesivo silencio.

Ella rio y le dio un leve golpe en el brazo antes de apartarse.

Cecilia aguardaba a su lado. Edward la observó un segundo más de lo habitual, como si aún le costara asumir que ya no era la muchacha impulsiva que corría por los pasillos hacía pocos años, sino que ahora era una mujer casada, con porte y apellido respetado ni más ni menos escocés. Se inclinó hacia ella y le habló en voz baja, con ese tono protector que nunca había perdido con ella.

—No te metas en problemas —le advirtió—. Ahora eres una mujer respetada… y tu esposo aunque no capitán, en sus venas corre sangre temida de highlander, y eso es algo como para tener en cuenta, y no para dejarle en evidencia con alguna imprudencia de las tuyas.

Cecilia alzó una ceja, divertida.

—¿Me estás pidiendo prudencia a mí? —preguntó—. Será mejor que pidas a Dios un milagro.

—Dios Santo, nunca vas a cambiar —insistió Edward—. Por el bien del imperio británico.

—Prometo comportarme… casi siempre, al menos —respondió ella, besándole la mejilla antes de apartarse.

Brook fue la última en acercarse. Tenía esa expresión traviesa que Edward conocía demasiado bien. Él suspiró antes incluso de que ella hablara.

—Y tú —dijo, señalándola con el dedo—, regresa con un sobrino.

—¿Así, sin más? —rio Brook—. Qué exigente eres.

—Al menos encargado —añadió—. No soy difícil de complacer, te pido algo que a todos nos hará tremendamente felices.

—Veremos qué puedo hacer —respondió ella con una sonrisa pícara—. No prometo nada.

El señor Langford se aproximó entonces. No era hombre de grandes efusiones, pero aquella tarde abrazó a sus hijas una por una, con una firmeza que delataba cuánto significaban para él. Luego se volvió hacia los yernos, mirándolos con severidad.

—Cuidadlas bien —dijo—. O os mataré a vuestro regreso.

Los hombres rieron, conscientes de que aquella amenaza estaba hecha de afecto y orgullo en partes iguales.

A unos pasos de distancia, Elena contemplaba la escena con una sonrisa serena. Su brazo descansaba enlazado al de Julián, y había en su expresión algo nuevo, expectante. Sin decir nada, tomó la mano libre de su esposo y la guio con suavidad hasta posarla sobre su vientre.

—Creo —dijo con voz tranquila— que antes de que se marchen deberíamos darles una buena noticia.

Julián frunció el ceño.

—¿Qué…? —murmuró.

Ella asintió.

El mundo pareció detenerse para el mayor de los Langford.

—¿Hablas en serio? —preguntó él, con incredulidad.

Elena sonrió, y fue respuesta suficiente.

Julián la besó. Una vez. Dos, tres, cuatro. Luego volvió a mirarla como si temiera que desapareciera si apartaba la vista, o que aquello fuese un sueño y que nada de lo que le había dicho fuese real.

De pronto la abrazó con fuerza y la levantó del suelo, girando con ella en un impulso irrefrenable, riendo como un muchacho.

—Voy a ser padre —dijo, casi sin voz.

Depositó besos desordenados en su rostro y, finalmente, con una delicadeza que nadie le habría atribuido, apoyó los labios sobre su vientre al dejarla en el suelo.

Las miradas se cruzaron. Sonrisas. Algún suspiro emocionado también salió de alguna boca de sus hermanas.

La despedida se transformó, por un momento, en celebración.

Edward observó la escena desde un segundo plano, con una mezcla extraña de calidez y melancolía. Vida que partía. Vida que comenzaba. Y él… en medio de algo que todavía no sabía nombrar, en el remoto caso de que fuese real.

Poco después, cuando el bullicio comenzó a dispersarse y los preparativos retomaron su ritmo, Edward se retiró unos pasos, como solía hacer siempre que podía. Pero su mente no estaba en su familia. Estaba en unos ojos oscuros. En unas pestañas demasiado largas. En una boca distinta a todas las demás. Y supo, con una certeza incómoda y persistente, que por mucho que lo negara… nada volvería a ser igual en él.

CAPÍTULO 6

Más tarde, cuando la casa volvió a quedar en un silencio razonable —ese silencio cargado de pasos lejanos y relojes marcando el tiempo—, Edward regresó a la biblioteca.

Cerró la puerta tras de sí y apoyó la espalda un instante contra la madera, como si necesitara asegurarse de que estaba solo. Luego avanzó hasta la butaca junto a la ventana, donde había dejado el libro que cogió en casa del capitán Fuller la noche anterior. Lo tomó entre las manos y leyó el título una vez más.

Cumbres Borrascosas. Sonrió al pensar en aquella persona que puso aquel nombre a esas tierras, y se quedó dudando en si algún día él sería capaz de inventar una de esas historias tan increíbles como las que solía devorar.

Fue una sonrisa leve, casi cómplice, como si compartiera un secreto con alguien que no estaba allí.

—Así que mentías —murmuró, recordando la voz de Alexandra—. Dijiste que moría en el siguiente capítulo.

Se acomodó en el asiento y retomó la lectura con una curiosidad renovada. Avanzó páginas con rapidez, deteniéndose aquí y allá, hasta que comprendió la verdad: Heathcliff no moría. No al menos todavía en lo que llevaba de lectura. Lo que hacía era marcharse. Marcharse porque ella iba a casarse con otro. Con el nuevo propietario de la Granja de los Tordos. Porque no podía soportar verla pertenecer a un mundo que no era el suyo, o más bien verla pertenecer a un hombre que no fuera él.

Edward cerró el libro despacio, apoyándolo sobre sus rodillas.

—Un mendigo —susurró—. Eso era.

Recordó cómo Heathcliff había llegado a Cumbres Borrascosas sin nombre si quiera, sin origen, sin nada que ofrecer salvo una voluntad feroz. Y aun así… años después regresaba convertido en un hombre rico. Poderoso. Temido.

Un hombre que había cambiado su lugar en el mundo.

Edward alzó la vista hacia las estanterías repletas de volúmenes encuadernados con esmero, muchos de ellos jamás abiertos todavía por él.

Entonces, sin poder evitarlo, pensó en el otro libro. *Tres edictos para encontrar esposa.*

Bufó suavemente.

—¿Y qué lógica tiene entonces aquello? —dijo en voz alta, como si las paredes pudieran responderle—. ¿Las clases no deben mezclarse, porque lo diga un tratado?

Se levantó y comenzó a pasear despacio por la estancia, con el libro aún en la mano.

—Las personas encuentran riquezas —continuó—. Y también las pierden. Mi padre conoce a hombres que lo tuvieron todo, y ahora no tienen nada.

Se detuvo frente a la ventana.

—Heathcliff era un don nadie —añadió—. Y miradlo años después.

Sacudió la cabeza, incrédulo, casi divertido.

—Ese libro no vale para nada.

Regresó a la butaca y volvió a abrir *Cumbres Borrascosas*. Esta vez, antes de leer, pensó en Alexandra. En su mirada segura. En la forma en que había hablado de libros como quien habla de verdades vividas, no aprendidas.

—Sabías exactamente lo que hacías —murmuró—. Incluso al engañarme. Lo que querías era que siguiera pensando en ti cada vez

que cogiera este libro entre mis manos.

Y por primera vez desde hacía mucho tiempo, Edward Langford se permitió pensar que quizá…
el mundo no estaba tan bien ordenado como le habían enseñado. O como ese libro de los edictos sugería.

La puerta de la biblioteca se abrió sin esperarlo. Edward no alzó la vista de inmediato; reconoció los pasos antes que la voz. Brook siempre había caminado con una seguridad despreocupada, como si el mundo fuese un lugar diseñado para recibirla sin resistencia.

—Sabía que estarías aquí —dijo ella, entrando y cerrando tras de sí—. Cuando todos se marchan o celebran, tú vienes a esconderte entre libros. Es casi entrañable.

Edward sonrió sin mirarla.

—Alguien tiene que hacerles compañía.

Brook se acercó despacio, observándolo con atención. No dijo nada durante unos segundos, lo suficiente para que él sintiera ese escrutinio incómodo que solo una hermana mayor podía ejercer con tanta precisión.

—Estás distinto —afirmó al fin.

Edward alzó una ceja.

—Siempre dices eso cuando quieres acaparar toda mi atención.

—No —replicó ella—. Otras veces estás distraído, irónico o insoportablemente correcto. Esto es diferente.

Se sentó frente a él, cruzando las manos sobre el regazo.

—Es como si estuvieras, en otra parte.

Edward cerró el libro con cuidado y lo dejó a un lado. Apoyó la espalda contra el respaldo de la butaca, suspirando.

—Puede que haya conocido a alguien —admitió, con cautela.

Brook no sonrió, ni bromeó, ni hizo ningún comentario mordaz. Eso, en sí mismo, fue revelador.

—¿Alguien? —repitió—. Interesante elección de palabra.

Edward miró al techo, como si allí estuviera la respuesta.

—Es distinta —dijo—. Y lo es en todos los aspectos que la rodean. No encaja. No debería siquiera cruzarse en mi camino, o yo en el suyo.

Brook inclinó ligeramente la cabeza.

—¿Y aun así…?

—Y aun así —continuó él, con voz más baja—, desde que la conocí tengo la sensación de que no existe nadie más en quien posar mi mirada.

El silencio que siguió fue corto.

—Eso —dijo Brook al fin— no te lo había oído nunca antes.

Edward dejó escapar una risa breve.

—Porque nunca me había pasado.

Ella lo observó con interés.

—¿Cómo se llama?

Edward negó de inmediato.

—No.

—Edward…

—No —repitió—. Si te digo el nombre, lo sabrás todo. Y aún no estoy preparado para eso. Acabo de descubrir solo un capítulo, no quieras conocer el siguiente antes que yo.

—Edward, solo cuéntame lo que tú sabes, además tienes la certeza de que me marcho a Francia, no podré inmiscuirme en tus asuntos por más que lo desee con todas mis fuerzas.

—He dicho que no.

Brook no insistió. En lugar de ello, se levantó y caminó hasta la estantería, pasando los dedos por los lomos de los libros, pensativa.

—Déjame decirte algo —comenzó—. He visto a demasiadas personas arruinar su vida intentando vivir una vida, corrijo, la vida que otros esperan de ellas.

Se giró para mirarlo.

—Brook, ella es diferente, digamos que no pertenece a nuestro mundo, solo te revelaré eso.

—La sociedad cambia. Las fortunas cambian. Las posiciones, también. Lo único que permanece es aquello que uno siente cuando nadie está mirando.

Edward frunció el ceño.

—Hablas como si fuese sencillo de explicar.

—Nunca lo es si no es que lo has sentido alguna vez —respondió ella—. Pero eso no lo hace menos necesario de vivir.

Se acercó y apoyó una mano sobre el respaldo de su butaca.

—Lucha por lo que sientes —añadió con firmeza—. No por lo que dicta la sociedad. No por lo que espera padre de ti. Ni siquiera por lo que crees que deberías hacer. Solo hazlo por tu corazón.

Edward la miró en silencio, sorprendido.

—No esperaba eso de ti.

Brook sonrió.

—Por eso soy más interesante que Julián.

Él soltó una carcajada, sincera por primera vez en horas.

—Gracias —dijo.

—No me lo agradezcas —respondió ella—. Haz algo con todo esto que te eh dicho.

Brook salió de la biblioteca dejándolo solo de nuevo. Edward permaneció inmóvil unos instantes, luego volvió a tomar el libro,

aunque no leyó.

Pensó en una muchacha distinta a todo lo que conocía. En una mirada que no pedía permiso para colarse de nuevo en sus pensamientos. Y una voz que aunque pronunciase improperios seguiría sonando a la melodía más bonita.

CAPÍTULO 7

La sala donde Edward y su padre parecían acompañarse estaba sumida en una quietud agradable cuando llamaron a la puerta.

Edward alzó la vista del libro que sostenía entre sus manos justo cuando un criado apareció con una inclinación respetuosa frente a él.

—Señor —anunció—, ha llegado una misiva para usted. Del capitán Fuller.

Edward frunció el ceño incluso antes de tomar el sobre. Aquello empezaba a resultarle demasiado insistente. Demasiado angustioso, incluso. No recordaba haber intercambiado más de dos palabras con el capitán antes de las recientes celebraciones, y ahora parecía reclamar su atención con una regularidad inesperada.

Rompió el lacre y leyó.

La carta era breve, escrita con una caligrafía casi urgente:

Estimado señor Langford,

Tengo entre manos un asunto que considero de interés y agradecería sobremanera su consejo. Incluso, si me lo permite, su aprobación. Confío en que pueda visitarme a la mayor brevedad.

Atentamente,

Capitán Fuller.

Edward cerró la nota despacio.

Desde un rincón de la estancia, el señor Langford lo observaba por encima del borde de su libro, con una atención que no pasó desapercibida para Edward.

—¿Malas noticias? —preguntó al fin.

—No —respondió Edward—. Solo curiosas. El capitán Fuller insiste en verme. Cada vez con mayor frecuencia.

El señor Langford soltó una breve risa, seca pero cargada de significado.

—Seguro que le echa de menos.

Edward lo miró, desconcertado.

—¿A quién?

Su padre bajó el libro y lo estudió con una expresión casi indulgente.

—A su hijo, es evidente —corrigió—. A Joe. Echa de menos a Joe Fuller. Y en ti ha encontrado una especie de pupilo. Alguien con quien distraerse, apoyarse, con quien llenar el tiempo que ahora tiene, y no sabe con quién compartirlo.

Edward negó con la cabeza, confundido.

—Pero no lo ha perdido. Solo se ha casado.

El señor Langford sonrió entonces, con una mezcla de ironía y experiencia.

—Qué poco sabes de matrimonios —dijo—. Escúchame bien: cuando un hombre se casa, su padre pierde un hijo. Cuando una mujer se casa, su padre gana un hijo.

Edward permaneció en silencio.

—Siempre será la mujer quien acuda a sus padres —continuó—, relegando la casa de los padres de él a un segundo lugar. Es una ley de esta vida, nos guste o no. Yo, en mi caso, salí ganando: tengo tres hijas. El pobre Fuller no.

Las palabras quedaron suspendidas en el aire.

Edward asintió despacio, comprendiendo por primera vez algo que hasta entonces no había considerado ni siquiera. Dobló la carta con cuidado y la guardó en el bolsillo interior de su chaqueta.

—Entonces iré —dijo—. No estaría bien dejar solo a un hombre que acaba de perder a un hijo, aunque no de una forma horrorosa.

El señor Langford lo observó con una mirada satisfecha, casi orgullosa.

Edward se levantó, tomó el abrigo del respaldo de la butaca y se dirigió hacia la puerta. Antes de salir, se detuvo un instante, como si algo invisible tirase de él hacia atrás.

—Padre —pronunció en voz alta—. ¿A usted no le importa quedarse a solas?

—Ve. El capitán te necesita infinitamente más que yo aquí.

No era el capitán Fuller lo que ocupaba sus pensamientos en realidad. Era una muchacha distinta a todas.

Se ajustó el abrigo y salió.

Y mientras cruzaba el umbral, Edward Langford no supo que aquel paso —aparentemente trivial—lo llevaba al principio de todo.

Cuando Edward llegó a la casa Fuller no sabía de qué se trataba ese asunto para el que el capitán lo había reclamado, pero lo cierto era que solo por el hecho de estar allí, cerca de Alexandra, esa sensación fascinante de saber que en cualquier momento podría cruzarse con ella por cualquier estancia de la casa, era ya de por sí reconfortante.

El capitán Fuller lo recibió pronto, y Edward pudo ver algo de secretismo en el asunto que ocupaba.

—Ven joven, esto es serio, me gustaría que todo quedase entre nosotros, a pesar de que conozco bien a tu padre el señor Langford y no dudo de su discreción, permíteme pedirte que por el momento sea, como un secreto.

Edward asintió, y vio en el capitán una especie de vehemencia, que si no se veía explicada en las próximas horas, se vería obligado a ponerse en contacto con su hijo para ponerle al corriente.

Lo que al parecer no hizo falta, pues rápidamente el capitán Fuller comenzó a contarle su gran secreto.

—Veamos, joven Langford, te he hecho llamar porque sé de tu interés creciente en la lectura, con lo cual te veo como alguien inteligente.

—En realidad, si se hubiese molestado en saber qué es lo que me gusta leer no lo creería tanto —respondió Edward Langford.

—No importa si es misterio o poesía, la lectura es lectura, y a pocos necios se encuentra uno con un libro en sus manos —replicó el capitán.

—Romance, mi capitán, me gustan las historias de amor en todas sus versiones. Ya sea amor correspondido, asesinatos por amor, venganza por amor… no es que me entusiasme leer una historia de amor de las que deprimen, pero he de reconocer que son las que más me cuesta olvidar después de leída.

—Interesante —dijo el capitán sujetando su barbilla con dos dedos.

—¿Continúa queriendo revelarme ese secreto del que hablaba?

—Es evidente que sí —susurró—. Ha desaparecido en mi propia casa un collar de diamantes, y a la hora de sospechar ya he empezado a sospechar de todos los sirvientes. Necesito su ayuda, Langford. Voy a uno por día, y a este ritmo los echaría a todos antes de descubrir al culpable.

—Siento mucho su pérdida, robo, capitán, pero no soy detective como ya sabe.

—Pero como antes le dije usted lee, así es que imagino que está atento a detalles…

—Lamento no poder ayudarle, me temo que esto escapa a mis entendimientos, usted necesita de un investigador experimentado. Me atrevería a decir que si le pide uno a la corona, no dudaría en ponerlo en sus manos.

Edward que todavía no se había retirado la chaqueta dio un par de pasos hacia la puerta, hasta que la joven Alexandra apareció frente a él con una bandeja cargada con una botella de brandy y dos copas.

—Buenas tardes, señor Langford —inclinó su cabeza al verle.

—Quédese al menos a tomarse una copa del mejor brandy de la ciudad —le pidió el capitán Fuller.

Edward miraba a Alexandra sin poder apartar los ojos de su boca, y se repetía que jamás ningunos labios le habían llamado tanto la atención.

—Debería marcharme Capitán —consiguió decir.

—Está bien, contaba con que su ayuda no me sirviese de mucho. Tendré que hacer lo primero que pensé, y aunque encontrar buen servicio no es fácil a estas alturas del año no tengo otra opción.

Alexandra al escuchar aquella afirmación por parte del capitán se atrevió a preguntarle.

—¿Va a despedirme, capitán?

—A todos —sentenció el capitán.

Alexandra que ya había dejado la bandeja sobre la mesa de caoba, suspiró y comenzó a lloriquear.

—No será necesario, capitán, le ayudaré a resolver el tema que le preocupa —dijo Edward al ver que si no aceptaba, Alexandra se vería en la calle.

—Buenas noticias Alexandra, parece que por el momento nadie será despedido —pronunció el capitán Fuller sonriente.

Alexandra dejó escapar un suspiro tembloroso, aún con los ojos humedecidos.

—Gracias, capitán… —murmuró, inclinando la cabeza.

Edward percibió cómo sus hombros se relajaban un instante, como si hubiese estado conteniéndose todo ese tiempo.

—Ahora puedes retirarte —ordenó el capitán con tono amable—. Necesito hablar a solas con el caballero Langford.

Alexandra asintió de inmediato. Recogió la bandeja con manos aun ligeramente temblorosas y, antes de salir, se permitió una última mirada fugaz hacia Edward. No fue una mirada larga ni descarada, sino algo mucho más breve, intenso, una mirada cargada de gratitud.

Cuando la puerta se cerró tras ella, el capitán Fuller dejó escapar un largo suspiro y se dejó caer en el sillón frente a Edward.

—Bien —dijo—. Ahora que estamos solos.

Edward se mantuvo de pie, con la chaqueta aún puesta, como si no tuviera intención de acomodarse.

—Debe comprender, capitán, que no acepto esta investigación sin más —comenzó—. Si voy a ayudarle, necesito saber exactamente qué ha ocurrido. Quiero conocer todo tipo de detalles.

Fuller asintió, perdiendo parte de la seguridad que había mostrado hasta entonces.

—El collar perteneció a mi difunta esposa —confesó—. No es solo una joya valiosa; es… lo último que conservo de ella. Desapareció hace tres noches. No he dicho nada a nadie, salvo a usted.

—¿Por qué a mí?

El capitán lo miró fijamente.

—Porque no pertenece a esta casa. Porque no es criado ni familiar. Y porque no tiene motivos para mentirme, y mucho menos para robarme.

Edward reflexionó unos segundos.

—¿Nadie ha salido de la casa desde entonces?

—Nadie sin mi conocimiento.

—¿Y las llaves?

—Solo yo y el mayordomo tenemos acceso a la caja donde se guardaba.

Edward frunció el ceño.

—Entonces su error, capitán, es pensar que el culpable es necesariamente un sirviente.

Fuller se tensó.

—¿Insinúa que…?

—Insinúo que, cuando algo se pierde dentro de una casa, las personas de dentro no suelen ser las culpables.

El capitán guardó silencio.

—Acepto ayudarle —dijo Edward al fin—. Pero con una condición.

—Diga.

—Nadie más será amenazado con el despido. Ni directa ni indirectamente.

Fuller dudó, pero acabó asintiendo.

—Tiene mi palabra.

Edward se acercó a la ventana, mirando hacia el jardín.

—Empezaré con mi tarea esta misma noche —añadió—. Y le ruego discreción absoluta.

—La tendrá. Pero déjame conocer cuáles serán los pasos.

Edward tomó entonces su sombrero.

—Evidentemente tendré que pasar tiempo en su casa, más del que me apetecería. Pero usted no se preocupe capitán, no le

molestaré. Solo observaré al servicio por el momento. Y ahora debo marcharme.

—¿Está seguro de no querer una copa?

—Completamente.

Y mientras abandonaba la estancia, Edward Langford comprendió algo inquietante: el collar había sido la excusa… pero la razón por la que había aceptado era otra muy distinta.

CAPÍTULO 8

La casa Fuller dormía, o al menos eso es lo que le pareció a Edward cuando pensó en entrar por la ventana que horas antes había dejado él mismo abierta.

Las luces estaban apagadas y el silencio se deslizaba por los pasillos como era normal a aquellas horas, apenas roto por el lejano crujir de la madera al asentarse. Edward había aguardado oculto entre las sombras del jardín trasero, vestido completamente de negro, con el abrigo ajustado al cuerpo y el rostro parcialmente cubierto por un antifaz casero hecho con un pañuelo negro agujereado en la zona de sus ojos para poder ver. No era una decisión impulsiva. Cada paso había sido meditado.

No quería ser visto. Ni mucho menos reconocido.

Avanzó sin hacer ruido, memorizando estancias, puertas, escondites. Se dirigía hacia el despacho del señor Fuller cuando un sonido inesperado lo obligó a detenerse de inmediato.

Fue un ruido ligero y provenía de las cocinas.

Edward se giró de inmediato dirigiendo su camino hacia aquel lugar de la casa.

Alexandra. Estaba sola, con una vela encendida y las mangas remangadas, removiendo algo sobre el fogón apagado. Canturreaba muy bajo, casi para sí misma, ajena a cualquier mirada.

Él dio un paso, y el suelo traicionero crujió bajo sus pies.

Alexandra se giró con un sobresalto ahogando un grito que no llegó a pronunciar. Sus ojos se abrieron de par en par al ver aquella figura oscura surgir de la nada.

No gritó, pero sí actuó. Tomó el primer objeto que tuvo a mano —una olla de metal— y lo alzó con decisión para golpearle.

Edward reaccionó al instante. Sujetó su muñeca en el aire con fuerza, deteniendo el golpe a escasos centímetros de su rostro. El impacto no llegó a producirse, pero la cercanía entre ellos fue brutal.

—Cuidado con las armas —susurró con voz grave—. A veces se vuelven contra quien las empuña.

Alexandra respiraba agitadamente. La olla cayó al suelo cuando él se la arrebató con un movimiento seco y rápido. Sus cuerpos quedaron cerca, demasiado.

—¿Quién es usted? —exigió ella con un hilo de voz, y aunque no retrocedió casi temblaba de miedo.

Edward la empujó suavemente hasta que su espalda tocó la pared de piedra. No fue un gesto violento, pero sí decidido. Su mano permaneció junto a su brazo, haciéndola plenamente consciente de su presencia.

Se inclinó hacia ella.

—Escúcheme bien —murmuró, esta vez distinto, más bajo, más íntimo, impostando también la voz—. Si vuelve a verme por aquí… aléjese de mí. Por su bien.

Alexandra tragó saliva.

Algo explotó dentro de ella en el momento en el que sus rostros casi se rozaban debido a la proximidad. Una sensación súbita, ardiente, que le subió desde el estómago hasta la garganta, dejándola sin aliento. Y esta vez no era por el miedo.

—No —respondió, negando despacio con la cabeza—. No me alejaré.

Él se tensó.

—No sabe lo que dice.

—Sí lo sé —susurró ella.

Sus palabras quedaron suspendidas entre ambos.

Edward cerró los ojos por una fracción de segundo. Solo una. La distancia entre sus bocas era mínima.

—Si no evita mi presencia me veré obligado a secuestrarla la próxima vez que se cruce en mi camino.

—Usted haga lo que tenga que hacer, pero yo no obedezco sus órdenes. Ni las suyas ni las de nadie.

—Entonces estamos perdidos —pronunció Edward dejando hablar a su interior, pues aunque él también deseaba alejarla, era algo imposible de hacer cuando estaba cerca.

Aquella mujer despertaba en el joven Langford un deseo que nadie antes había sido capaz de hacerle sentir.

Y antes de que el deseo terminara de vencerle, se apartó bruscamente. En un instante ya estaba en movimiento, desapareciendo entre las sombras por donde había llegado.

Alexandra se quedó sola. Con el corazón golpeando fuerte en su interior, y el pulso terriblemente acelerado.

CAPÍTULO 9

A la mañana siguiente, el joven Langford decidió que para no levantar sospechas debería comportarse con naturalidad, y si tenía pensado regresar a la mansión Fuller lo que había ocurrido la noche anterior no debería hacerle actuar de otra forma.

Edward estaba a punto de cruzar el umbral de la casa Fuller cuando la puerta se abrió de golpe.

Literalmente de golpe.

No tuvo tiempo de reaccionar. Una cabeza castaña apareció de pronto frente a él y, al siguiente instante, el impacto fue inevitable. El choque fue seco, torpe, impropio de una casa bien ordenada. El cuerpo que salió despedido contra su pecho pertenecía, sin lugar a dudas, a una mujer.

—¡Ah! —exclamó ella, más por la sorpresa que por el dolor.

Edward apenas pudo articular palabra antes de que la joven rebotara contra él y acabara sentada en el suelo, con la falda medio levantada y una bolsa de tela desparramando su contenido a sus pies.

—Mil perdones —dijo él de inmediato, inclinándose hacia ella—. No la vi salir.

La mujer negó con la cabeza, aún sin alzar la vista.

—Ha sido culpa mía, señor —respondió con rapidez—. Caminaba distraída.

—No, no —insistió Edward—. Debería haber anunciado mi presencia. Ha debido de hacerse daño, permítame que la ayude.

Ella emitió un leve sonido de protesta, como si aquel comentario la incomodara más que el golpe en sí.

Edward le tendió la mano para ayudarla a incorporarse. En ese gesto fue cuando advirtió que la cofia que recogía su cabello había resbalado, dejando que una cascada castaña le cubriera el rostro por completo, ocultándolo como un velo improvisado.

—Permítame —dijo con suavidad.

La mujer no aceptó su mano.

Fue entonces cuando Edward supo exactamente quién era.

Alexandra permanecía inmóvil, con el rostro aún oculto tras el cabello, como si aquel anonimato momentáneo fuera su única defensa. No se movió. No habló.

—Comprendo —murmuró él, enderezándose—. No insistiré.

Al ver que ella no pensaba levantarse con su ayuda, Edward se inclinó para recoger la bolsa caída. Empezó a devolver con cuidado cada objeto a su interior: un pañuelo, unas cintas, lazos o como las llamasen las mujeres para recogerse el cabello, un pequeño cuaderno… y un libro.

Sus dedos se detuvieron.

—Vaya —comentó, sin poder evitarlo—. Una lectura muy interesante para una mujer como usted.

Leyó en voz alta, con cierta sorna involuntaria:

—*Tres edictos para encontrar esposa*.

Alexandra retiró el cabello de su rostro con un gesto brusco, revelando una expresión entre indignada y avergonzada.

—No es mío —replicó—. Solo lo tomé prestado.

Edward ladeó la cabeza, observándola con atención renovada.

—¿Suele tomar prestadas cosas que no le pertenecen muy a menudo, señorita?

Ella bufó, claramente ofendida. Se puso en pie con un movimiento rápido, aunque al hacerlo apoyó mal un pie y una leve cojera delató que se acababa de hacer daño en su tobillo.

—Devuélvame eso —ordenó, arrebatándole la bolsa de las manos.

—Está cojeando —señaló él—. Debería dejar que…

—Estoy perfectamente —lo interrumpió ella, girándose ya hacia el interior de la casa—. Buenos días, señor.

Y sin añadir nada más, se alejó con paso desigual, la espalda erguida y la dignidad tan dañada como su pie.

Edward se quedó observándola desaparecer por el pasillo, con una sensación extraña oprimiéndole el pecho.

La noche anterior había sido sombras y susurros.
El día, en cambio, parecía decidido a enfrentarles a plena luz. Y Edward no estaba seguro de cuál de las dos cosas le inquietaba más.

Edward apenas había avanzado unos pasos dentro de la casa cuando una voz firme lo detuvo.

—Langford.

El capitán Fuller apareció desde una de las estancias contiguas, con el ceño levemente fruncido y las manos cruzadas a la espalda, gesto habitual en él cuando algo no marchaba como deseaba.

—Capitán —saludó Edward, inclinando la cabeza—. Justamente ahora iba a buscarle.

Fuller no perdió tiempo en cortesías.

—Dígame —exigió—. ¿Ha avanzado en algo sobre nuestro asunto?

Edward vaciló un instante antes de responder con franqueza.

—Solo llevo un día con el asunto —repuso—. Y no es un trabajo que deba hacerse con prisas. Si el robo ha sido cometido por

alguien familiarizado con la casa, requerirá observación, paciencia, y sobre todo discreción.

El capitán frunció aún más el ceño.

—No disponemos de todo el tiempo del mundo —respondió con sequedad.

Edward lo miró con atención.

—¿A qué se refiere?

Fuller se acercó a una mesa cercana y apoyó ambas manos sobre ella.

—En pocos días daré una celebración —anunció—. Un baile en honor al hijo de la familia que acogerá a mi hijo Joe en Francia. Vendrá a Londres a pasar la temporada, y pienso recibirlo como merece.

Edward se irguió de inmediato.

—¿Una fiesta? —repitió—. Capitán, con el debido respeto, es una imprudencia en estos momentos en los que barajamos que en esta casa exista un ladrón.

—Será una velada distinguida —continuó Fuller, como si no lo hubiera oído—. Acudirán nobles, familias respetables, damas de posición. Y con ellas sus joyas.

Edward negó lentamente con la cabeza.

—Precisamente por eso debería cancelarla. No es el momento. No es el lugar.

El capitán lo observó con una mirada dura.

—No puedo hacerlo.

—Capitán…

—No pienso recibir a nadie en una casa dominada por el miedo —interrumpió—. Y menos aún permitir que se murmure que aquí no se puede celebrar un baile sin riesgo. ¿Qué pretende que diga? Cancelamos la celebración porque no sé encargarme de mi propia casa, y tengo un ladronzuelo en el servicio que se ríe de mí…

Edward apretó la mandíbula.

—Entonces se expone a que ocurra otro robo. O algo peor.

—Por eso lo necesito a usted, debe de darse prisa —replicó Fuller—. Haga todo cuanto esté en su mano. Y hágalo rápido.

Edward respiró hondo, sobrepasado por la exigencia.

—¿Cuántos invitados?

—Muchos —respondió el capitán sin dudar—. Y será un baile de máscaras.

Aquello hizo que Edward alzara la vista de golpe simulando mirar al cielo.

—¿Máscaras?

—Todos los rostros ocultos —confirmó Fuller.

Edward pasó una mano por su nuca.

—Eso convierte la casa en un lugar terriblemente inseguro —dijo—. Cancelarlo sigue siendo la opción más sensata.

—No —repitió Fuller, inflexible—. Y usted estará presente.

—¿Yo?

—Si el ladrón no ha sido descubierto antes, quizá el baile le ofrezca una segunda oportunidad —añadió—. No quiero que falte.

Edward negó lentamente con la cabeza, consciente de que había aceptado algo mucho más grande de lo que había imaginado.

—Haré lo posible —dijo al fin—. Pero no puedo prometer resultados en tan poco tiempo.

Fuller lo miró con severidad.

—Prométame esfuerzo. Eso bastará.

El silencio se instaló entre ambos.

Edward comprendió entonces que aquella casa, aquella investigación, y aquella mujer a la que no lograba apartar de su mente, estaban a punto de entrelazarse de un modo peligroso.

Y el tiempo jugaba en su contra.

CAPÍTULO 10

Hogar Lanford, Kent

Edward había ocupado una mesa discreta, junto a una ventana desde la que apenas entraba la luz de la tarde. La libreta descansaba abierta frente a él, y su pluma se movía con una constancia que pretendía ser metódica.

Personal de la casa Fuller, había escrito en la parte superior de la página. Debajo, una lista ordenada con pulcritud:

- Thomas Briggs, mayordomo
- Margaret Hale, ama de llaves
- Samuel Crowe, mozo de cuadras
- Eliza Turner, doncella
- Anne Wilcox, cocinera

Y más nombres. Muchos más.

Edward repasaba horarios, turnos, ausencias, gestos que había observado sin levantar sospecha. Aquello era trabajo de campo, como lo había llamado para darle seriedad. Sin embargo, su mente traicionaba cada intento de concentración.

Porque entre un nombre y otro, ella se interponía.

La recordaba cruzando estancias con paso ligero, como si no perteneciera del todo a aquel lugar. La forma en que levantaba la barbilla cuando se sentía cuestionada. Sus ojos, siempre alertas. Su boca, distinta a cualquier otra que hubiese visto antes.

Frunció el ceño, molesto consigo mismo, y bajó la pluma con más fuerza de la necesaria.

Sin darse cuenta, cambió el trazo.

Las palabras dejaron de ser solo nombres, y comenzó a escribir.

Ella cruzó la estancia sin saber que alguien la observaba desde detrás de la cortina del salón.
Cuando estuvo lo suficientemente lejos, él acortó la distancia.
La rodeó por detrás, con cuidado, como si temiera romperla.
Cubrió su boca con la mano para evitar el grito, con una urgencia desmedida la hizo girar.

Era preciosa. La mujer más hermosa que jamás habían contemplado sus ojos.

Separó despacio la mano de sus labios y, sin darle tiempo a huir, inclinó el rostro y robó un beso que la marcaría para siempre… y a él también.

Edward se quedó inmóvil. Parpadeó. Leyó lo escrito.

—Maldita sea… —murmuró.

Se dio dos golpes secos en la frente con la palma de la mano, como si así pudiera expulsar aquella imagen de su cabeza. Arrancó la hoja de cuajo, la dobló sin mirarla más y la guardó entre las páginas finales de la libreta, como si ocultarla fuese suficiente.

Pasó página con brusquedad.

Concéntrate, se ordenó.

Volvió a la lista, y al volver a leer aquel nombre lo hizo detenerse.

Thomas Briggs, mayordomo.

Edward inclinó la cabeza, pensativo.

No se conocía nada de él. Ni familia. Ni días libres. Nunca lo había visto abandonar la casa Fuller.
Siempre presente. Siempre correcto. Siempre invisible.

Sintió ese cosquilleo familiar en la nuca, el que precedía a las decisiones que sabía que no debía tomar… y que tomaba de todos modos.

Cerró la libreta.

Aquella noche volvería a la mansión.

La oscuridad envolvía la casa Fuller cuando Edward se deslizó por la misma ventana que la noche anterior. Vestía de negro, sin señales de quién era. El mundo parecía reducirse al sonido controlado de su respiración y al latido constante en sus oídos.

Avanzó con sigilo, como un ladrón entre paredes que no le pertenecían.

Pasó por pasillos silenciosos, evitó escaleras principales, hasta llegar al ala más apartada: las estancias del servicio.

Allí el aire era distinto, no había jarrones adornando ningún rincón y algunas ventanas carecían de cortinas.

Fue entonces cuando escuchó voces.

—Te he dicho que salgas de aquí —susurró una mujer, con un temblor en la voz que no le parecía nada cómodo a Edward.

—No lo haré —respondió un hombre—. Sé que no gritarás.

Edward se detuvo en seco.

La puerta entreabierta dejaba escapar una franja de luz. Dentro, una figura masculina bloqueaba el paso, demasiado cerca de la mujer que retrocedía hasta quedar pegada en la pared.

—Por favor… —rogó ella—. No tienes derecho.

El pulso de Edward se disparó.

No estaba seguro de qué era lo que ocurría allí dentro, pero sí sabía una cosa con absoluta certeza:
aquel hombre no había entrado en aquella alcoba por casualidad.

Y aquella noche, alguien iba a cometer un error irreparable.

La voz femenina volvió a elevarse, esta vez más rota.

—Le he dicho que se marche.

Edward avanzó sin pensarlo. Abrió la puerta de golpe.

—Aléjese de ella.

El hombre se giró sobresaltado, sorprendido por la figura oscura que acababa de irrumpir en la estancia. La lámpara proyectó sombras violentas sobre su rostro.

—¿Y tú quién demonios eres? —espetó.

Edward no respondió. Dio un paso adelante, lento, calculado. Su silencio era más amenazante que cualquier grito que pudiese salir de su boca.

—Sal de esta habitación —ordenó—. Ahora.

—No tienes derecho a decirme lo que *teng*… —no pudo terminar la frase.

Edward lo agarró por la pechera y lo empujó contra la pared con una fuerza increíble.

—Si vuelves a acercarte a ella —susurró con voz baja—, no solo perderás tu puesto. Me encargaré de que no vuelvas a encontrar trabajo en ninguna casa respetable de Inglaterra. Te hundiré la vida. ¿Me has entendido?

El hombre palideció. Tragó saliva.

—Sí… sí.

Edward lo soltó con brusquedad y señaló la puerta.

—Vete. Y no vuelvas a acercarte.

El sirviente salió casi corriendo, cerrando tras de sí la puerta rápidamente.

Edward se giró entonces hacia la mujer… y el corazón le dio un vuelco.

Era Alexandra. Estaba de pie junto a la cama, con las manos cerradas sobre el delantal, el pecho subiendo y bajando con respiraciones rápidas y cortas. Tenía los ojos brillantes, no de lágrimas, sino de una furia que él ya conocía demasiado bien.

—¿Está bien? —preguntó.

Ella asintió despacio, sin apartar la mirada de él.

—Sí —respondió—. Gracias.

Edward inclinó la cabeza, incómodo.

—Tenga cuidado la próxima vez —dijo—. Puede que no esté aquí para salvarla.

Aquello provocó una risa suave en ella. Inesperada. Casi desafiante.

—¿Salvarme? —repitió—. ¿Y quién dice que necesito ser salvada?

Se levantó y dio un paso hacia él.

Edward sintió cómo el aire cambiaba entre ambos.

—¿Quién es usted? —preguntó Alexandra—. ¿Quién se esconde bajo esa máscara y esas ropas oscuras?

Negó con la cabeza.

—No importa.

—Claro que importa.

Alzó la mano de pronto, rápida, y fue directa a estirar de la máscara.

Edward reaccionó al instante, sujetándole la muñeca antes de que pudiera descubrirle el rostro. La detuvo con firmeza.

Y quedaron así, de nuevo demasiado cerca.

La respiración de Alexandra se mezclaba con la suya. Podía sentir el calor de su piel, la tensión en su brazo, el leve temblor que la recorría desde la muñeca hasta el hombro.

—Suélteme —murmuró ella, aunque no hizo intento alguno de apartarse.

—No —respondió él.

Sus miradas se encontraron. La máscara seguía ocultando su rostro, pero no su intención. Edward bajó lentamente la mano de ella, sin soltarla del todo.

—Es peligroso hacer preguntas —susurró—. Más aún intentar descubrir secretos.

Alexandra alzó la barbilla, desafiante, hasta que apenas quedaban centímetros entre ellos.

—Entonces puede definirme como peligrosa —replicó—. Porque hay algo en usted que no me permite alejarme sin saber de quien se trata.

El pulso de Edward se desbocó.

Deslizó la mano desde su muñeca hasta su antebrazo, luego hasta su codo, consciente de cada centímetro que recorría. Alexandra contuvo el aliento. Sus labios se entreabrieron.

—Si sigue así… —dijo él, con voz ronca— no habrá vuelta atrás. Me veré obligado a hacer algo que trato de contener.

—No quiero que se contenga —susurró ella.

Fue suficiente.

Edward se inclinó. El beso no fue brusco ni arrebatado. Fue lento. Cargado de una tensión que no podía dejar de sentir. De todo lo que había evitado desde el primer instante en el que se había cruzado con ella.

Un beso que prometía demasiado.

Cuando se separaron, apenas unos segundos después, ambos respiraban con dificultad.

Edward apoyó la frente contra la de ella.

—Esto no debería haber ocurrido —murmuró.

—Al menos ahora deje que le vea el rostro —respondió Alexandra.

Pero antes de poder sucumbir Edward salió corriendo de la alcoba de Alexandra.

CAPÍTULO 11

—Edward, qué sorpresa encontrarte por aquí.

La voz de su padre lo arrancó de la lectura de aquel libro que lo mantenía en una completa ensoñación: *Cumbres borrascosas*. Estaba ya cerca del final y, aun así, no había perdido ni un ápice de interés; al contrario, sentía que cada línea lo atrapaba con mayor fuerza.

Levantó la vista con gesto cansado.

—Padre… vivo aquí —respondió—. ¿Ocurre algo?

El señor Langford se acercó despacio, con las manos entrelazadas a la espalda, observándolo con una atención que Edward no supo interpretar de inmediato.

—Lo de vivir implica dormir —corrigió—. Y ya van varias noches en las que sales de esta casa y no regresas precisamente temprano a tu alcoba.

Edward frunció el ceño.

—Por Dios santo, padre… ¿me espía? Tengo edad suficiente como para entrar y salir cuando desee.

—¿Espiar a mi hijo? ¡Qué locuras! —exclamó, ofendido solo en apariencia—. Digamos que llevo toda mi vida con el sueño ligero. Criar tres muchachas no ha sido tarea fácil, y ahora que están casadas no termino de acostumbrarme a un descanso profundo. En esta casa se escucha cada paso, cada puerta o ventana que se abre…

Edward cerró el libro con suavidad, aunque la tensión ya se había instalado entre ambos.

—¿Vas a decirme a dónde te diriges cuando sales por la noche?

—No es importante —replicó Edward—. No tiene de qué preocuparse.

—Claro que me preocupo, insensato.

El tono fue firme, duro. Edward suspiró. No tenía ánimo para una discusión, pero sabía que el silencio solo empeoraría las cosas.

—Padre… le han robado al capitán Fuller —dijo al fin—. Me ha pedido que le ayude a descubrir quién ha sido el culpable.

El señor Langford parpadeó.

—¿A ti? —preguntó, incrédulo—. ¿Por qué a ti? ¿Acaso te crees un investigador del ministerio?

Edward frunció el ceño, herido en su orgullo.

—¿Acaso no me ve capaz de resolver un misterio? —replicó—. Y más rápido que un detective, si me permite.

—¿Y eso por qué?

Edward alzó ligeramente la barbilla.

—Porque leo. Es evidente que las personas que leemos somos más inteligentes que el resto.

El señor Langford arqueó una ceja, divertido pese a sí mismo.

—Vaya argumento.

—Leer hace que el cerebro funcione mejor de lo que cree.

El padre negó con la cabeza y dio un paso hacia la puerta.

—Iré a hablar con él.

Edward se levantó de golpe. Cerró de nuevo el libro que acababa de abrir creyendo zanjada la conversación con un golpe seco y sonoro que resonó en la estancia.

—No lo harás —dijo con firmeza—. Padre, ni siquiera deberías saber esto. No puedes ir al capitán a hablarle de algo que debía mantenerse en el mayor de los secretos.

El señor Langford lo observó en silencio durante unos segundos. Luego suspiró, resignado.

—Está bien —concedió—. Pero ten cuidado.

Edward relajó los hombros.

—No creo que a nadie le agrade que andes metiendo las narices donde no te corresponde —añadió su padre—. Y además, tengo entendido que pronto llegará el hijo de los Duvalmont. Étienne llegará en breve, y no creo que le guste encontrarse por la noche con alguien merodeando por los pasillos de la casa Fuller.

Edward apretó los labios.

—Lo tendré en cuenta.

El señor Langford asintió, satisfecho solo a medias, y se retiró de la biblioteca. Edward permaneció allí unos minutos más, con el libro aún entre las manos.

Bajó la vista hacia la portada.

Cumbres borrascosas.

Heathcliff había sido un mendigo. Y, aun así, regresó convertido en un hombre poderoso.

Edward cerró los ojos un segundo.

Nada era tan incorrecto como algunos pretendían hacer creer.

Y aquella certeza, más que tranquilizarlo, lo empujó aún más hacia el abismo que estaba a punto de cruzar.

CAPÍTULO 12

Edward llevaba demasiado tiempo inmóvil. El muro lateral de la casa Fuller le clavaba el frío de la piedra en el hombro, pero no se movía. Tenía una rodilla apoyada en la grava húmeda y los dedos crispados alrededor de la libreta que había olvidado devolver al bolsillo. El jardín, perfectamente recortado, no ofrecía grandes refugios: setos bajos, rosales aún sin flor, caminos de grava blanca que delataban cualquier paso indebido. Aun así, había elegido bien su escondite. Desde allí veía sin ser visto.

Y observaba a todo el que se acercaba a la entrada. ¿Por qué tanto secreto?, se preguntó por enésima vez. ¿Por qué un capitán honorable necesitaba a alguien que entrara y saliera de su casa como un ladrón? ¿Y por qué, de entre todos los hombres disponibles, lo había elegido a él?

El sonido de ruedas sobre la grava le cortó el hilo de pensamientos.

No fue un carruaje, sino una comitiva.

Edward se incorporó apenas lo suficiente para asomarse. Primero apareció un coche negro, sobrio, de líneas limpias. Luego otro. Y otro más. Tres carros de carga cerraban la fila, tan repletos de baúles que parecían a punto de desbordarse. Cajas de madera oscura, cofres reforzados en metal, maletas marcadas con iniciales grabadas con una elegancia antes vista.

Aquello no era equipaje. Parecía una mudanza.

—¿Quién demonios eres…? —murmuró Edward.

El carruaje principal se detuvo frente a la escalinata. El cochero descendió con rapidez, pero antes de que pudiera ofrecer ayuda, la portezuela se abrió desde dentro.

Primero apareció una mano enguantada que empujaba la puerta del carro. No se aferró al marco ni buscó apoyo. Luego una bota negra, pulida hasta el extremo de reflejar la luz del atardecer. El hombre descendió con un movimiento fluido, sin prisa y sin brusquedad.

Edward lo vio completo entonces.

Alto. Más de lo habitual en aquellas tierras en las que había nacido. El cuerpo recto, los hombros amplios sin resultar pesados. Vestía de oscuro, pero no de luto: era un negro elegante, caro, discreto. El cabello, castaño muy oscuro, caía con naturalidad sobre la frente, como si no hubiera necesitado la ayuda de un peine en horas. La piel clara resaltaba aún más al contraste, y cuando alzó la cabeza, Edward se quedó inmóvil.

Los ojos.

Verdes. Intensos. Claros como hojas jóvenes bajo el sol. No miraban con soberbia, ni con prisa. Observaban cada detalle de aquella fachada que parecía estudiar.

Antes de que nadie dijera una sola palabra, el hombre se volvió hacia el cochero.

—Gracias por el viaje —dijo con una leve inclinación de cabeza—. Ha sido impecable, de verdad.

El cochero, sorprendido, tardó un segundo en reaccionar.

—A su servicio, señor.

El hombre no se dio por satisfecho. Se volvió hacia los hombres que comenzaban a descargar los baúles.

—Con cuidado, por favor. Algunos han cruzado medio continente. Sería una lástima que terminaran dañados… o que alguno de ustedes se lastimara mientras uno de esos viejos baúles se rompe.

No levantó la voz. No dio órdenes.
Pedía por favor todo el tiempo.

Edward frunció el ceño.

Ningún noble hablaba así al servicio. No sin teatralidad. No sin falsa cercanía. Aquel hombre, en cambio, parecía genuino, no parecía que impostase nada.

El capitán Fuller apareció entonces, visiblemente complacido, con los brazos abiertos en la entrada de su casa.

—¡Duvalmont! ¡Por fin en Inglaterra!

El francés giró hacia él y sonrió. No fue una sonrisa amplia, sino medida, correcta.

—Capitán Fuller. Le agradezco la acogida. Su casa es tan imponente como me habían dicho.

Edward apretó la mandíbula.

Halago preciso. Ni excesivo ni frío.

—Espero que el viaje no haya sido agotador.

—El cansancio es relativo —respondió Duvalmont—. Cuando el destino lo merece, uno lo siente menos.

Fuller rio, encantado, pero enseguida su expresión se tensó. Miró alrededor, como si algo desentonara en la escena.

—¿Dónde se ha metido esa muchacha…? —masculló—. ¡Alexandra!

El nombre golpeó a Edward con una violencia inesperada.

—¡Alexandra! —repitió Fuller, esta vez sin disimular el fastidio—. ¡Que aparezca de inmediato!

Edward sintió un nudo en el estómago.

¿Por qué no estaba allí? ¿Por qué no había salido a recibir al invitado más importante de la casa?

—Le ruego que no se altere —intervino Duvalmont con calma—. Imagino que la casa debe de estar revolucionada con los

preparativos de la celebración. Un evento así no se organiza solo.

Fuller pareció avergonzado.

—Tiene razón… pero es inadmisible. Es la criada encargada de mostrarle su alcoba.

—No es necesario —respondió el francés, volviéndose apenas hacia la entrada—. Si me indica el ala correspondiente, me instalaré sin problema. No deseo causar molestias.

—No, no, no… —protestó Fuller—. Eso no es propio de un invitado.

Duvalmont alzó una ceja, divertido.

—Después de tantos años viajando, capitán, uno aprende que deshacer su propio equipaje, es una forma de agradecer la hospitalidad.

Ni una palabra de más. Ni una de menos. Edward sintió una punzada de irritación sin motivo claro.

Demasiado correcto. Como si nada pudiera sacarlo de sus casillas.

—La segunda ala —cedió finalmente Fuller—. Habitaciones del este. La que da al jardín interior.

—Perfecto.

Duvalmont hizo una ligera reverencia y avanzó hacia la casa. Al pasar junto a uno de los criados, se detuvo.

—Si necesita descansar un momento, hágalo, sé que pesan demasiado mis baúles, no tengo prisa alguna en sacarlo todo.

El criado asintió, desconcertado.

Edward observó cómo el francés desaparecía en el interior de la mansión, seguido por un desfile interminable de baúles.

Tres carros completos.

Joyas, pensó. Riqueza. Objetos dignos de ser robados.

Y después volvió a pensar en Alexandra.

El capitán gritó su nombre una vez más antes de entrar tras su invitado.

Edward se apartó del muro y se internó entre los setos, moviéndose con cuidado.

Alexandra no había acudido a la llamada del capitán Fuller, y no era por descuido, sino más bien por elección. Se estaba escondiendo.

Las cocinas en la casa Fuller hervían de actividad. El aire estaba cargado de aromas: caldos espesos, hierbas frescas, carne asándose lentamente. El golpeteo de cuchillos contra la madera marcaba un ritmo constante, casi hipnótico. Dos cocineras discutían junto a la gran mesa central, con las mangas arremangadas y el ceño fruncido por la concentración.

—Te digo que no hay suficiente tomillo —rezongó la mayor—. Con una visita así, todo debe ser perfecto.

—Perfecto va a estar —replicó la otra—. Más te valdría preocuparte por el postre.

Alexandra entró con una bandeja entre las manos, intentando pasar desapercibida, como había aprendido a hacer desde niña. Bajó la mirada, ajustó el paso, concentrada en no llamar la atención.

—Niña —la llamó una de ellas sin mirarla—. Deja eso y corre a la puerta. La visita ya ha llegado.

Alexandra se detuvo en seco.

—¿La… visita? —repitió con cautela.

—Sí, mujer —respondió la cocinera mayor—. El francés. Te toca a ti encargarte de él. Espero que la alcoba esté impoluta, porque el capitán está nervioso como un gallo en vísperas.

El mundo pareció inclinarse.

—¿El francés…? —susurró Alexandra, sintiendo cómo el calor abandonaba su rostro.

—Eso es —confirmó la otra—. El señor Étienne Duvalmont.

El nombre la hizo temblar.

Alexandra palideció de tal forma que una de las cocineras se volvió alarmada.

—¿Te encuentras bien?

No respondió. Un frío súbito le recorrió la espalda, seguido de una oleada de vértigo. El aire desapareció.

Étienne. No podía ser. No podía ser que estuviera allí.

—Yo… —balbuceó, llevándose una mano a la boca—. Creo que…

Simuló una arcada tan convincente que ambas cocineras retrocedieron de inmediato.

—¡Por todos los santos! —exclamó una—. ¡Fuera de aquí!

—¡No se te ocurra vomitar cerca de la comida! —añadió la otra, empujándola hacia la salida—. ¡Aire fresco, rápido!

Alexandra no necesitó insistir. Aprovechó el empujón como una bendición. Salió casi corriendo, con el pulso desbocado y el corazón golpeándole las costillas.

Étienne Duvalmont. El hijo de sus antiguos amos. Su amigo. El único que conocía su nombre verdadero… y su historia.

Sabía que ella había partido a Londres. Lo sabía. Pero jamás podría imaginar que estaba allí, sirviendo, escondida bajo una cofia y un apellido que no era el suyo, en casa de un capitán inglés.

Si la veía… si la reconocía…

No podía permitirlo.

Se detuvo en un pasillo secundario, apoyó la espalda contra la pared y cerró los ojos un instante.

Estoy perdida, pensó, con una mano tapando su boca, y una arcada verdadera atrapada en la garganta.
Completamente perdida.

La casa estaba llena de gente, de voces, de pasos apresurados. No tardarían en notar su ausencia. El capitán ya la estaba llamando. Lo sabía. Podía imaginar su voz impaciente resonando por las estancias.

Debía desaparecer.

Alexandra se recogió la falda y echó a andar, primero deprisa, luego casi corriendo, deslizándose por pasillos que conocía bien. Subió una escalera estrecha, cruzó una galería poco transitada y se coló en una habitación de servicio vacía.

Cerró la puerta con cuidado. Y allí se permitió respirar.

El silencio la envolvió, pero no la tranquilizó. Étienne estaba allí. En la misma casa. A unos pocos muros de distancia.

Si la descubría, todo por lo que había luchado se derrumbaría.

Apoyó la frente contra la madera y cerró los ojos.

—Solo un poco más —susurró—. Solo necesito un poco más de tiempo.

Edward llevaba varios minutos observando desde su improvisado escondite cuando una voz lo sorprendió a su espalda.

—¿Y bien, joven Langford? —tronó el capitán Fuller—. ¿Se puede saber qué hace usted ahí agazapado como si esperara asaltar a alguien?

Edward se irguió de inmediato, como un niño sorprendido en una travesura. Carraspeó, sacudiéndose el polvo imaginario del abrigo.

—Yo… estaba paseando —improvisó—. El aire fresco despeja la mente.

El capitán entrecerró los ojos, divertido y suspicaz a partes iguales.

—Claro, claro… paseando entre setos ajenos. Muy propio de un caballero —ironizó antes de hacerle un gesto con la mano—. Venga, salga de ahí.
Lo he encontrado justo a tiempo.

Edward obedeció, sin saber si agradecer o maldecir aquella interrupción.

—Quiero presentarle a mi invitado —continuó Fuller—. Estoy convencido de que podrán llevarse bien mientras esté aquí. A fin de cuentas, creo que tienen más o menos la misma edad.

Edward alzó una ceja.

—¿Ah, sí?

—Desde luego —prosiguió el capitán, bajando la voz con una sonrisa cargada de insinuación—. Y quizá pueda usted enseñarle esos lugares donde pasan el tiempo los jóvenes de hoy. Ya sabe… alguna taberna decente, buena música… y mujeres inglesas. Nada como Inglaterra para enseñar ciertas cosas a un francés.

Edward se tensó.

—No creo que sea necesario, capitán.

—¡Oh, no sea aguafiestas! —rio Fuller—. El muchacho acaba de llegar, necesita distracciones.

En ese momento, la puerta principal se abrió de nuevo.

Edward giró la cabeza.

Étienne Duvalmont descendía los escalones con la misma calma con la que parecía hacer todo. Se había despojado del abrigo de viaje, revelando un conjunto impecable, sobrio pero elegante. Sus movimientos eran medidos, casi musicales, como si cada gesto hubiera sido pensado antes de ejecutarse.

Al llegar al último escalón, se detuvo al verlos.

—Capitán —saludó con una leve inclinación—. La habitación es perfecta. Le agradezco su hospitalidad.

—Me alegra oírlo —respondió Fuller—. Justo iba a presentarle a alguien.

El capitán se giró hacia Edward, apoyándole una mano firme en el hombro.

—Señor Duvalmont, este es Edward Langford. Un joven brillante… aunque algo reservado.
Edward, él es Étienne Duvalmont, hijo de viejos amigos y motivo de la celebración que se avecina.

Étienne dio un paso al frente.

—Es un placer, señor Langford —dijo, tendiéndole la mano—. Espero no resultar una molestia durante mi estancia.

Edward tardó una fracción de segundo en reaccionar. Tomó la mano ofrecida y estrechó con firmeza, midiendo la presión.

—Mientras no pretenda cambiar nuestras costumbres —respondió—, no lo será.

Los labios de Étienne se curvaron, como si hubiera detectado el filo bajo la cortesía.

—Jamás —contestó—. Me gusta aprender nuevas costumbres, además yo prefiero observar antes de juzgar.

Edward sintió algo incómodo clavársele entre las costillas.

—Bien, bien —interrumpió Fuller, satisfecho—. Me gusta ver que congenian. Edward, quizá puedas acompañar a nuestro invitado más tarde. Mostrarle la ciudad, ¿qué dices?

Edward abrió la boca para negarse.

Pero algo —o alguien— cruzó por su mente.

Alexandra. El hecho inevitable de que Étienne pasaría tiempo en aquella casa. De que hablaría con el servicio. De que la miraría.

—Veremos —respondió al fin, sin convicción.

Étienne lo observó con atención.

—Será un honor —dijo—. Siempre es mejor conocer un lugar a través de quien pertenece a él.

Edward le sostuvo su mirada.

Y, sin comprender del todo por qué, tuvo la certeza de que aquel francés educado, impecable y peligrosamente encantador acababa de instalarse no solo en la casa Fuller, sino también bajo su atenta mirada.

CAPÍTULO 13

La fiesta de bienvenida en la casa Fuller bullía en risas, música y destellos de candelabros; los nobles invitados desfilaban con sus máscaras y vestidos de gala y joyas que captaban la luz. Alexandra, ligera y silenciosa, se movía por los pasillos como una sombra entre la algarabía, llevando bandejas de plata repletas de comida, y ocultando su rostro aprovechando el tumulto de los invitados.

Detrás de una pared de mármol, Alexandra respiró hondo, intentando recomponerse. Su corazón latía con fuerza, no solo por la emoción de la fiesta, sino por un temor antiguo y nuevo a la vez: Étienne Duvalmont estaba allí, en la misma casa. Y sin poder evitarlo, la descubrió más pronto de lo que ella habría querido.

—¿Qué haces tú aquí? —la voz surgió de repente, suave pero cargada de sorpresa y alegría a la vez por verla de nuevo.

Alexandra se volvió con sobresalto al escuchar su voz. Ante ella estaba Étienne, de pie, con su porte elegante y mirada intensa contrastando con la discreción que ella había tratado de mantener.

—¡Por Dios, Isabel! —exclamó—. No me dijiste que estarías sirviendo en la casa del capitán Fuller en Londres. Demonios… qué suerte la mía de encontrarte tan pronto.

El corazón de Alexandra, o Isabel, como Étienne la acababa de llamar, dio un vuelco. Sin pensarlo, llevó una mano a los labios de Étienne, cubriéndolos con prisa.

—No, no, no, no —susurró, moviendo los labios—. Nadie puede saber que me conoces. Ignora que me has visto… te lo contaré más tarde, cuando pueda, pero por tu vida, no digas nada,

no menciones que me conoces de nada. No vuelvas a llamarme por ese nombre, ahora mi nombre es otro: Alexandra.

Étienne frunció el ceño, mezclando incredulidad y diversión al mismo tiempo.

—¿Callar? —replicó en un hilo de voz—. ¿Por qué debería? Es… ¿tan grave? Imagino que estás en un lío, quiero que sepas que estoy aquí para cualquier cosa que ocurra…

Alexandra se apartó un par de pasos, pegándose casi a la pared, sus ojos buscaban una salida invisible, mientras la música y las risas llegaban amortiguadas desde el salón.

—Es algo muy importante para mí —susurró—. No importa lo que pienses ahora, ni lo que creas conocer. Aquí no puedo ser… quien soy realmente. Entiendes, ¿verdad?

Él asintió lentamente, aunque la intensidad de su mirada no se suavizó.

—Entonces, guardaré silencio —murmuró Étienne—. Pero… ¿puedo preguntarte algo, aunque sea solo una vez?

Alexandra negó con la cabeza, mordiendo suavemente el labio inferior.

—No, ahora no —susurró—. Te lo explicaré… cuando todo esto termine. Por favor, confía en mí.

Él sonrió con esa mezcla de resignación y complicidad que solo Étienne sabía mostrar.

—Confío —dijo—. Pero… no puedo prometer que no busque algún modo de acercarme otra vez.

Ella respiró hondo, sintiendo cómo su corazón amenazaba con delatarla. Luego, un sonido lejano, el tintineo de copas y risas de invitados que se acercaban, la obligó a retroceder, a desaparecer tras esa pared de mármol, dejando solo el recuerdo de su perfume y la sombra de su figura.

Edward no tenía intención de espiar.

O al menos, eso se repetía mientras avanzaba por los pasillos laterales de la casa Fuller, oculto tras una de las columnas que daban al corredor secundario. La música llegaba amortiguada, acompañada de risas y el roce de las joyas con esos vestidos caros. Todo olía a celebración… y a peligro debido al posible ladronzuelo que todavía no había podido descubrir.

Fue entonces cuando vio a Alexandra, estaba parcialmente oculta tras un muro, el cuerpo ladeado, como si intentara desaparecer en la piedra. No llevaba bandeja. No servía. Solo… estaba allí.

Y frente a ella, demasiado cerca para la tranquilidad de Edward, se hallaba el francés.

Duvalmont se inclinó ligeramente hacia ella, como si hubiera dicho algo que no alcanzó a oír. Edward observó el modo en que Alexandra reaccionó: rápida, casi desesperada. Alzó la mano y la posó sobre la boca del francés, obligándolo a callar.

Edward sintió una presión sórdida en el pecho.

No era rabia, o quizá sí. Podría ser algo parecido a los celos, pero Edward no había sentido antes esa sensación tan incómoda

Ojalá pudiera estar así de cerca de ella, pensó, sorprendido de la claridad con la que aquel deseo le atravesó.

Alexandra hablaba ahora en susurros. Edward no distinguía las palabras, pero sí distinguió la urgencia con la que Duvalmont la miraba con una atención plena, casi hipnotizante, y Edward tuvo que reconocer —a su pesar— que no había insolencia en su postura.

Parecía… conocerla.

El pensamiento se le presentó con naturalidad, y fue igual de rápido en desecharlo.

No, se dijo. *Eso es absurdo.*

El francés asintió a algo que ella dijo, con una expresión que Edward no supo leer. Luego Alexandra retrocedió, como si aquel instante le hubiera costado más de lo que podía permitirse. Desapareció entre sombras con la misma rapidez con la que había aparecido.

Duvalmont permaneció allí un segundo más, inmóvil.

Edward se dio cuenta de que había contenido la respiración.

Si supiera, pensó sin saber exactamente a qué se refería. *Si supiera lo difícil que es no acercarse a ella.*

Porque él también había estado allí.
A milímetros. Tan cerca que el mundo había dejado de existir.

Edward se apoyó suavemente contra la pared, cerrando los ojos un instante. La imagen de Alexandra acudió a su mente sin ser llamada.

No se permitió pensar en sus labios, pues eso lo habría desarmado por completo.

Pero el deseo estaba ahí.

Cuando volvió a abrir los ojos, el pasillo estaba vacío. La música continuaba. La fiesta seguía.

Y Edward Langford comprendió, con una certeza que no le asustó, sino que lo ablandó por dentro, que lo que sentía por aquella

joven era algo bien distinto a lo que había sentido antes por cualquier otra mujer que conociera.

CAPÍTULO 14

La música seguía envolviendo la casa Fuller cuando Alexandra reapareció en el salón principal. Lo hizo con la compostura que había aprendido a fuerza de necesidad: espalda recta, pasos medidos, la mirada baja, solo la levantaba a cada pocos pasos, y lo justo para no parecer altiva.

Edward la vio antes de que ella reparase en él.

Ella avanzaba entre los invitados con una bandeja de copas, esquivando máscaras, y Edward sintió algo parecido a alivio al comprobar que ya no estaba junto al francés.

Alexandra alzó la vista entonces, y fue cuando descubrió sus ojos observándola.

No fue una mirada descarada. Apenas un segundo en el que sus ojos se cruzaron… pero bastó.

Edward no sonrió. No se movió. Solo la miró como si el ruido de la sala se hubiera apagado de repente.

Alexandra sintió el impacto en el pecho.

No supo explicar qué era lo que había cambiado. Edward Langford siempre había sido correcto, incluso distante. Pero ahora había algo distinto en su forma de observarla, algo que no exigía nada. Algo que, sin embargo, la desarmó más que cualquier atrevimiento.

Bajó la vista primero. Y maldijo el modo en que su pulso se aceleró.

Edward la vio alejarse y no intentó seguirla. Se quedó allí, quieto, con una sensación extraña.

—Interesante fiesta —dijo una voz a su lado.

Edward se volvió.

Étienne Duvalmont estaba allí, con una copa en la mano y una expresión amable, curiosa, nada invasiva.

—Lo es —respondió Edward—. Aunque demasiado concurrida para mi gusto.

Étienne sonrió, apoyándose con naturalidad en la pared cercana.

—Supongo que es la diferencia entre nosotros. En Francia, una fiesta así es solo el comienzo de otra mucho más grande.

Edward ladeó la cabeza, observándolo.

—¿Y qué le parece Inglaterra hasta ahora?

—Ordenada —respondió Étienne tras pensarlo—. Reservada. Pero… interesante.

Sus ojos se deslizaron sin intención aparente por la sala.

Edward siguió esa mirada.

Y ambos coincidieron, aunque ninguno lo dijo, en el mismo punto.

Alexandra.

Étienne fue el primero en apartar la vista.

—Tiene usted suerte —comentó—. Parece rodeado de personas que le importan.

Edward no respondió de inmediato. Pensó en su padre. En sus hermanas. Y, sin quererlo, en una joven criada que no debería importarle… pero lo hacía.

—Quizá —dijo al fin—. Aunque tengo la sensación de que todavía no me había dado cuenta.

Étienne lo miró con más atención entonces. No con rivalidad, sino con algo parecido al reconocimiento.

—A veces —dijo con suavidad— uno cree venir a un lugar por una razón… y descubre que no era esa.

Edward sostuvo su mirada.

—Sí —admitió—. ¿Le ha ocurrido eso?

Étienne lo respondió, en cambio miró al joven Langford y sonrió.

Desde el otro extremo del salón, Alexandra los vio hablar. Apartó la vista, confusa, y continuó con su labor, pero una certeza nueva comenzaba a abrirse paso en su interior.

Edward Langford no la miraba como otros hombres lo habían hecho. Y eso… eso era lo que más la inquietaba.

Horas más tarde, terraza se abría al jardín y las luces del interior quedaban atrás. Allí afuera, la noche era más honesta: el aire frío, el perfume de la tierra húmeda, el cielo cubierto de nubes bajas que parecían querer escuchar.

Alexandra salió abrumada por lo que la noche había dejado a la vista. No dejaba de pensar en que Étienne la había reconocido demasiado pronto, y aquello era un riesgo con el que no contaba. Apoyó las manos en la balaustrada de piedra respirando profundamente.

—Aquí se respira mejor —dijo en voz baja.

Edward, a su lado, asintió.

—Tienes toda la razón, dentro todo parece distinto —respondió—. Demasiado ruido, demasiadas miradas.

No la miró al decirlo. Miraba el jardín, como si necesitara reunir valor incluso para estar allí, tan cerca de ella.

Alexandra giró ligeramente el rostro hacia él.

—No le imaginaba huyendo de las miradas, señor Langford. Más bien me esperaba que fuera un hombre de las que las busca.

Edward sonrió.

—No me conoces —la corrigió—. Siempre intento ocultarme del mundo que me rodea, me resulta más fácil imaginármelo que vivirlo tan cual es.

Aquellas palabras, dichas sin intención aparente, le recorrieron la piel a Alexandra como si fuese un escalofrío.

Se giró del todo entonces. Quedaron frente a frente.

Demasiado cerca para ambos.

Edward lo notó al instante. El modo en que el aire entre ambos parecía más denso. El leve movimiento de su respiración. El brillo en los ojos de ella, como si también estuviera librando una batalla silenciosa.

—No debería estar aquí —dijo él, sin moverse.

—No —respondió Alexandra—. Yo tampoco, tengo mucho trabajo, si me viese el capitán me echaría a la calle de inmediato, pero mírenos, aquí estamos. Quizá no seamos ese tipo de personas que se deja llevar por lo que se espera de nosotros.

Sus voces eran bajas, parecían íntimas.

Edward bajó la mirada un instante… y luego la alzó de nuevo, más decidido.

—Hay cosas que no deberían existir —murmuró—. Y, aun así ahí están, marcando vidas.

Alexandra sintió que el corazón le golpeaba el pecho con fuerza.

—Como las injusticias —dijo ella.

—Así es.

—¿Y qué hace uno cuando eso ocurre? —preguntó.

Edward dio un paso imperceptible hacia ella. Tan pequeño que nadie podría llamarlo avance.
Tan grande que cambió todo.

—Intentar seguir viviendo —dijo—. Aunque duela.

Sus rostros quedaron a escasos centímetros.

Edward cerró los ojos un segundo. Solo uno. Como si necesitara hacerlo para no cruzar una línea que sabía que, una vez cruzada, no tendría regreso.

Alexandra alzó la barbilla sin darse cuenta.

Y en ese gesto, en esa entrega inconsciente, estuvo a punto de perderlo todo.

Desde el interior del salón, oculto tras una de las altas puertas acristaladas, Étienne Duvalmont los vio. Vio la cercanía. Vio la tensión. Vio lo que aún no había ocurrido… y lo que estaba a punto de suceder.

El mundo se le contrajo en el pecho.

Alexandra.

Isabelle para él aunque allí nadie la reconociera por ese nombre. La única mujer para él desde siempre.

La había amado en silencio durante años, con una devoción que nunca reclamó nada. Sabía que su lugar estaba por encima del de ella, que su nombre y su sangre imponían límites que ni siquiera el amor debía desafiar. Por eso la dejó marchar. Por eso aceptó perderla sin lucha. Ni tan siquiera sin decírselo.

Pero verla allí… Tan cerca de otro hombre…

El pensamiento lo atravesó como un puñal:
No debería mirarlo así.

Sus manos se cerraron en puños.

Edward Langdford también era una persona de la alta sociedad, no pertenecía al mismo mundo que ella, pero parecía no importarle. Y eso lo volvió insoportable.

Porque Étienne comprendió, con una claridad cruel, que Edward no había puesto esos límites con ella como él sí hizo en el pasado.

—No —susurró Étienne caminando hacia donde se encontraban ambos.

La puerta de la terraza se abrió de golpe y Alexandra se sobresaltó. Edward dio un paso atrás al instante, como si el contacto invisible entre ambos hubiera sido descubierto.

Étienne salió a la terraza con una sonrisa impecable que no alcanzaba a sus ojos.

—Ah, aquí estabas, señor Langford —dijo con ligereza forzada—. El capitán lo busca, Langford.

Edward inclinó la cabeza, educado.

—Por supuesto.

Antes de marcharse, miró a Alexandra una última vez.

Cuando Edward se alejó, Étienne se volvió hacia ella.

La sonrisa desapareció.

—¿Desde cuándo? —preguntó en voz baja.

Alexandra frunció el ceño.

—¿Desde cuándo qué?

Étienne dio un paso hacia ella, invadiendo su espacio sin tocarla.

—Desde cuándo permites que un hombre te mire como si ya fueras suya.

Alexandra alzó la barbilla, firme.

—No soy de nadie. Nunca lo he sido y jamás podrá una mujer pertenecerle a un hombre, eso es ridículo.

Los ojos verdes de Étienne se oscurecieron.

—Y dime, ¿te gusta? Porque hasta donde yo sé no pertenecéis a la misma sociedad…

El silencio cayó entre ellos, tenso, lleno de todo lo que nunca se dijo.

Alexandra le sostuvo la mirada, sin miedo.

—No vuelva a hablarme así —advirtió—. Ni ahora, ni nunca.

Étienne retrocedió un paso.

Pero el daño ya estaba hecho.

Porque aquellas palabras la habían conseguido herir, y él lo sabía. Y esta vez, el destino no parecía dispuesto a serle misericordioso.

CAPÍTULO 15

La mansión Fuller aquella noche no estaba tan silenciosa como de costumbre, después de la fiesta algo parecía haber crispado aquella relajación de todos.

Aún parecía escucharse el eco lejano de la música, hasta el perfume de las damas, o incluso el murmullo de los secretos pronunciados tras los abanicos.

Edward regresó cuando la oscuridad era ya absoluta.

Vestía de negro, como la noche misma. El rostro cubierto como ya tenía por costumbre, los pasos medidos. No era la primera vez que entraba así… pero sí la primera en la que algo dentro de él dudaba.

Se deslizó por el jardín lateral y alcanzó la pared conocida. Justo cuando se disponía a trepar, una sombra se movió frente a él.

—No es necesario que sigas ocultándote, muchacho.

Edward se detuvo en seco.

Reconocería esa voz en cualquier parte.

—Capitán —susurró, descubriéndose el rostro con rapidez—. No pretendía…

—Lo sé —lo interrumpió Fuller, con un gesto cansado—. Ya puedes estar tranquilo.

Avanzaron unos pasos, quedando bajo la protección de un arco de piedra.

—Todo ha ido bien —continuó el capitán—. Ningún invitado ha echado nada en falta. Ni joyas, ni dinero, ni siquiera una baratija.

Edward frunció el ceño.

Aquello no encajaba, pues si entre el servicio se ocultaba un ladrón, lo propio hubiera sido que aquella noche hubiera dado un gran golpe.

—¿Está completamente seguro? —preguntó—. Un baile de máscaras… tantas personas… tanta oportunidad frente a él.

—Totalmente seguro —afirmó Fuller—. He preguntado. He observado. Nada.

Edward bajó la mirada, pensativo.

—Entonces hay algo que no comprendo —murmuró—. Si el ladrón existe, esta noche era perfecta.

El capitán suspiró.

—Quizá no exista tal ladrón —dijo.

—¿Cómo ha dicho, capitán?

—Nada, nada, puede que quizá sea más paciente de lo que creemos.

Guardó silencio un instante, luego añadió con ligereza forzada:

—Puedes marcharte esta noche. No creo que descubras mucho más de lo que ya has visto.

Edward asintió, aunque la inquietud seguía latiéndole en el pecho.

—Por cierto —añadió Fuller—, mi invitado es un caballero admirable. Duvalmont. Mañana deberías venir a tomar el té con nosotros. Me gustaría que lo conocieras mejor. ¿Has visto como trata al servicio? Es admirable su respeto.

Edward forzó una sonrisa. Pero al recordar que al servicio, en concreto a Alexandra la trataba demasiado, apretó sus labios ocultando el enfado.

—Será un placer, capitán.

Se despidieron en voz baja. Edward volvió sobre sus pasos y alcanzó el muro bajo por el que solía salir. Apoyó una mano en la piedra y pasó una pierna al exterior cuando una voz, suave pero clara, lo detuvo.

—¿Ya se va?

Edward cerró los ojos un instante.

Aquella voz la conocía demasiado bien.

—Me había acostumbrado a sus visitas —continuó Alexandra desde la penumbra—. La verdad… me ha desilusionado que esta noche me ignore.

Edward se quedó inmóvil.

Luego retiró la pierna del muro de piedra.

Se giró.

Ella estaba a pocos pasos, con el cabello suelto cayéndole por los hombros, la luz de una lámpara le dibujaba el rostro con una delicadeza casi irreal.

Edward no habló, pero si cruzó la distancia entre ellos sin reservas. La tomó por la cintura con una firmeza que no dejaba lugar a dudas y la atrajo hacia sí. Alexandra apenas tuvo tiempo de aspirar aire antes de que sus labios se encontraran.

El contacto fue inmediato, y el mundo se redujo a ese instante. Edward sintió un impulso eléctrico recorrerlo entero, como si algo largamente contenido hubiera encontrado por fin salida. El beso fue profundo, cargado de una emoción que de haber tenido que explicar no hubiese podido, y eso que él jamás se quedaba sin palabras.

Alexandra sintió que todo el vello de su cuerpo se erizaba. Un calor intenso le nació en el vientre, expandiéndose con una fuerza que la dejó sin aliento. Sus manos se aferraron a la chaqueta de él como si temiera perder el equilibrio.

En ese instante no podía pensar en su venganza, ni en aquellos planes que la había llevado hasta aquella casa. Solo en ese

beso.

Cuando se separaron unos centímetros, ambos respiraban con dificultad.

Edward apoyó su frente contra la de ella.

—Esto… —murmuró— no debería haber ocurrido así. Jamás me imaginé robarle un beso a una dama en los jardines.

Alexandra cerró los ojos.

—No, no debería de haber pasado..

Y aun así, ninguno dio un paso atrás. Porque esa noche, en la casa Fuller, ya no importaba quién vigilaba a aquel ladrón temerario que había por descubrir.

El verdadero peligro había sido encontrado.

El desayuno en la casa Fuller era siempre un ritual de máxima rigidez, Edward no estaba tan acostumbrado a aquello como quería aparentar. En casa de los Langford el caos era lo normal.. El tintinear de la porcelana, el aroma del té recién servido, los pasos medidos del servicio cruzando la estancia le resultaban algo incómodo, pues no estaba acostumbrado a aquel silencio en las comidas.

Alexandra intentaba pasar desapercibida.

No lo consiguió.

—Alexandra.

La voz de Étienne la detuvo antes de alcanzar la puerta lateral.

Ella se volvió despacio.

En ese mismo instante el capitán Fuller requirió la atención de Edward en su despacho. Y por más que el joven Langford quisiera escuchar lo que Étienne tenía que decirle a una sirvienta, no pudo ignorar la llamada del anfitrión.

—Tenemos que hablar —añadió Étienne, dando un paso hacia ella—. Ahora.

Alexandra miró alrededor. Nadie parecía prestarles atención. Asintió con rigidez y se acercó lo justo.

—¿Qué haces aquí? —preguntó Étienne sin rodeos—. ¿Y por qué te escondes bajo un nombre que no es el tuyo?

Ella apretó los labios.

—No es asunto tuyo. Además parece que no recuerdas que no pertenecemos a la misma sociedad como dijiste anoche, no deberías estar hablando conmigo.

—Lo es cuando te encuentro sirviendo en una casa que no conoces, ocultándote como si temieras ser vista —replicó—. Dijiste que irías a Londres, sí, pero no esto. Y sabes bien a lo que me refería anoche.

Alexandra apartó la mirada.

—No, no lo sé. ¿Desea algo más caballero? —pronunció antes de alejarse.

—Entonces explícamelo —Étienne la retuvo.

Guardó silencio unos segundos. Luego suspiró, como si al hacerlo soltara algo que llevaba demasiado tiempo dentro.

—He venido para vengarme. No vas a entender nada de lo que te pueda decir aquí y ahora.

Étienne se quedó inmóvil.

—¿Vengarte?

—Sí —dijo ella, alzando por fin la mirada—. Estoy completamente segura de que un amigo del capitán Fuller es mi padre. El hombre que destruyó a mi familia. Y pienso devolverle cada una de las ruinas que dejó a su paso.

Étienne negó despacio con la cabeza.

—Alexandra… esto no suena a ti. Parece que no solo el nombre has cambiado viniendo a Londres.

—No me digas quién soy —respondió con dureza—. Sé exactamente lo que hago.

—Déjame ayudarte —pidió él, bajando la voz—. No sé bien aún qué es lo que pretendes, pero deja que te ayude.

Ella dio un paso atrás.

—No te metas en mis asuntos. Puedo resolver mis problemas sin tu ayuda. Hasta una simple criada puede llevar a cabo una venganza.

Étienne frunció el ceño.

—¿De quién hablas? ¿Qué familia es esa a la que deseas destruir?

Alexandra no dudó en decirlo.

—Los Langford.

El efecto fue inmediato.

Étienne negó con la cabeza, incrédulo.

—No —dijo—. No, eso es imposible.

—No lo es.

—Alexandra, los Langford están ahora mismo en mi hogar, en Francia. Mis padres los reciben como invitados. Son una familia respetable. No puedes estar segura de lo que dices.

—Lo estoy —respondió ella, tajante—. Y no necesito que me contradigas.

—Esto es una locura —insistió Étienne—. Te equivocas, y te vas a hacer daño. Además de que se lo harás a personas que no lo merecen.

Alexandra alzó la barbilla.

—Respétame —dijo con voz baja pero firme—. Y no interfieras.

Se giró para marcharse, cuando una presencia nueva alteró el aire de la estancia.

Edward Langford acababa de entrar.

Su figura fue suficiente para que Étienne cambiara por completo.

Su expresión se endureció. Sus hombros se tensaron. Y su voz, cuando habló, adoptó un tono frío, autoritario.

—Puede retirarse —dijo, sin apartar la mirada de Edward—. Tenga la amabilidad de traer dos tazas de té. Para el caballero y para mí.

Alexandra dio un respingo. Se enderezó de inmediato, como si una mano invisible la hubiera obligado a recordar su lugar.

No miró a Edward. No miró a Étienne. Se marchó. Y mientras se alejaba, Étienne no pudo apartar los ojos del joven Langford, con una certeza amarga clavándosele en el pecho:

Aquella muchacha a la que siempre había amado estaba caminando directa hacia un abismo.

Y Edward Langford estaba peligrosamente cerca de empujarla… o de caer con ella. O incluso peor aún, podía ser víctima de todo ese plan que solo en la cabeza de Alexandra figuraba.

El desayuno transcurría con una calma que resultaba casi ofensiva. Edward sentado frente a Étienne con una cortesía medida, venía notando algo distinto en el francés. Ya no estaba el joven afable de la víspera, ni la sonrisa agradable, ni aquella atención casi excesiva hacia todo cuanto le rodeaba.

Étienne estaba… distante.

—Espero que haya descansado bien —dijo Edward, rompiendo el silencio.

—Lo suficiente —respondió Étienne, llevándose la taza de té a los labios sin apartar los ojos de él.

Había algo en su mirada. Una atención demasiado profunda.

—El capitán me ha hablado mucho de su familia —continuó Étienne con voz suave—. Los Langford gozan de gran reputación. Bueno, el capitán y por supuesto mis padres, al parecer fueron grandes amigos de sus padres, ¿es así?

Edward inclinó ligeramente la cabeza.

—Eso creo, pero resulta que soy el pequeño de tres varones, como comprenderá sé poco de la vida de ellos anterior a mi nacimiento. Se podría decir que mi padre aprecia el orden y la discreción por encima de todo.

—¿Y usted? —preguntó Étienne—. ¿Comparte esa inclinación sobre el orden y la discreción ?

Edward sonrió.

—Supongo que cada generación encuentra su propio modo de honrar el apellido y que lo que para unos es honra, para otros son solo normas anticuadas.

Étienne asintió despacio.

—¿Está usted muy unido a su familia?

La pregunta, fue tan directa que hizo que Edward frunciera el ceño de inmediato.

—Lo estamos… a nuestra manera.

—¿Y al personal de su casa? —añadió Étienne con aparente ligereza—. ¿Siempre ha sido el mismo servicio? ¿O suelen cambiar con frecuencia?

Edward se quedó pensativo.

No respondió de inmediato.

—No —dijo al fin—. No siempre fue igual.

Levantó la mirada, como si buscara algo en la memoria.

—Antes había una mujer —continuó—. Era la encargada de todo. De la casa, de que nada se saliera de su lugar. Prácticamente formaba parte de la familia.

Étienne dejó la taza con extremo cuidado.

—¿Y…?

—Creo recordar que vivía en la casa con su hija —añadió Edward—. Una niña algo más joven que yo. Pasábamos bastante tiempo juntos. Pero mi memoria no parece funcionar del todo bien.

Su voz se volvió más baja.

—Cuando mi madre falleció… ellas también se marcharon. De un día para otro. Nunca entendí del todo por qué. Fue extraño. Demasiado repentino.

Étienne sintió cómo algo se le cerraba en el pecho y a la vez impedía que pudiese respirar con normalidad.

Alexandra y su madre. Las piezas encajaban con una claridad brutal en la mente de Étienne.

—¿Nunca volvió a verlas? —preguntó, esforzándose por mantener la compostura.

—No —respondió Edward—. Nunca más.

El silencio que siguió fue intenso.

Étienne bajó la mirada por un instante, consciente de que estaba sentado frente a un hombre que ignoraba por completo cuántos secretos guardaba su apellido.

—¿Permanecerá en Londres durante toda la temporada? —preguntó entonces Edward, intentando devolver la conversación a un terreno más neutral.

Étienne alzó la vista.

—Eso creía —dijo—. Pero acabo de recordar un asunto… urgente.

Edward arqueó una ceja.

—¿En Francia?

—Sí —respondió Étienne sin dudar—. Creo que debo partir hoy mismo.

Edward asintió, pero sin saber por qué una extraña inquietud le recorrió el pecho.

—Espero que no sea nada grave.

Étienne sostuvo su mirada.

—Lo es —dijo con sinceridad—. Más de lo que imaginaba.

Mientras el desayuno continuaba, Étienne ya no estaba allí del todo. Su mente había cruzado el mar.

Porque ahora lo sabía: Los Langford ocultaban verdades que nadie había querido nombrar. Y Alexandra… no estaba equivocada.

Edward encontró al capitán Fuller en el despacho, revisando unos papeles con una calma que empezaba a resultarle… desconcertante.

Demasiado desconcertante.

—Capitán —saludó—. ¿Tiene un momento?

—Siempre para usted, muchacho —respondió Fuller sin levantar la vista—. Tome asiento.

Edward lo hizo, observándolo con atención. El hombre no mostraba rastro alguno de inquietud. Ninguna prisa. Ninguna tensión. Ninguna señal de haber sido víctima de un robo reciente.

—He estado pensando —comenzó Edward— en el asunto que me trajo a su casa.

Fuller alzó la cabeza, curioso.

—¿Ah, sí?

—Me pidió discreción, rapidez… incluso urgencia —continuó Edward—. Y, sin embargo, no le he visto especialmente preocupado.

El capitán rio por lo bajo.

—¿Debería estarlo?

—Si alguien hubiera entrado en mi casa para llevarse algo de valor —respondió Edward con franqueza—, dormiría con un ojo abierto.

Fuller lo miró largo rato, como si sopesara cuánto decir.

—Digamos que confío en las personas que me rodean —replicó al fin—. Y en usted.

Edward no quedó del todo satisfecho con la respuesta, pero no insistió.

—Por cierto —añadió—, ¿ha notado la ausencia de su invitado. Partió con mucha premura?

—Ah, sí… Étienne —asintió Fuller—. Me informó esta mañana. Asuntos en Francia. Algo familiar, al parecer. No quiso entrar en detalles.

Edward frunció levemente el ceño.

—Curioso.

—Los franceses siempre lo son —bromeó el capitán.

En ese momento, la puerta se abrió sin hacer ruido y Alexandra cruzó la estancia con una bandeja entre las manos.

No levantó la vista.

Edward, en cambio, no pudo evitar hacerlo.

La siguió con los ojos más tiempo del que habría sido prudente. Demasiado. Lo suficiente como para olvidar durante un instante dónde estaba.

Alexandra pasó junto a ellos con paso ligero, el rostro sereno, aunque algo en su porte —tal vez la tensión de sus hombros— delataba que no estaba tan tranquila como pretendía.

Cuando desapareció por el pasillo, Edward seguía mirándola.

—¿Qué le hace gracia, capitán? —preguntó de pronto, notando una sonrisa en el rostro de Fuller.

—¿Eh? —el capitán parpadeó—. Nada en absoluto.

Edward lo observó con suspicacia.

—Le he visto sonreír.

Fuller se reclinó en su silla, cruzando las manos sobre el vientre.

—Supongo que acabo de recordar algo.

—¿Algo digno de una sonrisa? —insistió Edward.

El capitán ladeó la cabeza.

—O quizá no sea una sonrisa —dijo con fingida inocencia—. Tal vez debería llamarlo… intuición.

—Capitán —dijo con cuidado—, empiezo a pensar que no me ha contado todo.

Fuller sostuvo su mirada, sin perder aquella expresión ambigua.

—Edward, muchacho… —respondió—. En esta vida, casi nunca contamos todo.

Y por primera vez desde que había aceptado aquel encargo, Edward tuvo la clara y desagradable sensación de que había sido invitado a aquella casa por más de una razón. O incluso por una

bien diferente a la que él creía. Y que ninguna de ellas tenía que ver únicamente con un robo.

CAPÍTULO 16

Bien entrada la noche, después del baile…

La casa estaba extrañamente silenciosa a esa hora. El murmullo del desayuno había quedado atrás, y los pasos de los criados se diluían en sus estancias lejanas. Alexandra cruzaba el corredor con la cabeza baja, concentrada en no pensar, en no sentir… en no recordar la noche.

Pero quizá ella no creyó que ya era demasiado tarde.

—Alexandra.

Se detuvo, y al mismo tiempo el corazón le dio un golpe seco, brutal.

No se giró porque tenía miedo de mirarle a los ojos, porque sabía que no podía volver a ocurrir aquello que ya había pasado.

Edward se acercó despacio. No hizo ruido. No la tocó, y sin embargo, ella lo sintió: su presencia ocupando aquel espacio era suficiente para alterarlo todo.

—No deberías pronunciar mi nombre de esa forma —dijo ella con voz tensa—. Alguien podría oírte.

—No puedo seguir fingiendo que no existes —respondió él.

Eso fue peor.

Alexandra cerró los ojos un instante, como si así pudiera contener lo que subía desde su vientre hasta la garganta. Cuando los abrió, Edward ya estaba frente a ella.

La pared quedaba a su espalda. Fría. Sólida. Edward apoyó una mano a cada lado de su cabeza, sin tocarla todavía,

encerrándola con su cuerpo, con su sombra, con su respiración.

—Mírame —pidió.

Ella lo hizo. Y se maldijo por ello.

Los ojos de Edward no tenían nada de un caballero distraído. Eran oscuros, atentos, cargados de una emoción que la desarmó. Deseo, sí, pero también algo más.

—No eres solo una doncella para mí —dijo él—. Nunca lo has sido. Desde el instante en el que nuestras miradas se cruzaron en la boda de mis hermanas, desde ese momento en el que me pediste que no siguiera leyendo aquel libro… Mi alma vive atormentada por tu culpa.

Alexandra tragó saliva.

—No sabes nada de mí.

—Sé lo suficiente.

Su voz descendió, se volvió más grave. Le rozó la piel con las yemas de sus dedos antes de tocarla.

Edward bajó una mano lentamente, como si le concediera tiempo para detenerlo. Ella no lo hizo. Los dedos se cerraron en su cintura, firmes, seguros, y Alexandra sintió cómo su cuerpo reaccionaba sin permiso: un estremecimiento, una traición para ella.

—Edward… —su nombre escapó de sus labios como un suspiro involuntario.

Él cerró los ojos un segundo, como si ese sonido lo golpeara físicamente.

Sus labios se posaron sobre los de ella primero con suavidad, probándola, reclamándola despacio, y luego con una intensidad que le robó el aliento.

Alexandra se aferró a él, y entonces el mundo desapareció.

Solo quedó ese contacto que la atravesaba desde la cabeza a los pies como un rayo que había entrado y buscaba salida. El calor

de su cuerpo, la presión de sus manos, el modo en que su boca parecía conocerla mejor que ella misma.

Un gemido bajo, roto, escapó de su garganta.

Edward se quedó inmóvil un segundo, como si ese sonido lo hubiera empujado al borde de algo irrefrenable. Separó los labios de los de ella sin alejarse del todo.

—Alexandra… —dijo su nombre—. Esto nos va a destruir, pero no puedo separarme de ti. Si me pides que me detenga lo haré.

Ella lo miró, con los labios entreabiertos, el pecho subía y bajaba sin disimulo debido a que respiraba con dificultad.

—¿Y si no lo hago? ¿Si por dentro deseo que esto se detenga, pero por fuera no tengo fuerzas para pedírtelo?

—Si no eres tú la que frene esta locura que me atormenta no seré yo quien coloque cadenas a mi cuerpo.

—Entonces no me mires así —susurró—. No me toques así.

Pero no se apartó.

Edward apoyó la frente en la de ella. Su respiración era irregular. Alexandra sentía cada latido de su corazón como si fuera el suyo propio.

—No debería desearte —admitió él.

—Yo tampoco, y sin embargo míranos, aquí estamos —respondió ella.

Y aun así, sus cuerpos seguían buscándose, como si no conocieran otra salida que esa.

Edward volvió a besarla, en esta ocasión más lento, pero más profundo. Un beso que prometía demasiado. Que a ella le supo a: quédate, ríndete, olvida quién eres.

Alexandra sintió cómo algo ardía en su interior, una llamarada peligrosa que la hacía querer más… y al mismo tiempo huir.

Y lamentando cada decisión, fue ella quien se separó al fin, dejando escapar un hilo de aire tembloroso de sus labios.

—Vete —dijo—. Antes de que ninguno de los dos pueda detenerse.

Edward la miró. Como si grabara ese instante en su memoria.

—Ya es demasiado tarde para eso —murmuró.

Y aun así, dio un paso atrás.

Uno solo.

Suficiente para romper el hechizo.

Alexandra se quedó allí, apoyada contra la pared, con el cuerpo ardiendo y el corazón en guerra, mientras Edward se alejaba sabiendo que acababa de cruzar una línea de la que ninguno de los dos saldría ileso.

El espejo de su alcoba estaba roído en los bordes, como si el tiempo hubiera pasado las uñas por él con la misma rabia que lo hacía el deseo entre ellos. No devolvía una imagen fiel, sino una versión destruida de sí misma, fragmentada, imperfecta. Alexandra lo prefería así. No necesitaba verse hermosa en ese momento.

Sostuvo la mirada.

Había aprendido, demasiado pronto, que una mujer podía desaparecer sin marcharse. Que bastaba con ser borrada de una casa para dejar de existir en el mundo correcto. Londres no la había recibido como a ella le habría gustado, la había tolerado. Como antes lo había hecho Kent con su madre. Como siempre lo hacían los lugares a los que no pertenecemos.

—Recuerda —se dijo en voz baja.

Recordar dolía, pero olvidar era imperdonable. Recordó a su madre. A Lily. A sus manos cansadas, siempre ocupadas. A su voz,

suave incluso cuando pedía lo que otros ordenaban. Recordó el día en que dejaron aquella casa sin equipaje digno, sin despedidas, sin una sola explicación que pudiera llamarse justicia. Recordó la mirada del señor Langford: no había sido cruel, ni airada… simplemente vacía. Como si ellas nunca hubieran sido nada más que un mueble viejo del que poder deshacerse cuando quisieran.

Eso fue lo que más dolió, pensó. *No el desprecio, sino la facilidad con la que se nos borró de sus vidas.*

Apoyó los dedos sobre la madera del tocador, clavándolos como si necesitara anclarse a aquella realidad.

Había llegado a Londres con una promesa hecha al cielo y a una niña que ya no era. No había cruzado el mar para ser mirada, ni deseada, ni salvada. Había venido para equilibrar la balanza. Para devolver al mundo una herida del mismo tamaño que la que le habían infligido.

Y entonces, como un golpe traicionero, apareció el recuerdo del beso. Se obligó a cerrar los ojos.

El calor. La forma en que su cuerpo había respondido antes incluso de que su voluntad pudiera intervenir. La manera en que su nombre había rozado los labios de ella sin permiso. Alexandra apretó la mandíbula.

—No —susurró, negando despacio—. No he venido a perderme en bobadas de romanticismo.

Abrió los ojos de nuevo. La mujer del espejo ya no parecía confundida. Ahora solo estaba cansada.

El amor era una promesa peligrosa. Y profundamente injusto con las mujeres que olvidaban quiénes eran solo por sentir aquello. Su madre había amado en silencio. Había callado. Y el mundo no la recompensó por ello.

No cometeré el mismo error, se juró.

Fue entonces cuando lo comprendió con claridad, como si las piezas hubieran estado esperando ese instante para encajar.

Edward Langford. No el hombre, sino lo que representaba.

Edward no era como su padre. Y precisamente por eso podía destruirlo. Era bueno. Leal. De esos hombres que aman con el corazón entero y creen que el amor basta para justificar cualquier elección. Edward quería ser distinto a su padre posiblemente, y en ese deseo se encontraba su mayor debilidad.

Una sonrisa lenta, casi triste, se dibujó en los labios de Alexandra.

—Si el señor Langford quiso un hijo obediente… —murmuró— yo le daré uno enamorado. Uno malditamente tan enamorado que se atreva a desobedecerle.

No habría un escándalo inmediato. Solo una grieta en aquella familia. Una elección mal vista. Una mujer incorrecta para un caballero distinguido. Una tensión creciente entre padre e hijo que no podría deshacerse sin dolor.

No necesito que me elijan, pensó.
Necesito que se enfrenten por mí.

Engañar a Edward no le producía orgullo. Tampoco remordimiento. Era un medio. Quizá algo peligroso, sí. Porque incluso las mentiras más calculadas podían acabar diciendo verdades que una no estaba preparada para escuchar.

Pero Alexandra Weston ya había aprendido algo esencial: *Cuando una mujer deja de esperar justicia, empieza a crearla ella misma.*

Se apartó del espejo. Y mientras apagaba la vela de su alcoba, se prometió una última cosa, quizá la más difícil de todas:

No te enamores. Haz que él lo haga.

Y si el precio era su propio corazón… que así fuera.

CAPÍTULO 17

El sol de la mañana entraba tímidamente por los ventanales del salón pequeño cuando el capitán Fuller vio cruzar a Alexandra con paso diligente, sostenía una bandeja entre las manos y el pensamiento claramente en otra parte.

—Alexandra —la llamó.

Ella se detuvo al instante, girándose con la corrección que se esperaba de una criada bien educada.

—¿Sí, capitán?

Él la observó unos segundos antes de hablar, como si midiera no solo sus palabras, sino también el momento en el que debía hacerlo.

—¿Has visto hoy al señor Langford?

La pregunta la tomó desprevenida. No por el nombre, sino por la naturalidad con la que el capitán le preguntaba a ella por él. Alexandra sintió un pequeño sobresalto que no logró ocultar del todo.

—No, señor —respondió tras una breve pausa—. No lo he visto.

El capitán asintió despacio, apoyándose en el respaldo de una silla. No parecía decepcionado. Más bien… pensativo.

—Es curioso —murmuró—. A veces uno tarda toda una vida en comprender que amar a alguien es lo más bonito que puede ocurrirle a una persona.

Alexandra alzó la vista con brusquedad, como si aquella frase hubiese sido lanzada contra ella.

—No estoy de acuerdo —dijo con firmeza—. Amar suele ser también lo más peligroso.

El capitán sonrió, no pretendía burlarse de ella, sino que lo hizo con una ternura cargada de experiencia.

—Lo es —admitió—. Pero incluso así, sigue siendo lo más hermoso de esta vida.

Ella apretó los dedos alrededor de la bandeja.

—Creo que me está confundiendo con alguien que no soy —replicó—. No soy una enamoradiza estúpida, capitán. Sé perfectamente cuál es mi lugar… y cuál es el del señor Edward Langford.

Fuller la miró con atención. Ya no como a una criada, sino como a una mujer que había aprendido demasiado pronto a defenderse del mundo.

—No dudo de que lo sepas —dijo con suavidad—. Pero también sé reconocer una mirada cuando la veo. Y tú lo miras como se mira aquello que no se esperaba encontrar… y que, aun así, lo cambia todo.

Alexandra negó con la cabeza.

—Se equivoca. Por completo.

—Puede que sí —concedió él—. Pero Edward también te mira de la misma manera. Y eso, créeme, no es algo común.

Ella tragó saliva, incómoda.

—Incluso si fuera cierto —respondió—, no conduciría a nada. La sociedad no me recibiría jamás. Y a él lo castigaría por siquiera intentarlo.

El capitán suspiró, como quien ya ha hecho las paces con verdades difíciles en otras ocasiones.

—Eso es cierto —dijo—. No sería una vida sencilla. Tendríais que esconderos. Ser discretos. Quizá incluso aceptar que nunca seríais bienvenidos en ciertos salones… y que él perdería parte de lo que hoy cree tener.

Alexandra bajó la mirada.

—Entonces no merece la pena —murmuró.

Fuller se acercó un poco más, lo justo para que sus palabras llegaran claras.

—Depende de lo que una considere perder —replicó—. Hay quienes lo pierden todo sin haber amado jamás. Y hay quienes lo arriesgan todo por una sola persona… y aun así ganan una vida entera.

Alexandra no respondió. El silencio se alargó entre ellos.

—Solo te pido una cosa —añadió él al final—. No te mientas a ti misma más de lo necesario. El mundo ya lo hará por ti.

Ella inclinó la cabeza, en señal de respeto.

—Con su permiso, capitán.

Y se marchó.

Pero mientras caminaba por el pasillo, Alexandra supo algo con una certeza que la estremeció:

No era el amor lo que más temía. Era lo que podría llegar a perder si permitía que existiera.

El mercado bullía como cada mañana, lleno de voces superpuestas, de canastas que se golpeaban unas con otras, de telas extendidas al sol y de mujeres que sabían negociar con la misma destreza con la que sabían callar.

Alexandra avanzaba entre los puestos con una cesta colgada del brazo. Aquel era su mundo: el del pan contado, el de las monedas que pesaban más de lo que valían, el de las miradas rápidas y las confidencias dichas a medias entre criadas de casas respetables.

Las criadas se reconocían entre sí sin necesidad de presentaciones. Bastaba con la forma de sujetar la cesta, con la rapidez al elegir, o con los colores de los uniformes de servicio.

Fue entonces cuando ella vio a Edward Langford. Estaba allí, y no parecía pertenecer al lugar, y aun así caminaba entre los puestos con una naturalidad desconcertante. No llevaba el porte altivo de los hombres de su clase cuando se aventuraban en terrenos ajenos; observaba con curiosidad, como si aquel mundo le interesara de verdad.

Alexandra sintió cómo algo le incomodó al verlo.

Langford, Edward Langford pensó.

Durante un instante, el resentimiento volvió con fuerza. Vio a su madre inclinando la cabeza. Vio el camino que las sacó de Kent sin retorno. Y lo vio a él, heredero junto a sus hermanos de todo aquello que a ellas les fue negado.

Todo lo que eres, pensó, *se construyó sobre lo que nos quitaron.*

Edward levantó la vista entonces y la encontró entre la multitud. Y la sonrisa le apareció inmensa en su rostro al ver que el mundo se había reorganizado solo para permitirle verla.

Alexandra sintió el calor extraño de aquellos ojos, y aunque deseaba salir corriendo, sus pies no pudieron.

Se obligó a respirar despacio.

No, se dijo. *No te acerques porque lo deseas tanto que no podrás separarte.*

Mientras él avanzaba hasta ella, algo se decidió dentro de Alexandra con una claridad casi cruel. Si quería destruir a los Langford, no bastaba con herirlos desde fuera. Tenía que hacerlo desde dentro. Separarlos. Hacer que Edward eligiera, y que al hacerlo, dejara de pertenecerles.

—Señor Langford —dijo cuando estuvo a su altura, con una inclinación justa, correcta, medida.

Edward parecía sorprendido de encontrarla allí, como si no hubiera esperado que su mundo y el de ella pudieran coincidir en un lugar tan simple como era un mercado.

—Alexandra —respondió—. No sabía que venías al mercado.

—Como la mayoría —contestó ella—. Para sobrevivir me limito a hacer todo lo que se espera de mí.

Edward asintió, observándola.

Ella pensó entonces que sería fácil. No porque él fuera débil, sino porque era bueno. Porque no sabía protegerse de lo que sentía.

Lo enamoraré, decidió sin titubeos. *Lo alejaré de esa sociedad que lo acepta sin preguntas y en cambio a otras rechazan sin conocer. Lo separaré de su padre. Y si el precio que debo pagar es vivir junto a un Langford el resto de mi vida, que así sea.*

Edward le ofreció ayudarla con la cesta. Ella dudó al principio. Luego se la entregó.

Ese gesto —pequeño— fue casi todo lo que tuvo que hacer ella en ese instante para que Edward la mirase de nuevo como antes lo había hecho.

Mientras caminaban juntos entre los puestos, Alexandra pensó que quizá el capitán tenía razón en algo. El amor era peligroso, pero también podía ser todo lo necesario para dos personas.

Y ella se aprovecharía de eso para cazarlo, para llevar su plan a cabo, para hacer el máximo daño a la familia Langford.

CAPÍTULO 18

El carruaje esperaba junto al borde del mercado, con el cochero apoyado en su asiento alto y los caballos sacudiendo la cabeza con impaciencia. El bullicio quedaba unos pasos atrás, diluyéndose entre los puestos y las voces de las criadas que aún discutían precios.

Edward caminaba al lado de Alexandra con la cesta en la mano, como si aquel gesto —tan sencillo— le perteneciera desde siempre.

Ella avanzaba con el rostro sereno, pero por dentro cada pensamiento la comenzaba a destruir por dentro.

Un paso más, se dijo. *Solo un paso más.*

Se detuvieron junto al carruaje.

Edward le devolvió la cesta.

—Aquí termina mi servicio como ayudante de mercado, supongo —dijo con una sonrisa.

Alexandra tomó la cesta, pero no respondió de inmediato. Sus dedos se demoraron un instante sobre el mimbre, como si necesitara ese segundo para decidir algo.

Porque aquel era el momento. Podría haber subido al carruaje, haberse marchado. Dejar que todo siguiera el curso normal de las cosas. Pero entonces recordó el espejo de su habitación. Recordó la promesa que se había hecho.

Los Langford deben caer.

Levantó la vista hacia Edward.

Él estaba observándola con esa mezcla de curiosidad y atención que la desarmaba más de lo que estaba dispuesta a admitir.

Alexandra sintió un pequeño temblor en el pecho.

Hazlo, se ordenó.

Antes de que él pudiera decir nada más, dio un paso hacia adelante y, con un gesto rápido, lo sujetó por la pechera de la chaqueta.

Edward no tuvo tiempo de sorprenderse.

Alexandra tiró suavemente de él hacia abajo y sus labios encontraron los de Edward en un beso breve, cálido, inesperado como un rayo de sol atravesando una tormenta.

El mundo pareció detenerse durante ese segundo. El ruido del mercado quedó lejos, como si perteneciera a otra vida.

Cuando Alexandra se separó, el corazón le latía con una fuerza que no había previsto.

Esto forma parte del plan, se dijo para sus adentros.

Pero su cuerpo no parecía dispuesto a obedecer esa lógica.

Edward tardó un instante en reaccionar. Luego una sonrisa lenta, casi incrédula, apareció en su rostro.

No era la sonrisa arrogante de un caballero acostumbrado a conquistar damas. Era la sonrisa de alguien que acaba de recibir algo que no esperaba en absoluto.

—Eso… —murmuró él— no estaba en mis planes para esta mañana.

Alexandra bajó la mirada hacia la cesta, como si el gesto no hubiera tenido importancia, pero por dentro se sentía inquieta. Porque había sido ella quien había dado el paso, quien había iniciado el juego.

Y aun así… El roce de los labios de Edward seguía presente, obstinado, cálido.

Subió al carruaje sin decir nada más, y cuando la puerta se cerró y el vehículo empezó a moverse, Alexandra apoyó la espalda contra el asiento y cerró los ojos un instante.

Recuerda por qué estás aquí, se repitió.

Destruir a los Langford. Romper lo que ellos tienen. Y si para lograrlo tenía que hacer que Edward Langford se enamorara de ella… Entonces lo haría.

Aunque algo dentro de su pecho empezaba a susurrarle, que aquel beso había sido mucho más que una simple jugada.

CAPÍTULO 19

Alexandra regresó a la casa Fuller con el corazón todavía inquieto, como si el traqueteo del carruaje hubiese quedado atrapado dentro de su pecho.

Aquel beso intentó apartarlo de su mente mientras cruzaba el pequeño jardín delantero y empujaba la puerta de servicio. Aquello no era más que una pieza dentro de su plan. Nada más, se repetía. Nada.

Pero al entrar en el vestíbulo interior se encontró con el capitán Fuller, que parecía haber estado esperándola.

El hombre estaba junto a la mesa del recibidor, revisando unos papeles. Levantó la cabeza en cuanto escuchó sus pasos.

—Ah, Alexandra —dijo con esa mezcla de autoridad y cordialidad que lo caracterizaba—. Justo a quien buscaba.

Ella dejó la cesta sobre la mesa con un pequeño gesto respetuoso.

—¿Sí, capitán?

Fuller la observó unos segundos, como si estuviera calibrando algo.

—Dígame… ¿sabe el motivo por el que se marchó el señor Duvalmont?

Alexandra parpadeó.

—¿El caballero francés? —preguntó tratando de simular que no conocía bien a Étienne.

—El mismo.

Ella negó con la cabeza con absoluta serenidad.

—No, señor.

El capitán frunció ligeramente el ceño.

—Curioso… —murmuró—. Se marchó con una prisa extraordinaria. Apenas dejó una nota diciendo que debía viajar a Francia por un asunto familiar urgente.

Alexandra sintió un leve sobresalto interior.

Étienne…

Pero su rostro permaneció impasible.

—No sabría decirle nada sobre eso, señor.

Fuller la estudió un momento más y luego suspiró, como si decidiera dejar el asunto.

—En fin… los franceses siempre han sido un misterio para mí.

Hubo un pequeño silencio.

Entonces Alexandra, que llevaba rato conteniendo la pregunta, habló con una cautela calculada.

—Capitán… ¿puedo preguntarle algo?

—Claro.

—Usted es amigo del señor Langford, ¿verdad?

El capitán levantó las cejas.

—Desde hace muchos años.

Alexandra bajó ligeramente la mirada, fingiendo curiosidad sencilla.

—Siempre oigo hablar de él… pero en realidad no sé cómo es. ¿Es… un buen hombre?

El capitán Fuller soltó una breve risa.

—¿Buen hombre? Muchacha… si hay alguien en esta ciudad que merezca ese calificativo, es él.

Se apoyó en la mesa, como si la pregunta hubiese despertado recuerdos antiguos.

—¿Sabe lo que significa criar cinco hijos sin una esposa? —dijo lentamente—. Porque yo sí lo sé. Vi cómo tuvo que hacerlo.

Alexandra levantó los ojos.

—¿Cinco?

—Tres hijas, y dos muchachos. Cuando su esposa murió, la casa entera quedó patas arriba. Pero él siguió adelante. Se ocupó de todo: de su educación, de su bienestar, de su futuro.

El capitán sonrió con cierta nostalgia.

—Y no lo hizo mal. Las tres hijas eran rebeldes como demonios cuando eran jóvenes… pero logró casarlas bien. Y sus hijos son hombres de provecho.

Alexandra escuchaba con atención, aunque algo dentro de ella se agitaba con una incomodidad difícil de explicar.

Fuller continuó, con la voz más suave.

—Pero lo más admirable de todo no es eso.

Ella alzó una ceja.

—¿No?

—No. Lo más admirable es que siguió viviendo después de perder a su esposa.

El capitán guardó silencio un instante.

—Porque cuando has estado casado con la mejor mujer del mundo, y de pronto desaparece, no es tan sencillo seguir respirando.

Alexandra lo miró con incredulidad.

Sus labios se curvaron con un gesto escéptico.

—Supongo que las amantes que tuviera el señor Langford no lo verían de la misma manera.

El cambio en el rostro del capitán fue inmediato.

Su expresión se endureció.

—¿Qué ha dicho?

Alexandra se encogió ligeramente de hombros.

—Solo digo que los hombres suelen tener, otras distracciones. Y quizá esas mujeres no pensarían que él era tan perfecto como usted cree.

El capitán Fuller dio un golpe fuerte con la mano sobre la mesa.

—¡Basta!

Alexandra se sobresaltó.

—Escúcheme bien, muchacha —dijo el capitán con una voz ahora fría y cortante—. El señor Langford es un caballero honorable. Y no voy a permitir que una criada insolente insinúe lo contrario bajo mi techo.

La miró con dureza.

—Vuelva a decir algo así y la echaré a la calle antes de que termine el día. ¿Entendido?

El orgullo de Alexandra se inflamó como una llama.

—Quizá usted no sabe tanto de ese hombre como cree —dijo, con la voz temblando de rabia—. Quizá ni siquiera sabe que…

Se detuvo.

Porque en ese instante vio algo por encima del hombro del capitán.

En la puerta estaba Étienne.

El francés estaba apoyado en el marco, observándola. Sus ojos se clavaron en los de ella, y lentamente negó con la cabeza.

Un gesto mínimo, pero lleno de significado en ese momento.

No lo digas.

Alexandra sintió cómo las palabras se le congelaban en la garganta.

Cerró la boca.

El capitán, que no había visto nada, frunció el ceño.

—¿Nada más que añadir?

Pero antes de que Alexandra respondiera, Étienne dio un paso al frente.

—Capitán Fuller —dijo con naturalidad—. Lamento interrumpir.

El capitán se giró, sorprendido.

—¡Duvalmont! ¿Qué demonios…? Creí que estaba ocupado en Francia.

Étienne sonrió con elegancia.

—Ya he regresado. Mi cometido no me ha tomado demasiado tiempo.

Se sacudió ligeramente el abrigo.

—Y además… creo que se alegrará de saber que en mi equipaje traje algo muy valioso.

El capitán levantó las cejas.

—¿Ah, sí?

Étienne miró hacia la puerta principal.

—Algo que pertenece a esta casa.

En ese mismo instante la puerta se abrió.

Y dos figuras cruzaron el umbral.

Un joven alto, de rostro familiar, y una mujer elegante a su lado.

El hijo del capitán Fuller. Y su esposa.

El capitán dio un paso hacia ellos, completamente desconcertado.

—Pero… ¿qué…?

Étienne sonrió ligeramente.

—Una pequeña sorpresa, capitán.

CAPÍTULO 20

La casa del capitán Fuller, que durante la mayor parte del año mantenía una respetable calma propia de las residencias bien organizadas, parecía aquella noche poseída por una agitación digna de una pequeña corte.

Las criadas subían y bajaban por las escaleras con la diligencia de quien sabe que cualquier error, por pequeño que fuera, sería observado por demasiados ojos; las cocineras discutían en voz baja sobre la temperatura exacta de las salsas; y en el comedor, bajo la luz cálida de un candelabro recién pulido, el capitán Fuller supervisaba los últimos preparativos con la expresión satisfecha de un hombre que se enorgullece, no sin cierta justificación, de ser un anfitrión irreprochable.

La mesa había sido dispuesta con un cuidado casi ceremonial. La vajilla de porcelana, reservada para ocasiones que merecieran realmente el esfuerzo de sacarla del aparador, brillaba bajo la luz de las velas; las copas de cristal capturaban reflejos dorados; y el aroma del asado recién servido se mezclaba con el perfume suave de las flores colocadas en el centro.

Aquella noche había invitados que justificaban tal despliegue.

El hijo del capitán, Joe Fuller, había regresado inesperadamente de Francia junto con su esposa, Matilda Langford, lo cual, por sí solo, ya era motivo suficiente para una cena especial. Sin embargo, lo que había provocado la verdadera excitación doméstica era el hecho —susurrado discretamente entre el servicio— de que el elegante señor francés, Étienne Duvalmont, continuaba alojado en la casa.

Y donde se reunían tantas personas de buena familia… siempre había algo interesante a punto de ocurrir.

Alexandra lo intuía.

Mientras servía el vino en las copas con la precisión que exigía su oficio, sentía una inquietud persistente bajo la piel. Una sensación difícil de explicar.

Desde su asiento, Étienne parecía conversar con naturalidad, pero en más de una ocasión sus ojos se desviaban hacia ella.

No era una mirada indiscreta.

Era algo peor.

Era la mirada de alguien que observa con paciencia, como si esperara el momento adecuado.

La cena transcurrió con la agradable animación que suele acompañar a las reuniones familiares donde el buen vino corre con suficiente generosidad.

El capitán Fuller, sentado en la cabecera, relataba con entusiasmo pequeñas anécdotas de su juventud naval —algunas de las cuales, según sospechaban quienes las habían escuchado más de una vez, crecían ligeramente en heroicidad con cada repetición— mientras Joe respondía con comentarios que provocaban risas generalizadas.

Fue, sin embargo, el propio capitán quien, al cabo de un rato, pareció recordar una cuestión que aún no había sido resuelta.

Levantó su copa, observó a su hijo con una mezcla de afecto y curiosidad, y dijo:

—Ahora bien, Joe… hay algo que todavía no me habéis explicado.

Joe dejó su cuchillo sobre el plato y arqueó una ceja con expresión inocente.

—¿Ah, sí?

—Sí. —El capitán inclinó la cabeza—. Hace apenas unas semanas partiste hacia Francia con tu esposa, con la intención de instalarte allí una temporada razonablemente larga, y sin embargo, aquí estás de nuevo en mi mesa como si nada hubiera ocurrido.

Se volvió hacia Matilda.

—No me malinterpretes, querida. Siempre es un placer teneros aquí. Pero un padre tiene derecho a cierta curiosidad cuando sus hijos aparecen de pronto en la puerta sin previo aviso.

Matilda sonrió con una serenidad encantadora.

—En realidad, capitán, la explicación es bastante sencilla.

Joe apoyó los codos en la mesa y, con un gesto divertido, inclinó la cabeza hacia el otro extremo.

—La culpa es de nuestro amigo francés.

Varias miradas se dirigieron hacia Étienne.

El joven Duvalmont no pareció particularmente sorprendido por la atención repentina. Al contrario, levantó su copa con una elegancia tan natural que parecía haber anticipado el momento.

—Me temo que debo aceptar esa acusación —dijo con suavidad—. Fui yo quien les pidió que regresaran a Londres durante unos días.

El capitán frunció ligeramente el ceño.

—¿Y puedo preguntar por qué motivo?

Étienne sonrió.

No era una sonrisa común, pues esta tenía algo deliberadamente enigmático.

—Porque creí —respondió con calma— que su presencia podría resultar importante.

Aquella respuesta, lejos de aclarar nada, pareció multiplicar la curiosidad general.

El capitán observó a su invitado durante unos segundos.

—Espero, señor Duvalmont, que en algún momento tengamos el privilegio de comprender esa importancia.

Étienne inclinó la cabeza con una cortesía impecable.

—Por supuesto, capitán. Todo llegará a su debido tiempo.

Desde el otro lado de la mesa, Alexandra que se encontraba sirviendo más sopa, sintió un escalofrío recorrerle la espalda sin saber exactamente por qué.

Cuando la cena concluyó, los invitados se trasladaron al salón de cristales, una estancia amplia cuyas paredes acristaladas reflejaban la luz de las velas en múltiples destellos dorados.

Las copas de licor comenzaron a circular. Las conversaciones se fragmentaron en pequeños grupos. Y el ambiente, suavizado por el calor de la velada, adquirió ese tono relajado que suele preceder a los momentos inesperados.

Alexandra recogía discretamente algunas copas olvidadas sobre una mesa lateral cuando escuchó la voz de Edward.

—Padre.

No había hablado en voz alta en toda la noche. Pero algo en su tono fue suficiente para que varias conversaciones se apagaran poco a poco.

Edward estaba de pie. Su postura era tranquila, aunque su expresión revelaba una determinación poco habitual en él.

—Creo —continuó— que debo comunicar algo a la familia.

Una risa ligera se escapó a su hermana Matilda.

—Eso suena muy solemne, incluso para ti.

—¿Has hecho algo terrible? —añadió Joe Fuller con bastante preocupación.

Edward negó con una sonrisa breve.

—Nada terrible.

Hizo una pausa.

Luego dijo, con una sencillez que desarmó a todos:

—Me he enamorado.

La reacción fue inmediata.

Varias carcajadas estallaron en la sala.

—¡Edward enamorado! ¿Cómo no? —Matilda se reía de él.

—¡Eso sí que es una noticia! —Dijo Étienne.

—Por un momento creí que ibas a aburrirnos con algún argumento aburrido de esos libros que solo tú lees.

Incluso el capitán Fuller soltó una carcajada franca.

Pero el señor Langford no.

El padre de Edward lo observaba con la misma atención silenciosa que un hombre emplearía al evaluar una afirmación cuyo alcance todavía no comprendía.

—Edward —dijo finalmente—. ¿Hablas en serio?

—Completamente, padre.

Fue entonces cuando todo ocurrió.

Alexandra que ya había terminado de recoger una copa cuando sintió una mano firme rodear su cintura, se aterrorizó.

Antes de que pudiera reaccionar, Edward la había atraído suavemente hacia él.

El salón quedó en silencio.

Edward sostuvo su cintura con naturalidad, como si aquella cercanía fuera la cosa más lógica del mundo.

Luego miró directamente a su padre.

—Esta es la mujer con la que he de casarme. Mi amor es el más sincero que jamás vaya a sentir en la vida.

Alexandra sintió que el corazón le golpeaba el pecho con violencia, y hasta creyó que eran avisos de que de un momento a otro palpitaría por última vez.

Edward continuó, con una calma que parecía surgir de algún lugar muy profundo dentro de él.

—Porque mi corazón le pertenece. Tanto… o más que el suyo a mí.

Sus dedos se cerraron ligeramente sobre la tela del vestido.

—Y si la felicidad consiste en encontrar a la persona con la que uno desea compartir cada día que le quede por vivir… entonces mi felicidad estará junto a ella.

Su mirada no abandonó la de su padre.

—Espero que lo acepte, padre.

Durante unos segundos nadie habló.

El señor Langford observó primero a su hijo, después a Alexandra.

Con una lentitud calculada, como si estuviera reconsiderando el orden natural del universo.

Finalmente entrecerró los ojos.

—Creo… —dijo despacio— que si esto no es una broma, date por complacido, tiene muy mal gusto… Y de no ser así: Edward, hijo mío… te estás equivocando gravemente con tu futuro.

El silencio que siguió fue tan profundo que incluso las velas parecieron titilar con cautela.

Y mientras Alexandra permanecía allí, atrapada entre la mano de Edward y las miradas de toda la familia Langford y los Fuller, sintió también los ojos de Étienne sobre ella.

Atentos, serenos. Como si supiera que aquella escena no era el final de nada. Sino el comienzo de algo mucho más horrible.

La conversación en el salón no se prolongó mucho más. De hecho, apenas unos segundos después de que el señor Langford pronunciara aquellas palabras tan frías como contundentes, el murmullo general comenzó a deshacerse como una conversación que, de pronto, ya nadie sabe muy bien cómo continuar.

El capitán Fuller carraspeó con discreción.
Joe intercambió una mirada rápida con su esposa.
Y alguien —nadie supo exactamente quién— comentó algo trivial sobre el licor, como si el sonido de su propia voz pudiera devolver cierta normalidad al ambiente.

Pero el señor Langford no estaba dispuesto a fingir.

Se levantó lentamente.

—Edward. —Su tono era sereno, aunque había en él una firmeza que hacía innecesario elevar la voz—. Ven conmigo.

No fue una invitación, y Edward lo comprendió de inmediato.

Durante un instante su mano permaneció aún en la cintura de Alexandra, pero después la soltó con suavidad y siguió a su padre fuera del salón.

Las puertas se cerraron tras ellos.

CAPÍTULO 21

El despacho del capitán Fuller era una estancia sobria, dominada por una mesa de madera oscura y un par de sillones que parecían haber soportado ya más de una conversación incómoda a lo largo de los años.

El señor Langford esperó a que la puerta se cerrara por completo antes de hablar.

—Bien —dijo al fin—. Supongo que ahora podrás explicarme qué demonios ha sido eso.

Edward permaneció de pie frente a él.

—No ha sido nada que no haya dicho con absoluta claridad.

El padre lo observó durante unos segundos, como si buscara en su rostro alguna señal de ironía o arrepentimiento.

No encontró ninguna.

—Entonces hablas en serio.

—Sí.

El silencio que siguió fue largo y cruel para el que espera una respuesta.

El señor Langford caminó despacio hacia la ventana y apoyó las manos en el respaldo de un sillón.

—Edward… —comenzó con una calma que resultaba casi más inquietante que la ira—. Durante toda mi vida he intentado hacer algo muy simple: criar a mis hijos lo mejor que he sabido.

Su voz no era dura, sonaba cansada.

—He cometido errores, como cualquier hombre. Pero hay algo que siempre he procurado evitar… que toméis decisiones que os arrastren a una vida de dificultades innecesarias.

Edward no respondió.

Su padre continuó:

—¿Comprendes lo que significa lo que has dicho esta noche?

—Perfectamente.

El señor Langford lo miró con una mezcla de incredulidad y tristeza.

—No. Me temo que no.

Se acercó un paso.

—Casarte con una criada no es un pequeño escándalo social que se olvide en unas semanas, Edward. Es una ruptura completa con el mundo en el que has nacido.

Edward sostuvo su mirada.

—Quizá ese mundo no me interese tanto como usted cree.

—No hables como un niño obstinado.

La frase salió más dura de lo que pretendía.

El padre respiró hondo antes de continuar.

—Si sigues adelante con esa idea… lo único que conseguirás será una especie de exilio. Nadie os recibirá. Nadie os invitará. Las puertas que ahora se abren para ti con naturalidad, se cerrarán para siempre.

Hizo una pausa.

—Viviréis como fugitivos. No perseguidos por la ley… pero sí por la mirada constante de la sociedad.

Edward no apartó los ojos de él.

—Si eso es el precio de la felicidad, no me parece demasiado alto.

El señor Langford negó lentamente con la cabeza.

—Eso lo dices ahora, porque estás enamorado.

Su voz se suavizó de repente.

—Pero yo soy tu padre. Y no es eso lo que deseo para mi hijo pequeño.

Edward bajó la mirada un instante.

Cuando volvió a levantarla, había en ella una determinación tranquila.

—Tal vez no sea lo que usted desea para mí.

—No lo es.

—Pero es lo que yo deseo para mi vida.

Al otro lado de la puerta, Alexandra permanecía inmóvil. Había llegado al pasillo con la intención de recoger una bandeja olvidada, y ya de paso poder escuchar algo de lo que se hablase detrás de aquella puerta. Cuando empezó a oir todo lo que el señor Langford tenía preparado para Edward, sus labios se curvaron lentamente en una sonrisa visible.

Funcionaba. Su plan estaba funcionando exactamente como había imaginado.

Edward desafiaba a su familia. El señor Langford se estaba enfadando, y seguramente lo rechazaría pronto. Debería haber sentido satisfacción. Y, sin embargo. Algo extraño se instaló en su pecho. Una presión incómoda. Como si cada palabra que Edward pronunciaba en su defensa se clavara en algún lugar donde ella no esperaba sentir nada.

Sacudió ligeramente la cabeza.

—Es perfecto —murmuró para sí misma—. Exactamente lo que querías.

Entonces ¿por qué dolía? Se quedó pensando.

CAPÍTULO 22

Al fondo del pasillo, alguien la observaba. Étienne Duvalmont estaba apoyado contra una columna, en silencio. No había escuchado toda la conversación, pero sí lo suficiente. Su mirada pasó del rostro de Alexandra a la puerta cerrada del despacho. Y después volvió a ella. Había algo en su expresión que mezclaba preocupación y fascinación. Sabía que Alexandra ocultaba algo. Lo intuía desde el primer momento en que la había encontrado en aquella casa bajo otro nombre. Pero cuanto más la observaba, más difícil le resultaba pensar en ella con la distancia que la prudencia exigía. Había crecido con ella. Había aprendido a resignarse, a amarla en silencio cuando comprendió que sus destinos pertenecían a mundos distintos.

Y ahora…

Ahora el destino volvía a ponerla frente a él.

Más hermosa que nunca.

Sus ojos se detuvieron un momento en el perfil de Alexandra. Y una idea, incómoda pero persistente, comenzó a tomar forma en su mente. Si Edward Langford seguía adelante con aquella locura… Alexandra terminaría destrozando algo más que una familia. Quizá también su propio corazón.

Y Étienne no estaba seguro de poder permitir que eso ocurriera, porque cada vez que la miraba… Se enamoraba un poco más.

Edward salió del despacho con el pulso alterado.

No era la primera vez que discutía con su padre —los hijos, por muy educados que hayan sido criados, siempre encuentran

algún motivo para hacerlo tarde o temprano—, pero sí era la primera vez que lo hacía con una certeza tan firme en el pecho. Y es que aquello no tenía una solución que no fuese aquella. Así es que no, no se arrepentía.

Cruzó el pasillo con pasos largos, todavía con las palabras de su padre resonando en la cabeza.

Exilio. Fugitivos.

Quizá fueran términos exagerados. O quizá no. Pero había algo que su padre no había entendido.

Edward no estaba mostrándose rebelde, no metiéndose en problemas, .él estaba eligiendo a la mujer que amaba, a Alexandra.

Y, desde que en su mente se había formado esa decisión, todo lo demás parecía haber perdido importancia.

Doblando una esquina del corredor se detuvo.

Alexandra estaba allí. De pie junto a una mesa auxiliar donde reposaba una bandeja con copas sucias, como si llevara varios minutos intentando decidir si recogerlas o abandonarlas para siempre.

Cuando lo vio, su espalda se tensó.

—Señor Langford.

Edward la observó unos segundos.

—No me llames así.

Ella arqueó ligeramente una ceja.

—¿Y cómo debería llamarlo, entonces?

—Edward.

Alexandra dejó escapar una pequeña risa incrédula.

—Eso sería… inapropiado.

—Lo inapropiado —replicó él con calma— es que pretendes seguir comportándote como una desconocida después de lo que ha ocurrido entre nosotros.

La bandeja tintineó ligeramente cuando ella la dejó sobre la mesa.

—¿Y qué es exactamente lo que ha ocurrido entre nosotros?

Edward dio un paso hacia ella.

—Lo sabes perfectamente. Nos amamos.

Alexandra sostuvo su mirada.

Había algo en los ojos de él que resultaba inquietante. No era simple deseo.

—He hablado con mi padre —dijo Edward al fin.

—Lo sé, y por eso le hablo así, porque lo he escuchado casi todo, y no deseo que usted se vea en una vida miserable por mi culpa.

—¿Lo has escuchado?

—Las paredes en esta casa son muy finas.

Edward sonrió.

—Entonces también sabrás que no pienso cambiar de idea.

Durante un instante Alexandra no respondió. Porque, contra toda lógica, una parte de ella esperaba que sí lo hiciera. Que reconsiderara aquello porque era una locura para alguien como él. Que se arrepintiera y pensara que en un futuro podría encontrar a la mujer con la que casarse y formar una familia dentro de esa sociedad a la que pertenecía. Que demostrara ser igual que todos los demás hombres de su mundo.

—No deberías haber dicho eso delante de tu familia —murmuró.

—¿Por qué?

—Porque no es cierto.

Edward la miró como si acabara de escuchar algo extraordinariamente absurdo.

—¿No es cierto?

Alexandra cruzó los brazos.

—No me amas.

—Alexandra.

—No —lo interrumpió ella—. Estás fascinado con la novedad de la casa Fuller, es solo que te has encaprichado. Es distinto.

Edward dio otro paso.

Ahora apenas los separaban unos centímetros.

—No sabes lo que siento.

—Sé exactamente lo que ocurre cuando un caballero decide sentirse atraído por alguien como yo.

—¿Ah, sí?

—Sí.

Ella lo miró con frialdad.

—Se divierte durante un tiempo… y después recuerda quién es y se marcha.

Edward no respondió.

En lugar de eso, levantó una mano y apartó un mechón de cabello que había escapado de su recogido.

El gesto fue tan suave que Alexandra sintió un escalofrío inesperado.

—Te equivocas —dijo él.

—¿En qué?

—En todo.

Y entonces, sin anunciarlo, la besó.

Alexandra sintió cómo su cuerpo reaccionaba antes de que su mente pudiera intervenir.

Sus dedos se cerraron en la tela del chaleco de Edward. El mundo pareció encogerse en ese instante, quedar reducido a algo muy pequeño como para poder tenerlo en cuenta.

Y ella ya solo podía concentrarse en su respiración, en la forma en que él la sujetaba por la cintura como si temiera que desapareciera si la soltaba.

Cuando finalmente se separaron, Alexandra tuvo que tomar aire.

—Esto… —murmuró— …es una pésima idea.

Edward sonrió suavemente.

—Probablemente.

—Entonces deberías detenerte.

—No quiero hacerlo. No vuelvas a repetirlo, no lo haré. Nunca me marcharé, yo puedo ser como Heathcliff, sí, seré el Heathcliff de aquel libro, ¿recuerdas?

Y por primera vez en mucho tiempo…

Alexandra no supo qué responder.

CAPÍTULO 23

Étienne Duvalmont había aprendido muchas cosas durante su vida.

Entre ellas, que la paciencia era una virtud indispensable para cualquier caballero que deseara conservar la dignidad.

Sin embargo…

Había límites.

Y ver a Edward Langford inclinarse hacia Alexandra en aquel pasillo era, evidentemente, uno de ellos.

No había escuchado lo que decían.

Pero no necesitaba hacerlo.

El lenguaje del cuerpo humano era universal.

Cuando Edward se marchó, Alexandra permaneció un momento en silencio, respirando con dificultad.

—Debo admitir —dijo una voz detrás de ella— que Londres me está resultando mucho más interesante de lo que esperaba.

Alexandra se giró de inmediato.

—Étienne.

Él avanzó unos pasos, con esa elegancia tranquila que parecía acompañarlo siempre.

—Isabela.

Ella suspiró.

—No uses ese nombre aquí.

—¿Y qué nombre debo usar mientras te observo destruir la vida de un hombre perfectamente respetable?

Alexandra lo miró con frialdad.

—No sabes de qué hablas.

Étienne la estudió durante un momento.

—Lo sé todo.

—No sabes nada.

—Sé que Edward Langford está dispuesto a enfrentarse a su propia familia por ti. A destruir su nombre, su apellido, a quedarse sin nada con tal de tenerte a ti.

Ella apartó la mirada.

—Es su problema.

—No —dijo Étienne con suavidad—. Es el tuyo.

Alexandra se cruzó de brazos.

—¿Has venido a darme lecciones de moral?

—He venido a preguntarte si realmente piensas seguir adelante con esto.

—Sí.

Étienne suspiró.

—Entonces al menos ten la decencia de admitir que no se trata de amor. Que es pura venganza.

—Nunca dije nada de amor, fue el todo este tiempo.

—Lo sé.

Sus ojos verdes se clavaron en los de ella.

—Pero él sí lo cree.

El silencio entre ambos se volvió incómodo.

Finalmente Étienne añadió:

—Edward no merece ser utilizado como instrumento de tu venganza.

—Nadie merece nada en esta vida —respondió ella con frialdad.

—Esto no es cierto.

Étienne la observó con una tristeza que Alexandra no quiso analizar.

—Yo tampoco merecía ser la hija bastarda de nadie.

Mientras tanto, en el salón principal…

El señor Langford bebía lentamente de una copa de brandy.

El capitán Fuller lo observaba con cautela.

—No suelo verte tan pensativo, amigo mío.

Langford dejó la copa sobre la mesa.

—Mi hijo acaba de anunciar que pretende casarse con una criada. Creo que debo permitirme el lujo de pensar.

Fuller se encogió ligeramente de hombros.

—El amor tiene sus caprichos.

—El amor —respondió Langford con sequedad— suele aparecer en circunstancias algo, menos inconvenientes.

El capitán lo estudió.

—Edward siempre ha sido un buen muchacho.

—Precisamente por eso me preocupa.

Langford permaneció en silencio unos segundos.

Luego dijo algo que parecía haber surgido de un pensamiento mucho más profundo.

—¿Desde cuándo trabaja esa muchacha en tu casa?

Fuller frunció el ceño.

—¿Alexandra? No demasiado tiempo.

—Curioso.

—¿Por qué?

Langford tomó de nuevo la copa.

—Porque tengo la desagradable sensación de haber visto ese rostro antes.

El capitán levantó una ceja.

—¿Insinúas algo?

Langford negó lentamente.

—No lo sé todavía —Bebió un sorbo—. Pero pienso averiguarlo.

CAPÍTULO 24

El jardín de la casa Fuller estaba sumido en una penumbra casi mágica. Los faroles recién encendidos proyectaban sombras danzantes sobre los senderos empedrados, y un aire traía consigo el aroma a flores de la noche. Edward llevó a Alexandra por un pasillo lateral, lejos de la vista de cualquier criado o invitado, sus manos estaban entrelazadas con una firmeza que no admitía discusión.

—Alexandra —susurró, su voz rasposa por la emoción—, ¿sabes cuánto he deseado este momento?

Ella alzó la mirada, y sus ojos brillaban con una mezcla de desafío y fascinación.

—No debería —replicó con suavidad, apartándose apenas un centímetro—. Esto no es prudente.

Edward la tomó de la cintura con más fuerza, acercándola a él hasta sentir la curva de su cuerpo contra el suyo propio.

—Prudencia —dijo él, con un hilo de risa—… hace mucho que dejé de preocuparme por eso. Desde que te conocí, Alexandra, todo lo demás parece carecer de importancia.

Ella mordió el labio, incapaz de sostener la mirada por más tiempo. Cada palabra de Edward la atravesaba, y su propio corazón latía tan fuerte que temía que él pudiera escucharlo.

—Si nos vieran… Pensarían de mí que además de una criada, también soy una cualquiera —empezó ella, pero Edward la interrumpió colocando un dedo suave sobre sus labios.

—Déjame preocuparme solo por ti esta noche. —Su voz bajó un tono, ronca y profunda—. No hay nadie más. Solo nosotros.

Sus cuerpos se acercaron todavía más, y el aire entre ellos se volvió caliente y denso. Edward inclinó la cabeza, y sus labios se encontraron en un beso. Alexandra gimió suavemente, y un instante de vulnerabilidad recorrió su cuerpo. Pero antes de perderse por completo en la pasión del momento, retiró su rostro un centímetro, como si quisiera recuperar algo de control.

No… no puedo dejar que esto me distraiga. Maldijo en su interior, aunque la palabra ‹‹no›› era tan solo un eco inútil de su conciencia.

Edward la sostuvo por la cintura y, con suavidad, la rodeó con los brazos, acercando su frente a la de ella.

—Entonces tendremos que ignorar al mundo —dijo él—. Pero por esta noche… solo por esta noche, podemos ser dueños de nuestro propio destino en un mundo que seguramente nos rechazará a ambos.

Y Alexandra, se permitió sentir que quizás podría amar, aunque fuera solo por un instante, a un hombre que creía imposible amar.

En la mansión, el señor Langford observaba con creciente inquietud los pequeños detalles que Alexandra dejaba tras de sí. La diligencia con la que acomodaba las copas, la forma en que sus ojos evitaban la mirada de cualquiera que pudiera hacer preguntas incómodas, incluso la manera en que hablaba con el capitán Fuller. Todo despertaba en él sospechas que había intentado reprimir.

—Capitán —dijo finalmente, apoyándose sobre la chimenea—. Esa joven, me resulta todo muy extraño. Que lleve poco tiempo trabajando para usted y que haya enamorado a mi hijo hasta volverle necio en tan poco tiempo.

Fuller frunció ligeramente el ceño, evaluando la expresión del hombre que había criado a tres hijas rebeldes con tanta astucia.

—¿Sospecha, Langford?

—Más que sospecha —replicó él—. He visto su modo de moverse, la manera en que observa la casa, y sobre todo… cómo se comporta cuando cree que nadie la observa. Esconde algo, ¿por qué le dio trabajo, cómo apareció, está recomendada?

El capitán asintió lentamente, comprendiendo.

—Apareció una noche, me vi incapaz de no darle trabajo, dijo que acababa de llegar de lejos. Es intrigante, sin duda. Pero cuidado: no querrás acusarla sin pruebas.

—Pruebas —murmuró Langford, con los ojos fijos en la esquina donde el recuerdo de Alexandra dos horas antes se había detenido para ajustar un candelabro—. Pronto las tendremos.

El capitán Fuller lo miró con cierta curiosidad.

—¿Has notado algo extraño en ella, Langford?

Langford levantó la cabeza.

—Más que extraño, diría que hay piezas de un rompecabezas que no encajan.

Fuller sonrió, comprensivo.

—Bien, entonces sigue observando. Pero recuerda: algunas verdades no son para todos los ojos.

CAPÍTULO 25

Étienne Duvalmont había aprendido desde muy joven que un caballero no debía permitir que sus emociones gobernaran su comportamiento.

Era una enseñanza repetida con tanta insistencia en los salones de su infancia que, con el tiempo, había terminado por parecerle una verdad absoluta. Los hombres podían sentir, por supuesto, pero debían hacerlo en silencio; podían desear, pero jamás de forma que comprometiera su dignidad.

Aquella noche comprendió que esa regla tenía excepciones.

Porque desde la galería acristalada observaba una escena que, aunque no tenía nada de indecorosa, resultaba infinitamente más cruel que cualquier escándalo.

Edward Langford estaba con Alexandra.

No era una sorpresa. Después de todo, el propio Edward había declarado delante de toda su familia —con una convicción que aún resonaba en los oídos de Étienne— que deseaba casarse con ella.

No. Lo insoportable no era la cercanía. Lo insoportable era la naturalidad con la que ella permanecía a su lado.

Había algo en la forma en que Alexandra inclinaba el rostro cuando Edward hablaba, algo en la calma con la que permitía que él ocupase su espacio, que provocó en el pecho de Étienne una presión difícil de describir.

Porque él conocía a esa mujer desde antes de que se hiciera llamar Alexandra.

La había visto crecer.

Había escuchado su risa en los jardines de la casa de sus padres en Francia. Y sabía, mejor que nadie, que Isabel no se permitía esa tranquilidad junto a alguien si no existía confianza.

—Así que es cierto… —murmuró en voz baja.

Edward no solo estaba enamorado.

Y lo que era aún peor…

Tal vez ella estaba empezando a corresponderle. Ese pensamiento fue el que realmente encendió algo oscuro en su interior.

Durante años, Étienne había aceptado una verdad que le parecía inamovible: Isabel estaba fuera de su alcance. Las diferencias de clase, las convenciones sociales, el futuro que su familia esperaba de él… todo conspiraba contra la idea de convertir aquel afecto silencioso en algo más.

Había aprendido a vivir con esa renuncia. Pero aquello era distinto. Porque Edward Langford no parecía dispuesto a renunciar a nada.

Étienne observó cómo el joven se inclinaba ligeramente hacia ella para decir algo que Alexandra escuchó con una sonrisa.

Una sonrisa. Y aquello bastó para que la calma cuidadosamente cultivada del francés se resquebrajara.

Un pensamiento brutal cruzó su mente. Edward no tenía derecho.

Porque además de robarle a Étienne el amor de su vida, terminaría sufriendo, pues ella había llegado a Londres con un propósito tan oscuro como lo parecía su corazón.

—Dios mío… —susurró con una mezcla de ironía y amargura—. Vas a destrozarte por ella sin siquiera darte cuenta.

Pero la persona que realmente estaba en peligro no era Edward. Era Isabel. Porque si ella seguía avanzando por ese camino,

el daño que causaría —a los Langford y a sí misma— sería irreparable.

Y si Étienne había aprendido algo en los últimos días era que no podía permanecer como simple espectador. No cuando la mujer a la que amaba estaba a punto de destruir su propia vida.

Se apartó de la galería con decisión.

Si había una conversación que debía tener lugar, sería aquella misma noche.

El señor Langford se encontraba en el pequeño salón de lectura cuando Étienne pidió hablar con él.

El padre de Edward levantó la vista del libro que sostenía entre las manos y lo observó con una expresión educada.

—Señor Duvalmont —dijo con tranquilidad—. ¿Deseaba verme?

Étienne cerró la puerta con suavidad antes de responder.

—Sí, señor. Me temo que debo hablar con usted de un asunto que concierne directamente a su hijo.

Aquello bastó para captar toda la atención del hombre.

—En ese caso, tome asiento —indicó—. Aunque confieso que me intriga saber qué podría preocuparle de Edward.

Étienne no se sentó. Permaneció de pie frente al escritorio.

—Su hijo ha anunciado esta noche su intención de casarse con una joven de la casa Fuller.

El señor Langford dejó escapar un leve suspiro.

—Sí. Créame cuando le digo que soy perfectamente consciente de ello.

—Entonces comprenderá lo que voy a decirle.

El padre de Edward entrecerró los ojos ligeramente.

—Adelante.

Étienne sostuvo su mirada con absoluta firmeza.

—Esa joven no puede convertirse en su nuera.

El silencio fue inmediato.

—¿Puedo saber por qué?

La respuesta llegó sin rodeos.

—Porque su presencia aquí no es inocente.

Langford frunció el ceño.

—Explíquese.

Étienne apoyó una mano en el respaldo de una silla, conteniendo la tensión que lo recorría.

—La mujer a la que su hijo cree amar no llegó a Londres buscando trabajo únicamente.

Hizo una breve pausa.

—Llegó buscando venganza.

La expresión del señor Langford se volvió mucho más seria.

—Eso es una acusación muy grave, señor Duvalmont.

—Lo sé.

—Y, sin embargo, la pronuncia con bastante seguridad.

Étienne lo miró fijamente.

—Porque conozco a esa joven desde hace muchos años.

Aquella afirmación cambió el aire de la habitación.

—¿La conoce?

—Sí.

El padre de Edward apoyó lentamente las manos sobre el escritorio.

—Entonces será mejor que me diga de inmediato por qué una mujer que usted conoce desea destruir a mi familia.

Étienne guardó silencio unos segundos.

Cuando habló de nuevo, su voz había perdido parte de la frialdad inicial.

—Porque está convencida de que uno de los Langford arruinó la vida de su madre.

El hombre lo observó con atención.

—¿Y quién cree ella que fue?

Étienne respondió con gravedad.

—Usted.

El silencio que siguió fue absoluto.

Finalmente, Langford habló.

—No lo entiendo del todo. —Se reclinó ligeramente en la silla antes de añadir con calma— Y dígame, señor Duvalmont… ¿por qué me cuenta esto ahora?

La respuesta no tardó en llegar.

Cuando lo hizo, fue más sincera de lo que Étienne habría querido.

—Porque si Edward sigue acercándose a ella sin saber la verdad… el daño que sufrirá será mucho mayor del que imagina.

Sus dedos se tensaron ligeramente.

Y añadió en voz más baja:

—Y porque temo que Isabel, o Alexandra como ustedes la conocen, no sea capaz de detenerse por sí misma.

CAPÍTULO 26

La luz de la mañana se filtraba con suavidad por las ventanas iluminando los reflejos de la porcelana del desayuno y los destellos de los cuchillos pulidos sobre la mesa. Edward Langford se encontraba de pie, tras la silla, observando distraídamente cómo Alexandra servía el té, con su porte elegante incluso mientras realizaba la labor más humilde. Cada movimiento suyo era un desafío para la paciencia de Edward y, al mismo tiempo, un tormento para su autocontrol. Se había cansado de repetirle que ya no era necesario que continuase trabajando de sirvienta, pero ella lo había ignorado convenciéndole de que cuando fuese su esposa dejaría de servir en casas ajenas.

Él había intentado concentrarse en la investigación del robo, en apuntar los nombres de cada criado y en calcular quién podría haber estado en qué estancia a qué hora. Pero Alexandra se movía con la gracia de quien nunca parece pertenecer al mundo de la servidumbre, y sus pensamientos volvían irremediablemente a ella.

—¿Ha visto al señor Étienne hoy? —preguntó el capitán Fuller.

—No desde ayer —respondió—. Supuse que seguiría descansando del viaje.

—Oh, no —repuso el capitán con una sonrisa distraída—. Ese joven tiene demasiada energía para permanecer ocioso mucho tiempo.

Edward asintió, aunque apenas prestaba atención. Alexandra acababa de dejar la tetera sobre la mesa, y por un instante sus dedos se rozaron con los suyos.

El contacto fue breve, pero más que suficiente para compartir una mirada.

—Langford —dijo entonces el capitán con un tono que reclamaba su atención—, ¿le importaría acompañarme un momento al despacho?

Edward lo siguió sin sospechar nada.

Una vez dentro, el capitán cerró la puerta con calma.

—Edward, muchacho —comenzó con una amabilidad que parecía demasiado pensada—, voy a pedirle un favor.

Edward arqueó una ceja.

—Depende de cuál sea, capitán. Ya me pidió uno con anterioridad y me temo que no voy a ser capaz de llevarlo a cabo, ese ladrón suyo es muy escurridizo, en el remoto caso de que exista.

Fuller carraspeó con suavidad.

—Me temo que necesito que vuelva usted a su casa por hoy.

La sorpresa se dibujó inmediatamente en el rostro de Edward.

—¿Marcharme?

—Solo por hoy —añadió el capitán con rapidez—. He de ocuparme de algunos asuntos… delicados, y preferiría hacerlo sin testigos.

Edward frunció ligeramente el ceño.

—Pensé que deseaba que continuara con la investigación.

—Y así es —respondió Fuller—, pero un hombre también debe descansar de vez en cuando. Vuelva mañana. Estoy seguro de que su mente estará más clara.

Edward lo observó un momento más. Había algo extraño en aquella petición, pero finalmente asintió.

—Muy bien, capitán.

Cuando salió al pasillo, su mirada buscó de inmediato a Alexandra.

La encontró recogiendo una bandeja.

Por un instante consideró acercarse, decirle algo, cualquier cosa, pero el capitán apareció detrás de él.

—Hasta mañana, Langford.

Edward se vio obligado a marcharse.

Sin embargo, al llegar a la puerta principal no continuó hacia la calle.

Se detuvo.

Algo en su interior le decía que aquella mañana no estaba terminando como debía. Así que permaneció allí unos minutos, fingiendo ajustar sus guantes mientras observaba la casa.

Y entonces escuchó una voz, en concreto la del capitán Fuller.

—Alexandra, venga aquí un momento.

Edward se quedó inmóvil.

No debería estar allí escuchando, pero tampoco podía marcharse.

Dentro del salón, Alexandra se había detenido frente al capitán con una expresión prudente.

—¿Me llamaba, señor?

Fuller la observó con una gravedad que no había mostrado hasta entonces.

—Sí.

Se tomó unos segundos antes de continuar.

—Esta mañana he recibido la visita de un viejo amigo mío.

Alexandra inclinó ligeramente la cabeza.

—¿Ah, sí?

—El señor Langford fue quien vino a verme.

Aquellas palabras provocaron un leve sobresalto en ella.

Fuller no lo pasó por alto.

—Me habló de una conversación que tuvo con el señor Duvalmont —continuó—. Una conversación que, según parece, tiene mucho que ver con usted.

Alexandra lo miró con incredulidad.

—No sé de qué está hablando.

—Le preguntaré algo muy sencillo, muchacha —dijo el capitán con voz firme—. ¿Para qué ha venido usted a Londres? Espero que no se atreva a seguir mintiendo.

Alexandra soltó una breve risa incrédula.

—Creo que está usted confundido.

—¿Lo estoy?

—Por supuesto.

Pero Fuller no cedió.

—Entonces quizá quiera explicarme por qué el señor Duvalmont cree que usted pretende destruir a la familia Langford.

El silencio se hizo con toda la casa Fuller.

Alexandra lo miró fijamente.

—Eso es absurdo.

—¿Lo es?

—Por supuesto que lo es.

—Entonces dígame la verdad.

Ella negó con la cabeza.

—No tengo nada que decir. Me acusa de algo sumamente ridículo.

El capitán dio un paso hacia ella.

—Alexandra —Su voz se volvió más dura—. No me obligue a insistir.

La joven apretó los labios. Durante varios segundos pareció debatir consigo misma.

Y finalmente habló.

—Está bien.

Su voz ya no tenía la misma calma.

—He venido a Londres, porque estoy buscando a alguien.

—¿A quién?

Alexandra levantó la mirada. Había rabia en sus ojos.

—A mi padre.

El capitán frunció el ceño.

—¿Y quién cree usted que es?

La respuesta salió de sus labios con una convicción feroz.

—El señor Langford.

Fuller se quedó completamente quieto.

—Eso es imposible.

—No lo es.

—Le aseguro que sí.

—¡No me asegure nada! —exclamó ella, perdiendo el control.

El capitán negó lentamente con la cabeza.

—Conozco a ese hombre desde hace treinta años. Jamás habría engañado a su esposa. Se está usted equivocando.

Alexandra soltó una carcajada amarga.

—¿De verdad cree eso?

—No solo lo creo. Lo sé.

—¡Los nobles siempre dicen lo mismo! —gritó ella—. Siempre tan honorables… tan respetables… mientras destruyen la vida de quienes no pueden defenderse.

Fuller endureció el gesto.

—Está usted equivocada. Deje de decir sandeces, alguien podría escucharla.

Pero Alexandra ya no prestaba atención.

La rabia que había contenido durante años estaba desbordándose.

—Mi madre sirvió en esa casa durante años —continuó con la voz temblorosa—. Y cuando la esposa del señor Langford murió…

Su respiración se agitó.

—Nos echó.

El capitán negó con firmeza.

—No fue así. Hasta lo que cuentas es falso. El señor Langford estaba hundido en la miseria más absoluta, acababa de perder a su esposa, necesitaba quedarse solo, en silencio, sin nadie que no fuesen sus hijos.

—¡Claro que es cierto! Nos echó como perros.

—Alexandra…

—¡Mi nombre no es Alexandra!

La frase estalló en la habitación. En ese mismo instante, la puerta se abrió de golpe. Edward Langford entró con el rostro pálido, pues ya había escuchado lo suficiente.

Alexandra se giró hacia él con los ojos encendidos.

—Mi nombre es Isabel —continuó con una voz rota—. Y mi padre… mi padre es ese hombre tan honorable que todos creen que es. —Sus labios temblaban—. El señor Langford.

El silencio se volvió insoportable.

—Cuando su esposa murió —añadió con amargura— nos echó de su casa como si fuésemos una vergüenza que debía ocultar.

Sus ojos brillaban de rabia y también de dolor en esta ocasión.

—Imagino que mantenernos allí habría arruinado su reputación ante esa sociedad tan respetable de la que tanto presumen formar parte.

Edward no se movió.

No habló.

Simplemente la miraba.

La puerta del salón había quedado entreabierta tras la entrada brusca de Edward, y durante unos instantes nadie dijo nada. El silencio que siguió a la confesión de Alexandra —o Isabel— parecía demasiado denso para poder interrumpirlo con palabras.

Edward permanecía inmóvil, como si cada una de las frases que acababa de escuchar hubiese caído sobre él con el peso de una piedra.

Sus ojos no se apartaban de ella.

Pero ya no era la misma mirada. No había en ella aquella ternura casi desesperada que había aprendido a reconocer cuando él la buscaba en los pasillos o en el jardín. Ahora había algo más duro. Parecía estar herido.

—¿Isabel? —repitió por fin, en voz baja.

Ella sostuvo su mirada con el mentón en alto, aunque por dentro todo su valor comenzaba a desmoronarse.

—Sí.

Edward soltó una risa breve, incrédula, que no tenía nada de alegría.

—Vaya… —murmuró—. Así que ni siquiera tu nombre era verdad.

El capitán Fuller dio un paso adelante.

—Edward, muchacho…

Pero Edward levantó una mano sin apartar los ojos de ella.

—No, capitán. Déjenos.

Su voz había adquirido un tono que no admitía réplica.

Cuando volvió a hablar, sus palabras fueron para Alexandra.

—Dime algo —dijo despacio—. ¿Alguna de las cosas que me dijiste eran ciertas?

Ella abrió la boca.

Pero él continuó antes de que pudiera responder.

—¿Cuando me besaste? ¿Cuándo dijiste que me querías?

El corazón de Alexandra golpeó con fuerza contra su pecho.

—Edward…

—No —la interrumpió él—. No pronuncies mi nombre como si tuvieras derecho a hacerlo.

La joven sintió cómo algo se retorcía dentro de ella.

Edward dio un paso más hacia ella.

—Te acercaste a mí sabiendo quién era mi padre.

—Yo…

—¿Para vengarte de él? —terminó Edward con una sonrisa amarga.

Alexandra apretó los puños.

—También es mi padre.

—¿Y pensaste que la mejor forma de resolverlo era… enamorar a su hijo?

Ella lo miró con los ojos brillantes.

—No era así al principio.

Edward soltó otra risa sin humor.

—Claro que no.

Sus ojos se oscurecieron.

—Al principio solo querías destruirnos.

La acusación cayó como un golpe. Alexandra tragó saliva.

—No sabes lo que pasó cuando te conocí.

—Tienes razón —dijo Edward con frialdad—. No lo sé, y parece que jamás lo sabré, porque solo sabes mentir.

La miró durante un instante más. Y entonces su expresión cambió.

—Pero tranquila, pienso averiguarlo.

Se giró sin añadir una palabra más y salió del salón con paso rápido.

—¡Edward! —le llamó el capitán Fuller.

Pero él ya estaba atravesando la puerta.

CAPÍTULO 27

La casa de los Langford estaba tranquila cuando Edward llegó.

Entró sin detenerse, sin quitarse siquiera los guantes, y atravesó el vestíbulo con zancadas largas hasta el despacho de su padre.

La puerta estaba entreabierta. El señor Langford levantó la vista de aquel libro de cuentas que trataba de leer solo para intentar poner la mente en algo más que no fuera aquello que Étienne le acababa de contar horas atrás.

—Edward —dijo con una sonrisa tranquila—. No esperaba verte tan pronto.

Edward cerró la puerta de golpe.

El sonido resonó en la estancia.

—Tenemos que hablar.

La sonrisa del señor Langford desapareció lentamente.

—Vaya… —murmuró—. Ese tono suele anunciar desgracias.

Edward no se sentó.

—Necesito que me diga la verdad.

—Eso intento hacer siempre.

—No me venga con esas esta vez.

El padre lo observó con atención.

—¿Qué ocurre?

Edward respiró hondo.

—Quiero saber si le fue infiel a mi madre.

El silencio cayó como suele ocurrir después de un trueno.

El señor Langford se puso en pie lentamente.

—Edward —dijo con una calma—. Retira esas palabras.

—Respóndame.

—Retíralas.

—¡Respóndame!

La voz de Edward resonó con una furia que ni él mismo había esperado. Los ojos de su padre se endurecieron.

—Jamás —dijo con una firmeza absoluta—. Jamás traicioné a tu madre.

Edward dio un paso adelante.

—Entonces explíqueme algo.

—Con mucho gusto lo haré si sé de qué se me acusa.

—Porque hoy he conocido a una mujer que afirma ser hija suya.

El señor Langford frunció el ceño.

—¿Qué mujer? —El señor Langford sabía bien de qué iba todo eso.

—Una criada de la casa del capitán Fuller.

—No deberías de haberte enterado de esa mentira, confiaba de que antes el capitán Fuller se hubiese encargado de todo.

Edward lo observó fijamente.

—Dice que su nombre es Isabel aunque todos la conocemos como Alexandra.

El efecto fue inmediato. El señor Langford se quedó completamente quieto. Aquel nombre también lo había mencionado el señor Duvalmont, pero no le había hecho especial caso a él.

—¿Cómo… has dicho?

Edward apretó la mandíbula.

El señor Langford se dejó caer en la silla como si las fuerzas lo hubiesen abandonado de golpe.

Se llevó ambas manos al rostro.

—Dios mío…

Edward lo miró con incredulidad.

—¿La conoce? ¿Es cierto?

El padre bajó lentamente las manos.

Había una conmoción profunda en sus ojos.

—¿Esa niña… es Isabel?

Edward sintió que la sangre se le helaba.

—¿Entonces es verdad?

Langford lo miró confundido.

—¿Verdad… el qué?

Edward soltó una carcajada.

—Que estoy enamorado de mi propia hermana.

El señor Langford se levantó de golpe.

—¡¿Qué?! No digas bobadas, Edward, ya he dicho que respeté a tu madre desde el primer día hasta el último, y aún muerta lo sigo haciendo.

—¡Entonces aclare lo que dice ella! —exclamó Edward—. Que usted es su padre.

El rostro del señor Langford se volvió pálido.

—No.

—¿No?

—No.

Edward lo miró con furia.

—¿Entonces por qué ha reaccionado así al escuchar su nombre?

Langford respiró con dificultad.

—Porque conocí a esa niña.

Edward se quedó inmóvil.

—¿Qué?

—Su madre trabajó en esta casa muchos años —continuó Langford con voz grave—. Era una buena mujer… y una gran amiga de tu madre.

Edward parpadeó.

—¿Qué quiere decir con todo eso?

—Cuando tu madre murió… —su voz se quebró ligeramente— no pude soportar seguir viéndola cada día. Cada rincón de la casa estaba lleno de recuerdos y ella no ayudaba a poder olvidarlos.

Edward guardó silencio.

—Le pedí que se marchara —continuó—. Pero no las abandoné. Les conseguí un puesto en Francia… en la casa de una familia muy respetable y de la que estaba seguro de que la educación que continuaría recibiendo la niña iba a ser excelente. Y durante años me aseguré de que no les faltara nada. Había olvidado al completo quienes eran ellos, me he esforzado tanto en olvidar esa parte tan dolorosa de mi vida que hasta los detalles había conseguido hacer desaparecer de mi memoria.

Edward lo miraba como si intentara recomponer un rompecabezas imposible.

—Entonces… —murmuró— ¿no es su hija?

Langford negó lentamente.

—Jamás he sido infiel a tu madre, deja ya de repetirlo.

Edward se pasó una mano por el cabello, desorientado.

—Pero ella está convencida…

CAPÍTULO 28

La tarde había caído sobre la casa Langford con una quietud casi solemne cuando el criado anunció que el señor deseaba hablar con ella. Alexandra —o quizá ya Isabel, aunque todavía no sabía cómo llamarse a sí misma— avanzó por el pasillo con el corazón golpeándole el pecho con una violencia que no recordaba haber sentido ni siquiera en los momentos en que había jurado vengarse de aquella familia.

El señor Langford la esperaba en el despacho.

No estaba de pie como otras veces, sino sentado tras el escritorio, con los hombros ligeramente vencidos y una expresión que no era de ira, como ella había temido, sino de una fatiga profunda.

Durante unos segundos ninguno habló.

Finalmente él levantó la mirada.

—Isabel —dijo con voz grave.

El nombre cayó en la estancia como algo antiguo, casi olvidado, al menos para él.

Ella sintió que se le cerraba la garganta.

—No esperaba volver a oírlo de sus labios.

Langford suspiró lentamente.

—Yo tampoco esperaba volver a pronunciarlo, si te soy sincero había olvidado tu existencia. Y no me voy a culpar de ello, el dolor siempre es mejor no recordarlo.

Hubo un silencio tenso antes de que continuara.

—Tu madre fue una mujer extraordinaria. En esta casa siempre fue muy querida, incluso después de marcharse.

Isabel frunció el ceño.

—¿Marcharse? —repitió—. Según ella, usted nos echó. No venga ahora adornando las cosas.

Langford negó con una tristeza que parecía real.

—Jamás habría hecho algo así. Aunque acepto que lo vierais de tal forma.

Se inclinó hacia delante.

—Tu madre había tenido muy mala suerte en el amor, se enamoró de un vizconde, él le dijo que la cuidaría, que la llevaría a las afueras, que la escondería del mundo, allí serían felices. ¿Sabes que pasó a los pocos meses? Ese viejo amigo mío se encaprichó de otra mujer, en este caso era una dama, de buena cuna, con apellido, dote, tierras que heredar… Creo que no es necesario que te cuente el resto. Cuando se enteró de todo, la desdicha la invadió, y regresó a Londres. No tenía a nadie, y yo le di un hogar y un salario digno en esta casa. Mi mujer cuidó de ti como si fueras también parte de su familia, ellas se hicieron grandes amigas. Se desdibujaba en ocasiones la línea de quien mandaba y quien obedecía entre ellas. No tienes la menor idea de lo que se os quería. Confieso que ella más que yo. Simplemente porque mis ocupaciones me tenían fuera mucho tiempo.

Isabel lo miraba con incredulidad.

—Entonces… ¿por qué nos fuimos?

Langford entrelazó las manos.

—Porque mi mujer falleció, y yo no quería ver ningún rostro que no fuese los obligados, es decir los de mis hijos..

El silencio se volvió casi insoportable.

—¿Quién dice que es mi padre si no es usted?

—El vizconde de Weston. Tu madre había dejado a ese hombre después de conocer que iba a casarse, pero él ya conocía que estaba embarazada. Era… —hizo una pausa breve— un individuo del que cualquier mujer sensata habría huido.

Isabel apenas respiraba.

—¿Él supo de mí?—preguntó Isabel.

—Lo lamento. Esta es la parte por la que me puedes odiar. Yo le prohibí que se acercase a ti. Fueron muchos años teniéndoos en esta casa. Lo último que deseaba era ver su rostro. Aunque imagino que tu madre no te contó la verdad, porque si sigues sirviendo es porque no lo sabes.

—¿Saber qué?

Langford negó con firmeza.

—Tienes el apellido Weston. Te reconoció como su sobrina, su pupila, te dejó como dote una buena cantidad de libras.

La joven sintió que todo el suelo bajo sus pies se derrumbaba.

—Eso no puede ser. Mi madre solo me dijo que regresara a casa.

—Estoy convencido de que tu madre quería que lo supieras a su debido tiempo.

—Entonces, ¿puedo conocerle?

—Si lo que de verdad deseas es saber quién es —añadió él con gravedad— te lo presentaré. Aunque debo advertirte que no ganarás nada con ello. Ese hombre no merece ni el recuerdo de tu madre.

Las lágrimas empezaron a rodar por las mejillas de Isabel.

—He pasado años odiándole a usted —susurró.

Langford cerró los ojos un instante.

—Lo imagino.

Ella dio un paso hacia el escritorio.

—Yo… he hecho cosas terribles para vengarme de usted.

—No —respondió él con suavidad—. Has actuado movida por el dolor. No es lo mismo. Y hasta donde sé, no has cometido ningún delito.

Isabel rompió a llorar.

—Dios mío… Edward.

Langford la miró con gravedad.

—Mi hijo se marchó esta mañana.

—¿Marcharse?

—A la casa de campo. Necesita tiempo.

Isabel se llevó una mano a los labios.

—Tengo que hablar con él.

Langford asintió lentamente.

—Entonces será mejor que vayas ahora mismo.

CAPÍTULO 29

Edward estaba junto a la ventana cuando ella llegó. El campo se extendía silencioso tras los cristales, gris bajo el cielo de invierno.

Cuando oyó la puerta abrirse no se volvió.

—No deberías estar aquí. Nadie debió decirte donde me encontraba.

Isabel avanzó unos pasos.

—Edward, por favor…

Él se giró finalmente.

La expresión de su rostro la hizo detenerse.

No había ternura. Solo una herida profunda.

—¿Has venido a terminar tu obra? —preguntó con frialdad—. ¿O a comprobar si la venganza ha sido satisfactoria?

—No digas eso.

Edward soltó una risa amarga.

—¿No? Entraste a esa casa bajo un nombre falso. Te acercaste a mí sabiendo quién era mi padre. Y ahora pretendes que crea que nada de eso significaba nada.

Isabel se acercó desesperadamente.

—Al principio sí significaba eso.

Edward apretó los dientes.

—Gracias por la sinceridad.

—Pero cambió —dijo ella con lágrimas—. Cambió cuando empecé a conocerte.

—No.

—Edward…

—No —repitió él con dureza—. No me pidas que crea que tu odio se transformó milagrosamente en amor.

Ella lo miró con desesperación.

—Te amo.

Las palabras temblaron en sus labios.

Edward apartó la mirada como si le dolieran.

—No vuelvas a decir eso.

—Es verdad.

—¡Basta!

La voz resonó en la estancia.

—Todo lo que ha habido entre nosotros —continuó él con amargura— ha sido una mentira.

Isabel sintió que el corazón se le rompía.

—No lo fue para mí.

Edward caminó, y abrió la puerta.

—Vete.

Ella lo miró, devastada.

—Edward…

—Vete antes de que olvide por completo quién creí que eras.

Isabel salió sin decir nada más.

Cuando la puerta se cerró, Edward permaneció inmóvil durante mucho rato. No fue tras ella.

Isabel regresó a la casa del capitán Fuller, y la noche ya había caído.

Subió las escaleras con la única idea de recoger sus cosas y desaparecer de Londres.

Pero al abrir la puerta del salón se detuvo, pues Étienne estaba allí.

De pie junto a la chimenea. Como si la hubiera estado esperando durante horas.

—Sabía que volverías —dijo en voz baja.

Isabel no tenía fuerzas ni siquiera para sorprenderse.

—No debería estar aquí.

Étienne la miró con una intensidad dolorosa.

—Edward te ha rechazado.

Ella bajó la mirada.

—No podía ser de otra manera.

El francés se acercó lentamente.

—Ven conmigo a Francia.

Isabel levantó la cabeza.

—Étienne…

—Te daré una vida nueva. Nadie te juzgará. Nadie te recordará por esto.

Su voz temblaba.

—Te amo, Isabel. Te he amado desde mucho antes de que ese hombre supiera siquiera que existías.

Las lágrimas volvieron a brotar.

—No puedo.

Étienne cerró los ojos.

—Lo sé.

—Mi corazón… —susurró ella— ya pertenece a alguien.

Durante unos segundos el silencio fue absoluto.

Cuando él volvió a hablar, su voz era apenas un murmullo.

—Preferiría verte odiándolo que verte amándolo.

Isabel lo miró con dolor.

Pero entonces él sonrió con una tristeza infinita.

—Y sin embargo, te quiero demasiado para condenarte a una vida sin él.

Ella frunció el ceño.

—¿Qué quieres decir?

Étienne tomó su abrigo.

—Que todavía hay algo que yo pueda hacer.

Y salió de la casa sin mirar atrás.

La casa de campo de los Langford estaba sumida en una tranquilidad casi insoportable cuando llamaron a la puerta a una hora impropia de visitas. El criado que acudió a abrir regresó poco después con una expresión algo desconcertada.

—Señor, hay un caballero que insiste en verle.

Edward, que llevaba buena parte de la tarde fingiendo leer un libro del que no había pasado de la misma página en más de una hora, levantó la mirada con gesto cansado.

—¿Su nombre?

—El señor Duvalmont.

Durante un segundo Edward se quedó completamente inmóvil.

Luego cerró el libro con un golpe seco.

—Hágalo pasar.

Étienne Duvalmont entró en la estancia con ese porte impecable que parecía acompañarlo incluso en los momentos más incómodos. Su abrigo estaba cubierto de una ligera capa de polvo del camino, señal inequívoca de que había cabalgado sin detenerse demasiado.

Edward lo observó con frialdad.

—No esperaba visitas.

Étienne inclinó la cabeza.

—Tampoco yo esperaba tener que hacerla.

Hubo un silencio breve, cargado de tensión.

—Si ha venido a hablar de esa mujer —dijo finalmente Edward con dureza— le advierto que no tengo interés en escuchar nada más.

Étienne lo miró fijamente.

—Precisamente por eso estoy aquí, y va a tener que escucharme.

Edward soltó una risa amarga.

—¿Para defenderla?

—No.

El francés dio un paso más hacia el centro de la estancia.

—Para defenderle a usted.

Aquello sí logró sorprenderlo.

Edward frunció el ceño.

—Explíquese.

Étienne sostuvo su mirada con gravedad, casi sombría.

—He venido porque si no regresa a Londres y va a buscarla, cometerá el mayor error de su vida.

Edward apretó la mandíbula.

—No creo que sea asunto suyo.

—Lo es.

—¿Ah, sí?

—Sí, porque la amo.

Las palabras quedaron suspendidas en el aire.

Edward lo miró con incredulidad.

—¿Está usted diciendo que ama a la mujer de la que acaba de venir a hablarme?

—Exactamente eso.

Edward soltó una risa sin comprender nada.

—Entonces su visita es aún más absurda de lo que pensaba.

Pero Étienne no sonrió.

Al contrario: había en su expresión una seriedad casi dolorosa.

—Si usted no vuelve a su lado —dijo con voz baja— será la persona más desdichada del mundo.

Edward lo miró con desdén.

—Eso es una suposición bastante dramática.

—No —respondió Étienne—. Es una certeza.

Se acercó un poco más.

—Porque si usted no la perdona… ella creerá que no merece ser amada.

Edward apartó la mirada.

—Después de lo que hizo, quizá lo merezca.

—Después de lo que hizo —interrumpió Étienne— ella cree que ha destruido la única cosa buena que había encontrado en su vida. ¿No le parece suficiente castigo?

Edward apretó los puños.

—Y quizá sea merecedora.

Étienne negó lentamente.

—No lo es.

Hubo un silencio largo antes de que continuara.

—La conozco desde hace muchos años. Mucho antes de que llegara a Londres. He visto su orgullo, su obstinación, y también su bondad.

Edward no respondió.

El francés lo observó con una intensidad casi feroz.

—Y también he visto cómo lo mira a usted.

Edward cerró los ojos un instante.

—No tiene derecho a decirme lo que siento.

—No.

Étienne suspiró.

—Pero sí tengo derecho a decirle lo que siento yo.

Se llevó una mano al pecho, como si le costara pronunciar las palabras.

—Yo la amo desde hace más tiempo del que me atrevería a admitir.

Edward volvió a mirarlo.

—Entonces debería alegrarse de que yo la haya apartado de mi vida. Tiene todo el camino libre.

Étienne sonrió con tristeza.

—Créame… lo intenté.

El silencio volvió a llenar la estancia.

—Pero ocurre algo curioso con el amor —añadió finalmente—. A veces significa desear la felicidad de alguien, incluso cuando esa felicidad no incluye tu nombre.

Edward no supo qué responder.

Étienne respiró hondo antes de continuar.

—Si usted no vuelve a buscarla… Isabel terminará creyendo que el amor siempre termina en abandono. En dolor, en ausencia, en maldad.

Sus ojos se oscurecieron.

—Y tarde o temprano acabará en brazos de algún desalmado que le ofrezca consuelo barato para olvidar el dolor.

Edward lo miró con dureza.

—Eso no ocurrirá.

—¿Está seguro?

La pregunta cayó como un desafío.

—Porque yo sí lo estoy —continuó Étienne—. He visto demasiadas mujeres buenas perderse por culpa de un corazón roto.

Edward apretó la mandíbula.

—¿Y qué espera que haga? Me engañó.

Étienne lo miró fijamente.

—Lo que yo no puedo hacer.

—¿Y qué es eso?

El francés respondió sin vacilar.

—Ser el hombre que ella ama.

Las palabras dejaron la habitación en silencio.

Finalmente Étienne se dirigió hacia la puerta.

—No he venido a convencerle —dijo antes de marcharse—. Solo a recordarle algo que usted ya sabe, pero por sus acciones, ha debido olvidar.

Edward frunció el ceño.

—¿El qué?

Étienne abrió la puerta.

Y por primera vez desde que había llegado, sonrió ligeramente.

—Que la ama.

Luego salió de la casa.

Edward permaneció mucho rato inmóvil en medio de la estancia.

Mirando el fuego.

Pensando en unos ojos oscuros, en una sonrisa que había intentado olvidar, y en un nombre que seguía resonando dentro de él con una fuerza imposible de ignorar.

Isabel.

Y por primera vez desde que había huido de Londres, Edward Langford comprendió que quizá no había escapado de ella.

Sino de sí mismo.

Poco después de la partida de Étienne, la casa de campo permaneció en silencio.

Un silencio incómodo, como si incluso las paredes aguardaran una decisión que Edward Langford todavía no se atrevía a tomar.

El fuego chisporroteaba en la chimenea, pero ni siquiera su calor parecía suficiente para aliviar la tormenta que crecía dentro de él.

Edward permanecía inmóvil junto a la ventana, mirando la extensión gris del campo invernal. La noche empezaba a caer lentamente sobre los prados, cubriendo el paisaje con esa penumbra melancólica que siempre parecía invitar a los recuerdos.

Y él estaba lleno de ellos.

Recordaba el primer instante en que la vio.

Recordaba la forma en que su voz parecía atravesarlo.

Recordaba el temblor de su respiración cuando la besó por primera vez.

Y también recordaba la mirada de ella cuando él la apartó de su lado.

Edward cerró los ojos con fuerza.

—Maldita sea… —murmuró para sí.

Intentó convencerse de que todo había sido una mentira. De que ella lo había utilizado.

De que cada gesto, cada palabra y cada promesa habían formado parte de un plan cuidadosamente construido para vengarse de su padre. Pero cada vez que trataba de sostener aquella idea, algo dentro de él se resistía.

Porque había visto a Isabel llorar. Y las lágrimas parecían de verdad.

Caminó lentamente por la habitación hasta detenerse junto a una pequeña mesa donde descansaban algunos libros que había traído consigo desde Londres.

Uno de ellos estaba abierto. Lo tomó distraídamente. Sus dedos pasaron por las páginas hasta detenerse en una línea que conocía bien. Una frase que siempre le había parecido exagerada cuando la leyó por primera vez, pero que ahora, de forma inquietante, parecía describir exactamente lo que sentía.

Edward la leyó en voz baja.

—«De lo que estén hechas las almas, la suya y la mía son iguales».

Cerró el libro con suavidad.

Y apoyó la frente contra él durante un instante.

—Isabel… —susurró.

La habitación volvió a quedar en silencio.

Entonces recordó otra frase.

Una que había leído muchas veces en la novela, siempre con una mezcla de fascinación e incredulidad.

Una frase que ahora comprendía con una claridad casi dolorosa.

Edward dejó escapar una risa amarga.

—Ahora entiendo a Heathcliff —murmuró.

Se pasó una mano por el rostro, agotado.

—Porque si ella se marcha… —dijo en voz baja— el mundo entero seguirá existiendo… pero para mí ya no tendrá sentido.

Edward se dio cuenta de que amaba a esa mujer.

La amaba con una intensidad que no sabía explicar ni controlar.

La amaba incluso sabiendo que había llegado a su vida con intenciones oscuras.

La amaba incluso después de haberla visto caer de rodillas pidiéndole perdón.

Y la amaba, sobre todo, porque en algún momento entre el odio y el engaño… ella también había terminado amándolo a él.

Edward abrió los ojos.

Entonces recordó las palabras de Étienne.

"Si usted no vuelve a su lado… será la persona más desdichada del mundo."

Una sonrisa lenta apareció en su rostro.

—Ese francés tiene una insolente habilidad para decir verdades incómodas.

Se dirigió hacia la puerta con decisión.

El criado apareció poco después, sorprendido al verlo ya con el abrigo puesto.

—¿Desea algo, señor?

Edward tomó sus guantes.

—Sí.

El criado esperó.

Edward sonrió ligeramente.

Una sonrisa que tenía algo de impaciencia… y mucho de esperanza.

—Mi caballo.

El hombre parpadeó.

—¿Va a salir ahora, señor?

Edward ya se dirigía hacia la puerta.

—Inmediatamente.

El criado dudó.

—Pero Londres está a varias horas…

Edward abrió la puerta y el aire frío de la noche entró en la casa.

Entonces respondió con una voz tranquila, pero llena de determinación.

—Lo sé, pero no puedo esperar.

Se volvió un instante antes de salir.

—Y una mujer me está esperando allí, aunque todavía no lo sabe.

La puerta se cerró tras él.

Afuera, el viento sacudía los árboles del camino mientras un caballo era preparado a toda prisa en el establo.

Minutos después, Edward Langford cabalgaba hacia Londres con una única idea en la mente. Encontrarla.

CAPÍTULO 30

La mañana había amanecido gris sobre Londres, como si el cielo hubiese decidido acompañar el estado del corazón de Isabel.

En el patio de la casa del capitán Fuller, un carruaje esperaba con las puertas abiertas y el cochero revisando por última vez las correas de los caballos. El viaje hasta Dover sería largo, y desde allí el mar la separaría definitivamente de Inglaterra.

Y de Edward.

Isabel descendió los escalones con pasos lentos, llevando apenas un pequeño equipaje entre las manos. Había pasado la noche en vela, llorando en silencio hasta quedarse sin lágrimas, y ahora su rostro conservaba esa serenidad extraña que a veces aparece cuando el dolor ya ha hecho todo el daño que podía hacer.

Étienne la esperaba junto al carruaje.

Cuando la vio aparecer, su expresión cambió. Había en su mirada una mezcla difícil de ocultar: ternura, preocupación, y una tristeza profunda que él intentaba disimular bajo su elegancia habitual.

—El carruaje está listo —dijo con suavidad—. Partiremos en cuanto usted lo desee.

Isabel asintió.

Miró una vez más la fachada de la casa.

Aquel lugar había sido testigo de demasiadas cosas: de su llegada llena de rencor, de sus planes de venganza, y también del momento en que, sin darse cuenta, había entregado su corazón al único hombre al que nunca debió amar.

Bajó la mirada.

—Gracias, Étienne.

El francés inclinó ligeramente la cabeza.

—No tienes que agradecerme nada.

Pero Isabel negó con suavidad.

—Sí lo tengo. Has sido, el único que ha estado dispuesto a ayudarme incluso cuando sabía que estaba equivocada.

Él sonrió.

—Digamos que siempre he tenido cierta debilidad por las causas imposibles.

Isabel dejó escapar una pequeña risa triste.

Después respiró hondo.

—Prometo que no seré una carga en Francia.

Étienne la observó con atención.

—Nunca podrías serlo.

Ella dudó un momento antes de continuar.

—Intentaré… —su voz se quebró un instante— intentaré olvidarle.

Étienne miró hacia otro lado. Sabía perfectamente a quién se refería. Y también sabía algo más: que hay amores que no se olvidan.

Jamás.

Aun así, habló con una calma que escondía un esfuerzo enorme.

—No es necesario que lo olvides.

Isabel levantó la vista.

Él la miraba con una serenidad casi dolorosa.

—Algunas personas dejan una huella tan profunda en nosotros que intentar borrarla sería como intentar borrar una parte

de nuestra propia alma.

Isabel sintió cómo sus ojos volvían a llenarse de lágrimas.

—Entonces creo que tendré que aprender a vivir con ello.

Étienne se acercó un paso.

Y fue de esas pocas veces desde que se conocían, que dejó caer por completo la máscara de la ironía y la elegancia.

—Isabel…

Ella levantó la mirada.

—Si existiera la más mínima posibilidad de que pudieras quererme algún día —dijo él con voz baja— te confesaría ahora mismo que llevo años deseando pedirte que te quede a mi lado.

Isabel cerró los ojos un instante.

—Étienne…

Él levantó una mano suavemente.

—No. No digas nada.

Sonrió con tristeza.

—Porque también sé que su corazón ya ha elegido.

Finalmente, Étienne dio un pequeño paso atrás y señaló el carruaje.

—Deberíamos marcharnos.

Isabel asintió.

Colocó un pie en el escalón del carruaje y tomó el borde de la puerta.

Pero justo en ese momento, un sonido rompió el silencio de la calle.

El galope furioso de un caballo. Al principio lejano. Después más cercano.

Étienne frunció el ceño.

Isabel también lo oyó.

Y algo en su pecho empezó a latir con una violencia absurda, como si su corazón se hubiera vuelto repentinamente loco.

El caballo apareció doblando la esquina de la calle. Y sobre él…

Edward Langford.

Isabel se quedó completamente inmóvil. Edward saltó del caballo incluso antes de que el animal se detuviera por completo.

Cruzó el patio en tres zancadas.

Y se detuvo frente a ella, respirando con dificultad, con el cabello desordenado y el abrigo cubierto de polvo del camino.

Durante un instante ninguno de los dos habló. Solo podían mirarse. Como si el mundo entero hubiese desaparecido de su alrededor.

Finalmente Edward rompió el silencio.

—¿Te marchas?

Isabel tragó saliva.

—Sí.

—¿A Francia?

—Sí.

Edward asintió lentamente.

—Entiendo.

Parecía demasiado tranquilo.

Isabel bajó la mirada.

—Edward… yo…

Pero él la interrumpió.

—Antes de que te vayas —dijo— necesito preguntarte algo.

Ella levantó los ojos.

Edward dio un paso más cerca quedándose a solo cinco centímetros de distancia..

—Si yo no hubiese sido Edward Langford —Su voz se suavizó. —Si hubiese sido simplemente un hombre cualquiera, sin apellido, sin fortuna, sin familia que proteger. —La miró con intensidad— ¿Habrías llegado a amarme?

Isabel sintió cómo el corazón se le rompía en mil pedazos.

—Sí —susurró—. Exactamente igual.

Edward cerró los ojos un instante.

Cuando volvió a abrirlos, había una luz distinta en su mirada.

Más cálida, más viva.

—Bien —dijo.

Isabel frunció ligeramente el ceño.

—¿Bien?

Edward sonrió.

Una sonrisa lenta, hermosa, completamente desarmante.

—Porque yo he llegado a la conclusión de que tampoco quiero ser Edward Langford, si eso significa vivir el resto de mi vida sin ti.

Isabel lo miró sin comprender.

Edward dio otro paso hacia ella.

Y entonces dijo, con una ternura que le temblaba en la voz:

—Isabel, si el mundo entero decide que nuestro amor es un error, entonces es que el mundo se equivoca.

Los ojos de Isabel se llenaron de lágrimas.

—Edward…

Él tomó suavemente su rostro entre las manos.

—Me equivoqué al marcharme.

Su voz era un susurro.

—Porque hay algo que he comprendido durante el camino de regreso.

Isabel lo miraba sin respirar.

Edward apoyó su frente contra la de ella.

—Que de lo que estén hechas nuestras almas… la tuya y la mía están hechas de la misma cosa.

Y entonces la besó.

Como si en aquel instante ambos supieran que el resto de sus vidas empezaba exactamente allí.

Cuando se separaron, Isabel estaba llorando, pero sonreía al mismo tiempo.

Edward rozó su mejilla con el pulgar.

—Ahora dime algo.

Ella respiró hondo.

—¿Qué?

Él miró el carruaje, y después a Étienne, que observaba la escena con una mezcla de resignación y afecto.

Luego volvió a mirarla a ella.

—Dime que no piensas marcharte a Francia sin mí.

Isabel rio entre lágrimas.

Y negó con la cabeza.

—No.

Edward sonrió.

—Entonces creo que ese carruaje tendrá que esperar.

Detrás de ellos, Étienne suspiró.

Y, con una elegancia impecable incluso en la derrota, murmuró para sí mismo:

—Supongo que algunos finales felices, simplemente no están escritos para todos.

Pero aun así sonrió.

Porque, en el fondo, siempre había sabido que si Isabel era feliz, eso también sería suficiente para él.

EPÍLOGO

Tres años más tarde…

El salón principal de la casa Langford estaba más ruidoso de lo que un hogar respetable debería permitir.

Pero nadie parecía dispuesto a quejarse.

El señor Langford, sentado en su sillón favorito, observaba el caos con la expresión resignada de un hombre que había aprendido hacía años que intentar imponer orden en su familia era una batalla perdida.

Su hijo Edward caminaba de un lado a otro con una sonrisa imposible de borrar del rostro.

—Padre —dijo por tercera vez—, realmente creo que debería alegrarse más, está a punto de ser nuevamente abuelo.

El señor Langford levantó lentamente una ceja.

—Edward, hijo mío, estoy a punto de un infarto, aquí hay demasiado escándalo. Nunca se ha vivido un parto con tal revuelo en esta familia en generaciones. Permíteme al menos aparentar cierta preocupación por nuestra reputación.

Edward rio.

—Nuestra reputación sobrevivió a tres hermanas Langford casándose por amor. Creo que también sobrevivirá a esto.

—No me recuerdes nada de tus hermanas, con Matilda como polizón ya es suficiente recuerdo.

En ese momento Isabel entró en la estancia con una bandeja de té.

Edward tomó la mano de Isabel cuando había dejado la bandeja sobre la mesa, y le riñó:

—Ya no sé como pedirte que dejes al servicio hacer su trabajo.

—No sabes todo el trabajo que tienen en las cocinas como para hacerles subir solo para traer el té.

El señor Langford que la escuchó, sonrió, y esa fue la primera vez que recordó cómo era Lily, la madre de Isabel en aquella casa.

Desde una esquina del salón, Étienne —que observaba la escena con su elegancia habitual— levantó su copa.

—Con todo respeto, señor Langford, me resulta que tiene la mejor familia que he conocido.

Edward sonrió. Isabel también.

Los años seguían pasando para los Langford, y la finca de campo estaba irreconocible. No porque hubiese cambiado demasiado. Sino porque ahora estaba llena de niños.

El jardín, que antaño había sido un lugar tranquilo y elegante, se había convertido en un campo de batalla donde tres pequeños Langford corrían, gritaban y discutían sobre asuntos de extrema importancia, como por ejemplo quién había robado el último pastel de frambuesa de la cocina.

Isabel los observaba desde la terraza con una sonrisa.

Edward apareció detrás de ella.

—¿Debo preocuparme? —preguntó mirando el caos del jardín.

Isabel negó con suavidad.

—No más de lo que se preocupaba tu padre cuando tú y tus hermanas erais pequeños.

Edward se apoyó en la barandilla.

—Eso explica muchas cosas ahora. ¿Sabes qué es lo que más me gusta de estar aquí?

—Imagino que estar conmigo dijo Isabel.

—Eso es evidente, pero tener a la hija de Brook y al hijo de Julian jugando con nuestros hijos es lo que me da la felicidad.

El pequeño Thomas —el mayor de la tercera generación Langford, hijo de Julian—, apareció corriendo en ese momento.

—¡Padre! —gritó—. ¡Charlotte dice que yo empecé la guerra!

Julian que tomaba una pasta y casi se atraganta al escucharle le preguntó:

—¿La empezaste?

Thomas lo pensó un momento.

—…posiblemente.

Edward asintió porque lo había visto todo desde la ventana.

—Entonces lo justo sería terminarla con dignidad. El que empieza una guerra tiene el poder de finalizarla sin que haya heridos, una retirada a tiempo es mejor que llorar por tus hombres.

El niño pareció satisfecho con aquella respuesta y salió corriendo de nuevo.

Isabel se volvió hacia Julian, divertida.

—Eres un padre increíble.

Edward la rodeó con un brazo feliz por ver a su familia junta.

—Discrepo.

La besó suavemente.

—Yo soy mejor padre.

Isabel apoyó la cabeza en su hombro.

Durante un momento observaron a sus hijos jugar bajo el sol de la tarde.

—¿Te arrepientes alguna vez? —preguntó ella en voz baja.

Edward frunció el ceño.

—¿De qué?

—De haberlo arriesgado todo por mí. La sociedad podría haberme apartado, y a ti por supuesto.

Edward la miró como si la pregunta fuese absurda.

Luego sonrió con esa calma segura que siempre había tenido cuando hablaba de ella.

—Isabel Langford…

Tomó su mano.

—Tú no fuiste un riesgo —su voz se volvió más suave.— Fuiste la mejor decisión de mi vida.

Y mientras el sol caía lentamente sobre la finca, los niños seguían corriendo por el jardín y el mundo era, por fin, exactamente como debía ser.

Años atrás, cuando Edward Langford había leído por primera vez *Cumbres borrascosas*, creyó que el amor verdadero era algo tormentoso, casi trágico, de esos que arrasan con todo a su paso y dejan tras de sí ruinas y recuerdos imposibles de olvidar.

Pero la vida —y sobre todo Isabel— le habían enseñado algo muy distinto.

El amor verdadero no siempre era tormentoso.

A veces era simplemente una risa compartida al caer la tarde, unos niños corriendo por el jardín, y una mujer que, incluso después de todos los errores, seguía eligiendo caminar a su lado. Y si Edward Langford había aprendido algo en toda aquella historia, era que el destino podía equivocarse muchas veces, pero el corazón, tarde o temprano, siempre encontraba el camino de vuelta a casa.

FIN.